YA NO QUIERO CALLAR

AURA ROCÍO RESTREPO

MI HISTORIA COMO TESTIGO, AMANTE Y CONFIDENTE DE GILBERTO RODRÍGUEZ OREJUELA

Planeta

YA NO QUIERO CALLAR

YA NO QUIERO CALLAR

AURA ROCÍO RESTREPO

MI HISTORIA COMO TESTIGO,
AMANTE Y CONFIDENTE
DE GILBERTO RODRÍGUEZ OREJUELA

Planeta

© Aura Rocío Restrepo, 2014
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2014
Calle 73 N.° 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta:
Departamento de diseño Grupo Planeta

Imagen de cubierta y de cuadernillo:
Archivo particular

Primera edición:
agosto de 2014

ISBN: 978-958-42-41 35-1
Desarrollo e-pub: Hipertexto Ltda.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

A mis hijos, mi razón de vida, por ser esos guerreros, pequeños triunfadores, que me demostraron que el amor es más fuerte que el maltrato.

A Dios, a Ifa y Orisa, a mis ancestros, a mis padres, a mi familia y mi nietecita, a mis padrinos, a mis amigos, que me sostuvieron junto al precipicio y aguantaron con paciencia mis lamentos.

A Rubén, el hombre que amo inmensamente y al hijo que tendremos algún día.

PRESENTACIÓN

Por estos días de agosto de hace veinte años, Colombia empezaba a afrontar una de las épocas más aciagas de su historia. Una más. El país acababa de salir de la terrible época del narcoterrorismo del cartel de Medellín, que dejó en el camino a miles de personas comunes y corrientes por cuenta de las bombas, pero también les costó la vida a destacados dirigentes políticos, entre ellos tres candidatos presidenciales.

Era 1994 y tras la caída de Pablo Escobar y su aparato sicarial, el país se aprestaba a entrar en una nueva etapa política pues terminaba el agitado gobierno de César Gaviria Trujillo y se iniciaba el periodo de Ernesto Samper Pizano, que venció en las urnas a Andrés Pastrana Arango por una apretada votación.

El nuevo mandato liberal empezaba con una sombra, por cuenta de varias conversaciones interceptadas por la Policía en las que los narcotraficantes Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela hablaban con el periodista Alberto Giraldo sobre la entrega de dinero para financiar la campaña que había llevado a Samper a la Presidencia.

Y aunque en el momento de la posesión de Samper el 7 de agosto la Fiscalía y la Procuraduría habían archivado las investigaciones porque consideraron que las cintas habían sido editadas, el manto de duda no se disipó.

Con el paso de los meses el escándalo habría de estallar en toda su dimensión y Colombia entraría en una etapa aciaga porque no solo se demostraría que en efecto los capos del cartel de Cali ingresaron al menos seis millones de dólares a la campaña presidencial, sino que decenas de políticos e integrantes de la Fuerza Pública estaban en la nómina de la mafia.

Así surgió el proceso 8.000 en la Fiscalía, que obtuvo pruebas documentales y testimoniales de tal calado que en poco tiempo un ministro de Estado, el tesorero de la campaña samperista y al menos una decena de políticos fueron a la cárcel.

En medio de la tormenta la Policía desvertebró al cartel de Cali al capturar a los hermanos Rodríguez Orejuela y presionar la entrega de otros capos, pero el país

no logró superar la aguda crisis institucional.

Mucha tinta ha corrido desde entonces y a lo largo de estas dos décadas algunos protagonistas de lo que pasó ya contaron su historia.

Aura Rocío Restrepo fue testigo de primera línea de buena parte de lo que sucedió en aquel tiempo. Representó al Valle del Cauca en el reinado del Turismo en 1988 y ese mismo año inició una relación amorosa con Gilberto Rodríguez Orejuela, que perduró hasta el día que los capturaron, siete años después. Y pese a que fueron recluidos en cárceles en ciudades diferentes, mantuvieron contacto permanente hasta que su vínculo desapareció en forma definitiva.

Ya no quiero callar. Mi historia como testigo, amante, y confidente de Gilberto Rodríguez Orejuela. Así se titula el libro que la exreina Aura Rocío Restrepo, acaba de escribir y que editorial Planeta publica luego de pasar varios y rigurosos filtros editoriales.

El texto es una recopilación de vivencias de la autora, que durante ocho años estuvo cerca de episodios determinantes de la historia reciente del país. Pero también recoge muchas de las confidencias que le hacía el capo en la intimidad de su hogar y que iban desde la salvaje confrontación con Pablo Escobar, la celebración que sucedió a la caída del capo de Medellín, la estrategia para eliminar la extradición, la financiación de campañas políticas, hasta el tráfico de cocaína.

Nota del editor

CAPÍTUIO 1

“Mija, ¡nos cayeron!”

Minutos después de las tres de la tarde de aquel nueve de junio de 1995, estaba recostada en nuestra cama y empezaba a leer nuevamente el libro *Mi planta de Naranja Lima*, del novelista brasilero José Mauro de Vasconcelos, cuando estalló el caos. Gilberto entró en la habitación, descompuesto por la angustia.

—Mija, ¡nos cayeron! Abre la puerta, habla con tranquilidad y ten mucho cuidado —dijo, mientras intentaba ponerse el pantalón.

Estaba muy nervioso y en un santiamén se metió en la caleta construida detrás de un mueble habilitado para ver la televisión, con repisas para guardar películas y uno que otro adorno, como el que lo delató.

Nunca antes supe que existiera ese espacio, que a leguas se veía demasiado chico. Ese día, Gilberto estaba vestido con un pantalón corto y una camiseta de manga corta y no se había duchado siquiera, como ocurría cada vez que la depresión hacía mella en su estado de ánimo.

Una vez él estuvo oculto en la caleta, hubo una especie de suspenso, hasta que sonó el timbre de la puerta.

Caminé escaleras abajo, hacia el *mezzanine* y timbraron de nuevo, ya con insistencia. Al abrir, un hombre frente a mí, con un radioteléfono en la mano, preguntó por la señora de la casa.

— Soy yo.

—¿Cuál es esta dirección?

Por razones de seguridad, nunca quise aprender direcciones, porque ya había aprendido de Gilberto que en la guerra y en la clandestinidad, si me retenían o me presionaban, no saber ese dato le daría más tiempo para huir. Y también tenía claro, como repetía de vez en cuando, que nadie, después de que lo torturan es capaz de callar, y menos una mujer.

—Me acabo de trastear a este domicilio y no sé la dirección —le respondí al desconocido.

No alcancé a completar la frase cuando el hombre miró a quienes lo acompañaban y dio un grito que retumbó en el lugar, en una rara mezcla de euforia y triunfalismo.

—¡Aquí es!

No sé cómo sucedió todo, pero un instante después estaba tirada en el piso a tres o cuatro metros hacia el pasillo de al lado, rodeada de uniformados y con tres fusiles apuntando hacia mi espalda.

Parecía una película de acción y tal vez esperaban que respondiéramos con armas o que saliéramos huyendo, porque nos trataron con excesiva agresividad y violencia.

Luego, más tranquila, entendí que ellos debían estar más asustados que nosotros, pues estaban capturando a Gilberto Rodríguez Orejuela, al jefe del cartel de Cali, al ajedrecista, al hombre que con su enorme poder y astucia había llevado a la cima a tantos, al que no sintió temor de enfrentar a Pablo Escobar y al 'Mexicano', y les ganó la partida.

Parecía que hubiera un policía por cada baldosa; rompían los sofás, tiraban las puertas, invadían todo, lo destruían todo, como si se tratara de depredadores en busca de alimento.

Al cabo de eternos segundos, uno de ellos exclamó con tono victorioso:

—¡Lo encontré!

Unos minutos antes, cuando entre el afán y el susto Gilberto cerró el mueble que cubría la caleta, cayó al piso una pequeña pintura original, de no más de 20 centímetros, que estaba puesta sobre su caballete. El cuadro era un regalo de navidad del 'Flaco', el secretario de Gilberto, que lo llevó enmarcado con su vidrio protector. La imagen caída fue la evidencia de que el estante había sido movido y que el capo estaba ahí.

Gracias a Dios sucedió de esa manera porque Gilberto no hubiera resistido tantas horas encerrado. Siempre he pensado que fue mejor así, pues tarde o temprano habrían de encontrarlo.

Segundos después, Gilberto Rodríguez Orejuela salió con las manos en alto, la pistola ya desmontada y colgando de su pulgar. Aturdido, solo alcanzó a decir:

—No me maten, soy un hombre de paz.

No recuerdo cómo llegué a las escaleras, después de estar tirada en el piso y con tantos fusiles apuntándome en la espalda. El 'Flaco', 'Billy', 'Luis' y las 'negras', olvidamos nuestros miedos y nuestra seguridad y nos preocupamos por él. Solo gritábamos, enloquecidos por el miedo, que no lo mataran.

Esa tarde comprobé cuánto lo amaba, estaba dispuesta a dar la vida por Gilberto y me hubiera hecho matar por defenderlo, si hubiera podido hacerlo.

Muchos detalles de los recuerdos se pierden en algún rincón. Debe de ser una especie de catarsis para esquivar el dolor. Escarbando en mi memoria, surge una imagen vaga de cuando lo vi salir, silencioso, derrotado y triturado por la misma maquinaria que un día sostuvo y engrasó.

Cuando el director de la Policía, el general Rosso José Serrano, aterrizó frente a la casa en un helicóptero y descendió para recibirlo, noté en él una risita burlona salpicada de ironía.

Solo pedía a Dios que a Gilberto no le diera un infarto, que no se muriera en medio de esa situación tan caótica. Había estado tan cerca de entregarse y de resolver su situación jurídica, que me parecía imposible que no lo hubiera logrado.

Hacía solo una semana habíamos llegado del centro del país, de su audaz y muy riesgoso encuentro con uno de los máximos comandantes de las Farc. Según me explicó, intentaba poner de su lado a las guerrillas para su negociación con el Estado y con Estados Unidos, en la idea de acabar con los despachos de droga desde Colombia, o al menos desde una gran parte de su territorio, a cambio del perdón y olvido para los narcos que colaboraran.

Esta aventura, que se convertiría en nuestro último viaje en libertad, se inició en la tercera semana de mayo de 1995, cuando Gilberto me pidió preparar maletas para unos diez días de viaje. Iríamos a Bogotá, luego a Neiva y de ahí a los peligrosos confines guerrilleros en el sur del país.

Arrancamos en la madrugada del martes 21 pues los lunes había más retenes en las carreteras. En el carro íbamos con el 'Capi', un abogado muy cercano a Gilberto, hermano del 'Flaco', quien lo acompañaría a su cita en el monte. Delante de nosotros, dos motos con dos hombres cada una, a una hora de distancia entre ellas, que alertaban por radioteléfono si había policías, militares o cualquier cosa anormal en la ruta.

Llegamos sin dificultades a Bogotá, donde Gilberto se desenvolvía con facilidad porque había vivido varios años allí.

Salíamos de compras a centros comerciales como Unicentro, a algunos

restaurantes y hasta a teatro; todo el tiempo usaba vestido y corbata, sin escoltas visibles, con dos hombres de traje similar a él, que parecían nuestros amigos.

La razón de la escala en Bogotá durante varios días fue cumplir diversas citas, como en nuestros viajes anteriores, cuando íbamos para sus reuniones con el fiscal general de la Nación, Gustavo de Greiff, quien siempre tuvo la mejor intención de llegar a un acuerdo con el narcotráfico porque según él ese era un paso indispensable para alcanzar la paz.

Gilberto alcanzó a hacer propuestas concretas para disminuir el negocio de manera significativa, así como una lista de bienes que los capos entregarían y el tiempo estimado que permanecerían en la cárcel; todo esto a cambio de salir con el nombre limpio, con una parte de dinero pero legal y el compromiso de no volver a delinquir. Por esa razón Gilberto buscaba una alianza con las guerrillas, para que el Gobierno hallara más atractivo el acuerdo.

Con este objetivo, en nuestra permanencia en la capital se reunió con congresistas, con emisarios del presidente Ernesto Samper, quien de algún modo intentaba cumplir la palabra empeñada con ellos, que habían financiado la campaña que lo llevó a la Presidencia de la República. Gilberto entendía que tras el escándalo de los narcocasetes el jefe del Estado estaba muy temeroso de dar pasos demasiado evidentes a favor de ellos.

Durante esa permanencia en Bogotá, Gilberto también se comunicó con el periodista Tom Quinn porque estaba convencido de que cualquier acuerdo con la mafia debía ser avalado por el gobierno de Estados Unidos. Quinn era imparcial y correcto, y aunque no aprobaba las actividades de Gilberto sí creía que la negociación era conveniente para Colombia, y por eso estaba dispuesto a colaborar.

Al final de esas minivacaciones, cuando ya se acercaba la hora de partir hacia el sur del país, lo vi preocupado y pregunté qué le pasaba.

—Mija, mi hermano no quiere que vaya a la cita con 'Tirofijo'; tiene mucho temor de que esa gente se antoje y me deje. Miguel dice que por voluntad propia voy a meterme en las fauces de la guerrilla, pero yo creo que es la única manera.

—¿Y entonces, mi amor? —respondí, angustiada—. No tendría nada de raro que lo estén pensando y si algo así pasa, yo me muero. ¿Por qué no le haces caso

y cancelamos el viaje? Por favor...

—Ellos saben que lo que más les conviene es lo que les voy a proponer y saben que si se meten con nosotros estarían empezando otra guerra... y ya vieron cómo terminó Pablo. Yo no creo que se vayan a torcer, pero en ellos no se puede confiar.

Ahí terminó la conversación y llamó a los muchachos para que subieran las cosas al carro. Él era mal pasajero y siempre quería ir al volante, pero el estrés hizo posible que me permitiera conducir apenas salimos de la capital. Quería dormir un poco.

Cuando llegamos a Neiva paramos en una panadería y desde un teléfono público llamé a la casa de unos parientes para preguntar si podía visitarlos. Aunque no sabían con antelación de nuestra visita, nos atendieron con amabilidad. Nuestro anfitrión, un reconocido empresario, muy amable en el trato y excelente lector, ya conocía a Gilberto y entre ellos existía gran empatía.

Al cabo de un rato ameno, me quedé con mi familia y Gilberto continuó su camino. La despedida fue muy dura, con el abrazo eterno del que teme no volver.

—No te preocupes, no te hubiera traído hasta aquí si no estuviera seguro de que voy a regresar. Más bien ora por que todo salga bien y logre convencer a Marulanda para que las Farc se nos unan. Ya no nos quedan más opciones, la gente del Valle no quiso y esta es la única forma de lograr que los gringos negocien y que el torcido de Samper sea capaz de hacer algo.

Fueron tres días y dos noches de tortura; me advirtió que no podría llamar desde allá, pero aun así se comunicaba en la mañana y en la noche para darme tranquilidad y para enviar alguna razón.

Hasta que el sábado, muy de mañana, por fin regresó. Aunque mis parientes no sabían a ciencia cierta hacia a dónde había ido él, fueron testigos silenciosos de la emotiva despedida y de la efusiva bienvenida. Decidimos quedarnos a dormir allí para que él descansara y madrugar al día siguiente.

En la intimidad de nuestra habitación y luego de aplicarle un medicamento para el terrible dolor de cabeza que traía, me contó algunas cosas sobre su travesía por tierras guerrilleras.

—Mija, creo que ellos estaban tan prevenidos como nosotros, porque Marulanda nunca llegó. Me recibió Raúl Reyes y pareció gustarle la idea, pues

dijo que la veía viable, aunque aclaró que las decisiones las toma el Secretariado en pleno. Ya estando allá se convencieron de que yo no iba con mala fe. Me picaron los bichos, por más repelente que me puse, pero ellos lo remediaron con licor. De todos modos, no me sentía tranquilo para pasarme de tragos —dijo a manera de resumen, luego apoyó su cabeza en mi pecho, se quedó profundamente dormido y empezó a roncar.

Fue una jugada audaz y muy riesgosa, como las que solía hacer, pero saber si una alianza con las Farc tendría futuro se quedó en el limbo porque nuestra captura ya era inminente.

Nos levantamos a primera hora y en carretera, ya de regreso, él insistió en conducir, pese a que no se sentía muy bien. Era muy terco y manejar lo ayudaba a relajarse. Pero esa terquedad casi nos cuesta la vida, de no ser por el 'Capi', que desde el asiento de atrás le advirtió: "¡Señor, cuidado!".

El susto se produjo por la irresponsabilidad de un camión que venía detrás de nosotros y adelantó por el carril izquierdo para pasar la tractomula que nos traía a muy baja velocidad desde hacía un buen rato. En un tramo montañoso, bajando La Línea, se fue saliendo y de no ser por la advertencia dudo que alguno en el vehículo hubiera sobrevivido. De hecho, alcanzamos a recibir un golpe en la parte trasera del automóvil Mazda, pero Gilberto maniobró con habilidad y evitó una tragedia.

Este no fue el último incidente del viaje. Para no ingresar a Cali tan temprano, hicimos una parada en la finca del 'Capi' en Roldanillo, con la idea de esquivar los operativos dominicales de las autoridades en las entradas de la capital del Valle.

Cuando llegamos a la ciudad casi a media noche, un taxi iba delante de nosotros, constatando que el camino estuviera despejado, pero en la esquina de la casa fue interceptado por una patrulla motorizada de la Policía. Los escoltas, que nos encontraron en Roldanillo, habían desobedecido el protocolo de seguridad ya que debieron quedarse en la mitad de la ruta a nuestro escondite. Otra vez yo iba al volante y el susto fue mayor.

Los agentes de esa patrulla habían acudido en varias ocasiones a mi almacén de artículos importados, que quedaba en el mismo barrio, a menos de diez cuadras, porque la alarma se disparaba con frecuencia. Por eso me conocían y sabían de mi relación con Gilberto. Además, se les pagaba periódicamente para que estuvieran

atentos y vigilaran el local.

Después de un viaje tan largo, mi rostro no debió parecer el de la reina que los atendía, pues no me reconocieron, incluso después de que nos hicieron bajar del vehículo para requisarnos. Presenté la cédula y el pase de conducir de mi hermana, y Gilberto se identificó como César Augusto Marmolejo Gómez, y entregó un documento original de la Registraduría a la que le pusieron una foto suya cuando estaba muy joven.

Explicamos que nos dirigíamos a la finca por el cerro de las Tres Cruces porque estábamos en esa vía, pero los policías desconfiaron de nuestra versión debido a la hora tan avanzada de la noche y por el taxista que portaba un radioteléfono igual al nuestro, lo que hacía muy evidente que nos acompañaba como escolta. Aun así, finalmente nos dejaron seguir y unos trescientos metros más adelante descendimos para continuar a pie, al tiempo que José, el conductor, se devolvió para constatar que la policía ya no estuviera allí, pero el retén seguía ahí. Entonces el escolta invitó a los uniformados a un apartamento cercano donde había dinero para emergencias, con la intención de alejarlos del lugar y darnos la oportunidad de llegar a nuestro refugio porque nos encontrábamos en una zona oscura y aislada.

Sin saber qué había pasado con José y los agentes de la Policía, decidimos atravesar un condominio en obra negra, cuya parte posterior quedaba frente a nuestra casa. El vigilante debió escuchar ruidos o ver algunas sombras porque fue a buscar armado con una escopeta, lo que nos obligó a escondernos entre los escombros. Ya eran demasiados sobresaltos. Finalmente, nos deslizamos por el matorral de la loma frente a nuestra puerta. Terminamos sucios y con raspones, pero a salvo.

A la mañana siguiente, supimos que el Bloque de Búsqueda había allanado el edificio del fondo de la calle. Gilberto ya no daba más y ordenó que nos preparáramos para el trasteo a otra residencia a pocas cuadras de allí y que hacía un mes Fari y yo habíamos terminado de decorar.

Mientras los empleados organizaban el menaje, Gilberto me pidió que le ayudara a esconder documentos delicados y comprometedores. Nos dirigimos hacia su escritorio y sacó un cajón, movió una pieza casi indetectable y de inmediato el tablero hizo un giro y se levantó dejando ver que en la parte frontal

había un compartimiento, largo y angosto, donde guardamos varias carpetas. En otra caleta del mueble frente a su silla, pequeña y alta a la vez, quedaron escondidas joyas y valiosos relojes, muchos de los cuales ni siquiera estrenó; y a un lado, visible, se quedó un maletín con doble fondo que ocultaba doscientos mil dólares[1].

Una vez nos dijeron que todo estaba listo para ir a otra caleta. En forma inesperada, Gilberto dijo que ya no iríamos a ese lugar y no me dio explicación, pero intuí que lo hizo porque yo había estado al frente de la decoración de la nueva residencia y seguramente no quería más conflictos con Myriam, su segunda esposa, con quien discutía con frecuencia. Una vez dijo que nos quedaríamos ahí y salió a reunirse con su hermano Miguel, con José 'Chepe' Santacruz y Hélmer 'Pacho' Herrera, sus socios en la cúpula del cartel.

Los empleados devolvieron a su puesto una parte de nuestras pertenencias y como siempre esa noche lo esperé con el casete de VHS donde grababa cada uno de los noticieros y las principales telenovelas del día, que disfrutaba al máximo. Cuando sentí que había llegado bajé a recibirlo en el garaje y le di un beso, como siempre. Me llamó la atención que lo vi emocionado, como si hubiera recibido una gran noticia.

Entramos a nuestro cuarto alfombrado, se quitó los zapatos, se cambió de ropa, luego de dejar el pantalón y la camisa cuidadosamente ordenados sobre el sofá, y fue a sentarse a la silla reclinomática en un rincón de la alcoba, entre la cama y la ventana, frente al televisor. Lo seguí de cerca y me senté en el suelo, junto a él y reposé mi cabeza entre sus piernas.

—Rossy, vengo muy feliz —dijo en tono pausado mientras me acariciaba el cabello—. Debes ir preparándote. Don 'Pacho' me dijo que se va a entregar conmigo. Tú sabes que es lo que he estado esperando aunque no he podido convencer a Miguel y a 'Chepe'. Antes de quince días ya estaré en la cárcel y no va a ser sencillo, pero será lo mejor.

Fue una noticia impactante. No supe qué decir. Me levanté, me senté en su regazo y nos abrazamos. Él contaba conmigo —creo que siempre lo supo—, más que yo misma, que tantas veces juré que sería capaz de dejarlo. Yo tenía claro cuán importante era eso para él. Lo había acompañado a Bogotá, cuando se reunió con el fiscal general de la Nación; a Neiva, para hablar con los

comandantes de las Farc.

Esa noche hicimos el amor, en una mezcla de despedida, de esperanza, de premonición... tal vez era nuestra última noche amándonos en libertad. Reposamos abrazados y al amanecer conciliamos el sueño. Ese recuerdo lo conservo como quien guarda la sombra de una estrella.

Al día siguiente, como si supiera lo que iba a pasar pocas horas después, despertó muy deprimido, desayunó poco, no quiso ducharse aún, solo se puso un pantalón corto y una camiseta de las tantas que le traía de San Andrés o de Miami, y pasó a su oficina. Al medio día me dijo que no me demorara en el banco y en la clínica, adonde tenía planeado ir ese día.

A las dos de la tarde en punto entré al banco, situado sobre la avenida sexta, y pagué la declaración de renta de César Augusto Marmolejo, la identidad falsa de Gilberto. Allí me atendían con prioridad, como si fuera una gran accionista, pues con frecuencia llevaba regalos, sobres con dinero, boletas para fútbol, entre otras dádivas. 'José' me dejó ahí y regresó donde el patrón.

Salí y tomé un taxi para ir a unas pocas cuadras, a la Clínica de Occidente, donde estaba internada mi abuela Rita, quien tenía el mismo nombre de la madre de Gilberto. Un par de días atrás ella había caído por las escaleras y se fracturó la cadera. Estaba muy anciana y delicada, y era muy probable que falleciera en pocos días. Recuerdo que mi papá salió de la habitación conmigo y me dijo:

—Por favor, cuídate. Ya no podré resistir más golpes. La muerte de tu hermano y ahora, la situación de mi madre, son demasiado. No soportaría que te sucediera algo —dijo con el corazón en la mano.

—No te preocupes, tú sabes que Gilberto es el hombre más cuidadoso y es casi imposible que lleguen a nosotros —respondí, a sabiendas de que nuestros días en libertad estaban contados.

Creo que intentaba convencerme de la mentira evidente. Le di un beso a mi papá, me despedí de mi abuelita, de mi mamá, de mis tíos y bajé a la calle, donde ya me esperaban para regresar al lado de Gilberto. Pero no alcanzó a transcurrir una hora cuando mi familia escuchó los helicópteros y la noticia de que todo había acabado.

Este es el instante en que entro en el cuarto, retomo la lectura de *Mi planta de Naranja Lima* y él llega agitado a cambiarse, con el Bloque de Búsqueda a punto de irrumpir. Tenía que ponerse la ropa adecuada porque él nunca se hubiera dejado atrapar mal presentado. Así quedó claro el 3 de marzo anterior, cuando detuvieron a su hermano Jorge, alias 'Chéchere' o 'Cañengo', y vio la noticia en la televisión.

—¡Qué vergüenza!, tan mal vestido mi hermano, con zapatos rojos y sin medias; parece un vendedor ambulante.

Gilberto siempre mantenía una imagen impecable. Nada le molestaba tanto como cuando descubría una doble línea en el planchado de sus pantalones, que yo revisaba minuciosamente; pero él tenía el don de encontrar la más mínima falla. Cuando se vestía, todo combinaba perfecto, además de que sus prendas eran de excelente calidad; pero siempre tuvo una fijación especial por los zapatos, que para él tenían que ser lo mejor de lo mejor. Al punto de que en broma siempre repetía:

—Medias claras, zapato oscuro, marica seguro.

Por eso, recién cambiado, con ropa que combinaba, la policía se llevó a Gilberto y nosotros quedamos sin aliento alguno. Luego, el fiscal del caso improvisó un escritorio para interrogarnos.

Las primeras en pasar fueron las 'negras', a las que llamábamos así por cariño, porque eran empleadas nobles y fieles, que se turnaban entre varias hermanas y primas para atendernos en diferentes lugares, en los descansos y los paseos. Eran impecables, respetuosas, divertidas, cocinaban delicioso y de alguna manera eran mis amigas, aquellas con quienes conversaba en las muchas horas de encierro o mientras me atrevía a preparar suculentos platos para mi marido. En ese entorno, en medio de tanto estrés, era necesario inventar estrategias para alejarnos de una realidad que rayaba en el límite de lo insoportable, así que preparábamos la mesa, los cubiertos, las copas, la lencería, un jarrón con flores frescas en el centro del comedor, todo lo que requería el protocolo de etiqueta, que me gustaba aprender y que perfeccioné en las clases de preparación para mi reinado. Era una forma de fingir que llevábamos una vida normal y sin contratiempos.

Tras las 'negras' la Fiscalía llamó a interrogatorio al 'Flaco', el secretario de Gilberto, su mano derecha, casado entonces con 'Fari', mi mejor amiga y

compañera de labor en las decoraciones, a quien le presenté años atrás; luego pasó 'Billy', quien junto a José eran los conductores y acompañantes de confianza que se turnaban para dormir y cuidarnos en nuestra casa-escondite, y solo compartían con sus familias en noches alternas; más adelante interrogaron a Luis, el electricista que años atrás ya había estado detenido con Gilberto en la cárcel de Villahermosa en Cali, y finalmente a mí.

A todos nos preguntaron con mucha cizaña. Se les notaba la mala leche por habernos encontrado al lado de Gilberto Rodríguez Orejuela cuando lo capturaron. Ese comportamiento quedó en evidencia con un episodio puntual, familiar.

—Acabo de llegar de la Clínica de Occidente, de visitar a mi abuelita que está muy grave —le expliqué al fiscal, todavía aturdida—; por favor, permítame llamar a mi familia para decir que estoy bien. Tengo derecho a una llamada.

—¿Doña Rita está en la clínica? —indagó el fiscal, convencido de que yo mentía.

—¿Usted sabe el nombre de mi abuelita?

Entonces caí en la cuenta. Él sonreía, prepotente, mirando a los demás, convencido de que me había descubierto y que yo era la hija de Gilberto Rodríguez porque su madre tenía el mismo nombre: Rita.

Me di el lujo de ridiculizarlo ante sus subalternos cuando le aclaré que yo era la mujer, no la hija, que podía constatar mis datos y confirmar en la Clínica de Occidente y en la habitación, que era una simple coincidencia de nombres.

Mientras se desarrollaba el interrogatorio los funcionarios encargados del allanamiento hurgaron en todos los rincones pero no encontraron nada significativo. Las caletas importantes eran pequeñas y demasiado perfectas. En mi mesa de noche había muchas joyas, como relojes y diamantes, pero se llevaron todo y luego dejaron un inventario demasiado pobre. No permitieron que sacara algo de ropa. Para usar el baño, sin importar qué fuéramos a hacer, nos acompañaba alguien, pues la diligencia duró hasta el mediodía del día siguiente.

Cuando salimos, cubriéndonos el rostro para subir a un camión que nos llevaría a los calabozos de la Sijin de la Policía, la casa estaba rodeada de millares de periodistas y fotógrafos. Era el comienzo de un infierno que duraría varios

años. Nunca estuve preparada para esto, pero era la consecuencia de haberme enamorado de un hombre como Gilberto José Rodríguez Orejuela.

Pese a la distancia, pues a Gilberto lo recluyeron en el pabellón de alta seguridad de la cárcel La Picota de Bogotá y a mí en la cárcel el Buen Pastor de Cali, después de que nos detuvieron nunca perdimos contacto. A sabiendas de que sus comunicaciones serían monitoreadas, él logró que sus hombres fueran autorizados a montar un sistema *tri-line* parecido al que usó por muchos años en Cali.

Así, él llamaba desde el teléfono público de la cárcel a un número fijo en Bogotá y la comunicación era redireccionada al apartamento de una amiga en Cali, que a su vez hacía las llamadas que él necesitara y le hacía conferencia.

Otras veces nos poníamos cita a ciertas horas y yo lo llamaba desde el teléfono público del patio donde yo estaba. Cuando llegué al Buen Pastor solo había un teléfono público dentro de la cárcel, pero con algunos contactos en la empresa de teléfonos logré que instalaran un aparato en cada patio. De esa manera se acabó la pelea entre doscientas mujeres.

En una de esas primeras llamadas, que eran eternas, me contó detalles de lo que habló con el general Serrano cuando lo llevaban a Bogotá en helicóptero. Me dijo que el director de la Policía se mostró muy sorprendido por la apariencia que tenía cuando lo localizaron en la caleta de nuestra casa.

Según Serrano, su gran obsesión era capturarlo por lo que él representaba en el cartel de Cali, pero reconoció que su fisonomía era tan distinta que si se lo hubiera encontrado de frente, en la calle, lo habría saludado y pasado de largo.

La historia de ese cambio extremo se remonta a noviembre de 1994, cuando Gilberto apareció en la carátula de la revista *Time* en una entrevista con el corresponsal en Colombia, Tom Quinn, quien le pidió dejarse tomar una fotografía de los dos para presentarla como prueba de que el entrevistado era el capo colombiano. Gilberto había insistido previamente en que no habría fotos, pero Quinn le garantizó que no la publicaría y él accedió. Posaron de pie, al lado del comedor y yo fui la fotógrafa.

Pero Quinn no cumplió, pues tenía entre manos una primicia, una tentación muy grande, aunque siempre quisimos creer que sus jefes lo obligaron a hacerlo;

aun así, la publicación de su foto en forma inconsulta lo incomodó bastante. Pese a todo, Quinn le caía bien a Gilberto porque le parecía serio. Por eso lo escogió para el reportaje, y, de hecho, un tiempo después lo contactó de nuevo para otra conversación.

La entrevista en *Time* fue una parte de su estrategia para conciliar con Estados Unidos y buscar una negociación que le evitara problemas judiciales en el futuro. En el texto, Quinn tampoco se abstuvo de mencionarme como su anfitriona y de manera sutil y respetuosa hizo referencia a las atenciones de la "joven y hermosa mujer" que lo recibió, así como al rodizio y la decoración de nuestra casa en el barrio Ciudad Jardín.

Desafortunadamente, la foto de portada le mostraba al mundo la apariencia actual de un hombre que vivía en la clandestinidad y era el más buscado en ese momento.

Como su rostro había salido publicado, Gilberto decidió cambiar de apariencia y me pidió tinturarle de negro el cabello y la barba, que crecía en abundancia.

Él era bastante terco y no escuchó mis consejos cuando le dije que no usara el color negro porque no era natural y no le lucía bien. Le compré el tinte castaño oscuro y ahí fue Troya. Ese fue uno de esos días en los que desahogaba su rabia ante la primera palabra que yo pronunciara. Era su único desfogue, producto del estrés y del encierro.

Inmediatamente, uno de los muchachos tuvo que salir a conseguir el negro. Cuando terminé y se miró al espejo, casi se infarta. Se veía fatal. El cambio fue demasiado brusco, pues además de su cabello tinturé el bigote en forma de candado. En mi rostro se dibujó una inmensa sonrisa porque era claro que yo tenía la razón, pero él ya no tuvo argumento para alegar y mucho menos para reconocer que el cambio extremo no le sentaba bien.

Lo mejor de este episodio es que ese mismo día tenía una reunión con su hermano Miguel y sus socios, Chepe Santacruz y Pacho Herrera y para medir su reacción llegó tarde intencionalmente. No pudo ser peor: cuando entró a la oficina y cerró la puerta de un golpe todos se levantaron, asustados, porque no reconocieron al intruso.

Pero Gilberto llegó a sentirse tan seguro con la imagen que proyectaba, que

incluso se atrevió a ir al Batallón Palacé de Buga, a una hora de Cali, a tramitar el salvoconducto de una pistola 380 que siempre llevaba con él. El documento salió con su foto, que le tomaron en el batallón, con su firma y huella, luego de presentar la cédula a nombre de César Augusto Marmolejo Gómez. Aunque muerto del susto, salió muy campante de la base militar. Ese fue uno de los días en que oré sin pausa hasta cuando me llamó a confirmar que todo había salido bien.

Meses después, los medios de comunicación revelaron imágenes de Gilberto en el caspete de La Picota en las que se veía envejecido, muy diferente del hombre recio de antes. A quienes lo vieron les quedó la imagen de un hombre cansado, maltratado por la vida. Claro que sufría mucho, pero las canas asomaron porque el tinte se cayó con los cortes de pelo y la afeitada.

Regresemos a las conversaciones con Gilberto desde la cárcel. Tiempo después, en otra charla telefónica recordé preguntarle por el hombre que lo entregó a la Policía. Él no hablaba cosas delicadas por ese medio, pero me enviaba cartas y casetes y en ciertos temas prefería hacer llegar la razón con dos emisarios, el abogado o 'Toño', el hombre encargado de los trámites y permisos y que desde la calle manejaba los dineros que Gilberto enviaba para los directivos y la guardia de la prisión. En otras palabras, era el enlace de Gilberto con el Inpec y viajaba constantemente entre Bogotá y Cali, como un puente entre nosotros dos.

Es irónico por decir lo menos, según me contó él por intermedio de 'Toño' y luego lo confirmó el abogado, que la localización de nuestro escondite se hubiera producido por el seguimiento minucioso al que fue sometido el 'Flaco', su secretario, precisamente el hombre más desconfiado de cuantos nos rodeaban.

Era reservado, esquivo, complicado en extremo. No recuerdo haber logrado 'sacarle' un solo detalle sobre cualquier tema, así no fuera necesario mantener la reserva del caso. Y eso que contaba con su amistad y que estaba casado con Fari, mi mejor amiga.

Pero no hay nada peor que la deslealtad, y las traiciones mayores suelen llegar por las personas de quienes menos lo esperamos; en este caso, vino por uno de los compañeros de infancia del 'Flaco' en Roldanillo, su pueblo natal en el Valle del Cauca.

Se habían reencontrado hacía poco y el 'Flaco' lo llevó una noche a un partido

de fútbol, de los que organizábamos sin previo aviso e invitábamos solo a los más cercanos: mi familia, Orlando Sánchez y Sarah; Milena, su hermanita y su novio de entonces; su hermano, el 'Capi', los escoltas, el vecino, Tony, en fin...

El encuentro fue en una finca donde había extensos cultivos de piña cerca de Palmira, al norte de Cali. Yo les llevaba comida en abundancia y esos momentos significaban un escape ocasional para salir del estrés. Era divertido, además, porque Gilberto nunca perdía y se daba el lujo de hacer alguna trampa en medio de la risa complaciente de todos, pues nadie se atrevía a contrariarlo.

Esa noche el 'Flaco' llevó a su viejo amigo, un joven gay acostumbrado a la buena vida y a ganar dinero fácilmente. Había estudiado en Suiza y en Inglaterra y su familia era propietaria de grandes extensiones de tierra en el Valle, que él dilapidó poco a poco para darse gusto en sus excentricidades.

Por eso, cuando se vio corto de recursos no tuvo inconveniente alguno en traicionar a su viejo amigo. Fue así que, antes de ir a misa un domingo, les entregó al 'Flaco' en bandeja de plata a agentes encubiertos que le habían ofrecido una jugosa recompensa.

Llegar a Gilberto parecía sencillo: seguir al 'Flaco', que después de que se casó salía de nuestro escondite en la noche para irse a descansar a su casa. El reto era rastrearlo cuando salía cada mañana desde su apartamento hasta nuestra residencia.

Pero los investigadores de la Policía asignados para esa tarea se vieron a gatas para seguir al 'Flaco', ya que se transportaba en bus, caminaba muy rápido, se metía entre calles, no socializaba con nadie, hacía nuevos trasbordos, incluidas rutas a lugares muy distantes de nuestra vivienda. Esa estrategia le funcionó por años porque desconfiaba hasta de su sombra y jamás olvidaba un rostro.

Por esos días después de que nos capturaron, alguien le contó a Gilberto que quienes seguían al 'Flaco' debieron rotar constantemente hasta que optaron por usar mujeres y parejas disfrazadas de deportistas. Esa estrategia sí funcionó porque los policías escalonaron los seguimientos y el 'Flaco' no se dio cuenta.

CAPITULO 2

El día que conocí a Gilberto Rodríguez Orejuela

Nací en Cali, Colombia, en el seno de una familia de costumbres tradicionales. Mi padre es ingeniero químico industrial y se especializó en plásticos en España; mi madre, como la mayoría de las mujeres de su época, se dedicó al hogar y los dos han sido padres ejemplares que ya cumplen cincuenta años de casados, aún caminan tomados de la mano y se cuidan el uno al otro.

En la familia de mi padre están el primer cancerólogo que hubo en el país, el primer colombiano integrante de la Real Academia de la Lengua, y hasta senadores, lo que dice mucho de su alto nivel; mi bisabuelo fue general en la Guerra de los Mil Días. Originalmente, el Castillo de Marroquín en el norte de Bogotá fue de nuestra familia. Al contar esto no intento descrestar a nadie, solo es una manera de explicar que yo no era una muchachita desamparada y hambrienta, que se entregó a un mafioso por dinero.

La familia de mi madre no tenía tantos títulos, pero era ejemplo de bondad y tesón. Mi abuelito era benefactor de los pobres en Puerto Tejada, Cauca, cuando emigraron desde Antioquia en el apogeo de los ingenios azucareros. Pero murió temprano y dejó sola a mi abuelita con seis hijos por sacar adelante.

Desde la primaria, estando en cuarto grado, me escogieron como mejor alumna del colegio para un concurso que hizo La 14, una cadena de almacenes de la ciudad, donde nos premiaban pintando nuestros rostros en un cuadro que exhibieron por un año en una de sus sedes.

Una vez graduada de la secundaria, con una calificación muy alta en los exámenes de Estado, empecé a trabajar para pagar mis estudios de Administración de Empresas en la Universidad Icesi.

Los fines de semana, desde muy niña, asistía a un club social y deportivo, donde me enamoré del *raquetball* y del *squash*. Como casi a todas las jóvenes, me encantaban los reinados, pero me parecía un sueño imposible de realizar. Hasta que un día, mientras caminaba en traje de baño por el Club Cañasgordas, un raquetbolista con el que cruzaba el saludo y una que otra palabra, se dirigió a mí:

—Aurita, trabajo en la Corporación de Turismo del Valle y pienso que tienes toda la madera. ¿Quieres ser reina?

Me pareció una broma. Sonreí, con una mezcla de ilusión e incredulidad, pero era muy en serio y esa tarde de domingo me cambió la vida.

En pocos días —además de ser una joven que trabajaba en el día, estudiaba de noche e iba al club los fines de semana o cuando me volaba de clases— empecé a tomar cursos de modelaje y de etiqueta, a moverme entre los diseñadores y las reinas, y todo eso condujo poco después a conocer a Gilberto.

Antes de que me lo presentaran, la Gobernación del departamento me había nombrado por decreto representante del Valle al reinado del Turismo. Por aquellos días ya estaba en séptimo semestre de Administración y tenía veinte años, pero necesitaba solventar buena parte de mis gastos. Por eso empecé a vender pólizas de capitalización de Seguros Bolívar, un sistema de ahorro por medio de sorteos mensuales.

Como vivía de lo que me compraban los clientes, le pedí a una buena amiga mía, a la que le decíamos la 'Turca', novia de muchos personajes importantes de Cali por aquella época, que me ayudara a buscar contactos y yo le pagaría una parte de mi comisión.

La 'Turca' era pareja oficial de un reconocido jugador del club América de Cali y al mismo tiempo salía con un General del Ejército que se deslumbró con su exótica belleza. Como el militar no se dejó sobornar y Gilberto sabía de su romance con ella, ordenó interceptar sus llamadas con la intención de desprestigiarlo en algún momento. Las grabaciones empezaron a llegar y yo las escuchaba aterrada porque él decía cosas por teléfono que avergonzarían a cualquiera. El general nunca supo lo cerca que estuvo de destruir su vida familiar y su imagen, y no seré yo quien lo haga ahora. Pero todavía no alcanzo a comprender cómo un oficial tan importante era tan descuidado en la seguridad de sus comunicaciones.

Mi inquieta amiga también mantenía un romance oculto con el senador Armando Holguín Sarria[2], con quien programó una cita en noviembre de 1987 en su oficina del edificio Alcázar, en la avenida sexta con quince, para venderle una póliza. El día del encuentro ella no apareció, pero me lo encontré en el ascensor y me hizo seguir a su oficina, donde le expliqué las ventajas de comprar el producto que yo le ofrecía.

Ingenua, llené los documentos y cuando le pedí que firmara me miró a los ojos, hizo un gesto que tuvo una alta dosis de compadecimiento y dijo:

—Mijita, no te voy a comprar a nada, pero te voy a presentar a alguien que te

puede comprar mucho más que yo.

Resignada, pues era claro que el político me había tomado el pelo, lo acompañé a tomar de nuevo el ascensor, que subió al piso quince, donde en minutos habría de conocer a mi futuro marido.

Doña Gloria, una señora de sonrisa amable nos recibió, sin saber que nueve años después compartiría cárcel conmigo. Nos anunció y pasamos a una oficina amplia, en cuya sala se despedían varios hombres mayores, elegantemente vestidos, que antes de marcharse saludaron con respeto al senador Holguín. Allí estaba Gilberto Rodríguez Orejuela, que lucía un traje impecable y gesticulaba de tal manera que me pareció muy atractivo.

Fue una verdadera sorpresa tener frente a mí a Gilberto, aunque pensé para mis adentros que el 'duro' era su hermano Miguel, del que se hablaba mucho como el 'supuesto narco' dueño del América de Cali, uno de los principales equipos de fútbol de Colombia en aquella época.

Como no sabía nada de él, empecé a exponer las ventajas de los títulos que vendía y entonces surgió una extraña sensación de seguridad que disfrazó mis debilidades. Cada objeción de Gilberto tuvo una respuesta acertada de mi parte y válidas o no, mis respuestas lograron que dejara de mirarme con la sonrisa complaciente con la que me subestimó al principio. Con todo, ese día no hice la venta y regresé a mi casa varias horas después.

Pasó más de un mes, se acabó 1987 y el novio con el que yo pensé que me casaría me dejó por enésima vez. Era gerente financiero de una multinacional farmacéutica, barranquillero, se especializó en Europa y veía en mí una mujer con cualidades, pero que, según sus propias palabras, debía leer y culturizarse mucho para llegar a su nivel.

A comienzos de 1988 recibí varias llamadas de la oficina del senador, pero no me animé a contestar porque ya sabía que no me iba a comprar nada. Como el destino siempre está por encima de uno, pocos días después tuve que pasar por el edificio donde él tenía la oficina y me encontré de frente con su secretaria, quien me saludó efusiva y me dijo que me había dejado numerosas razones porque su jefe me necesitaba. No tuve escapatoria.

Subí a la oficina del senador Holguín y me recibió con amabilidad. Valga decir

que estamos hablando de un hombre de mucho carisma, inteligente, autor de varios libros, que jugó un papel fundamental en el proceso que trajo de regreso a Gilberto y a Jorge Luis Ochoa a Colombia y les evitó la extradición a Estados Unidos. Además, ejerció diferentes e importantes cargos en entidades gubernamentales y privadas y llegó inclusive a participar en la reforma de la Constitución de 1991.

El senador necesitaba una póliza de cumplimiento para un escultor, por una obra —una escultura en la que un par de manos sostenían unos piñones— que levantarían en la vía al aeropuerto y donde está todavía. Le dije que yo podía venderle el seguro que necesitaba, pero él interrumpió y me preguntó si había vuelto a hablar con su amigo Gilberto. Le dije que no porque el día que lo conocí no dejé mi número ni mi tarjeta de presentación. Un olvido imperdonable para alguien que vive de las ventas. Así de nerviosa estaría.

La secretaria lo llamó delante de mí y el senador le dio un corto saludo y me lo pasó. Acordamos encontrarnos a la una de la tarde del día siguiente en el edificio Bonaventure, al oeste de Cali.

Esa noche no dormí. Eran muchas emociones juntas: temor, fascinación y ansiedad por una buena venta, pero debo reconocer que quería ver a ese señor interesante que me había impactado con su trato y deslumbrado con el manejo de los números.

Ahora miro hacia atrás y comprendo la actitud del senador Holguín, quien me llevó donde su amigo como diciendo "mira, te traigo una reina". Gilberto era veintisiete años y veinte días mayor que yo y a duras penas un mes menor que mi padre. Eran ni más ni menos veintisiete años y siglos de vivencias que contrario a como pensaban muchos hombres de su edad, buscaba algo más que belleza y como él mismo repetía, hacía mucho que no le atraían las mujeres tan jóvenes.

Reflexiono sobre ese momento y entiendo que era un exabrupto pensar que le vendería títulos de capitalización a un financista, expropietario de dos bancos, uno en Panamá y otro en Colombia, socio de una corporación financiera y empresario de múltiples negocios que incluían la droga, legal e ilegal.

Hacía un mes que Gilberto había recuperado su libertad, tras su extradición de España a Colombia, cuando por primera vez un tercer país le ganó una batalla

jurídica a Estados Unidos por un detenido. Estaba separado de Gladys Ramírez, su segunda esposa, porque cuando regresó al país quiso acapararlo y él no estaba dispuesto a dejarse manejar de una mujer. Esa separación era temporal y repetitiva, pero yo no lo sabía.

Pasé mala noche pensando en el encuentro con él y por eso decidí no visitar clientes y preferí ir temprano a la peluquería, donde Alfredo me arregló con esmero.

Llegué puntual a la cita, más arreglada de lo normal, algo que no se le pasaría por alto a alguien con tanta experiencia con las mujeres. Cuando ingresé al amplio apartamento que hacía las veces de oficina, donde Gilberto dormía luego de su separación, me recibió Amparo, la secretaria, y un momento después él salió a mi encuentro.

Nos sentamos a conversar en el comedor y me invitó a almorzar. Imposible rechazarlo pues no quería irme tan pronto porque además de conversar mi intención era venderle una póliza. Hablamos mucho, pero de negocios muy poco. Después de la pregunta de rigor sobre si tenía novio, le conté en medio de sollozos que hacía muy poco había terminado definitivamente con mi novio, que acababa de regresar de un crucero por el Caribe. Yo le había pedido que tomara una decisión definitiva porque no podía ser mi novio por unos meses, terminar la relación cuando quisiera y llamar a decirme que me extrañaba cuando alguien le decía que yo estaba interesada en otra persona. Yo no quería seguir en ese juego, aunque me doliera en el alma.

Yo, llorona por naturaleza, emotiva y sentimental, con el corazón destrozado y muy decepcionada, terminé desahogándome en el hombro del ajedrecista, un hombre que sabía mover las fichas con sutileza y enamorar sin acosar.

Regresé una y otra vez por los documentos, a llevar la póliza, a vender los títulos, a conversar, supuestamente prevenida sobre cómo reaccionar cuando Gilberto quisiera propasarse, cosa que, para mi secreta decepción, no sucedió.

Al principio tenía temor, pero con el paso de los días no comprendí nada. Llegaba y él dejaba todo a un lado para atenderme y pasaba largos periodos de tiempo conmigo, sin intentar tomar siquiera mi mano, mucho menos darme un beso o insinuarme algo más.

A los dieciséis años, mi novio por un periodo de un año me había dejado porque nunca quise hacer el amor con él. Yo quería llegar virgen al matrimonio; eso me habían inculcado mis padres y era complicado, pues en mi primera vez, ni siquiera me creyeron que nunca había estado con un hombre. No era ya una inocente, pero tampoco actuaba como la mayoría de mis amigas. Y Gilberto lo supo manejar. Me conquistó primero, con su apoyo en mi despecho, con sus diálogos inteligentes, con juegos de matemáticas, con historias sorprendentes, mucha galantería y respeto total. Ahora era yo la que esperaba que él hiciera algo y me decepcionaba cada vez que me marchaba siendo solo su amiga. Era obvio que le gustaba mucho... ¿o sería que no? En él todo era atenciones. Pero también una notable indiferencia.

Hasta que llegó el día. Una tarde, después de un par de horas de tertulia, cuando ya me iba, me invitó por primera vez a cenar la noche siguiente; acepté, nos levantamos del comedor y antes de girar hacia el pasillo me dio la mano y un beso de despedida. Un beso de aquellos que sin querer va para la mejilla pero roza la comisura de los labios. Algo me recorrió desde la cabeza hasta los pies. Me quedé sin habla. Pero eso era parte de su estrategia. Sonrió y me dejó ir. Como caminando sobre una nube, subí al ascensor, reviviendo en mi mente ese instante mágico. Ya estaba perdidamente enamorada, él lo sabía y por eso decidió actuar.

Como un hecho curioso, los títulos de capitalización que finalmente le vendí sorteaban cada mes un premio equivalente a X cantidad de veces el monto ahorrado. Cuando dicen que “plata llama plata”, tienen toda la razón: Gilberto ganó algo así como cuarenta millones de pesos, que pudieron ser mucho más porque días antes él había retirado parte del ahorro, decepcionado, según me dijo, porque “esa vaina no es rentable”. Fue satisfactorio decirle que mis argumentos de venta, aquellos que tanto controvirtió, ahora tenían plena validez pues había ganado entre miles de personas.

CAPÍTULO 3

Gilberto y sus dificultades

Estoy convencida de que ni el mejor psicólogo puede descifrar el enigma de lo que somos cada uno de nosotros. Como también es imposible describir a otros.

Pero hay seres mucho más complejos y uno de esos es Gilberto Rodríguez Orejuela. Por eso me limitaré a describir, por un lado, mi percepción de él durante el tiempo que compartimos juntos, y por el otro, las historias de quienes han contribuido a completar el cuadro. Lo que no ocultaré es la sorpresa que me llevé al comprobar que nunca conocí, realmente, a quien fue mi pareja por ocho años. O por lo menos, que el hombre que yo conocí dista por mucho del que ahora descubro, al punto de que no estoy segura cuál es y cuál fue.

Nadie es enteramente bueno ni totalmente malo. Somos seres humanos, no dioses, pero sí hay en nosotros una tendencia marcada a pensar, sentir y obrar, inclinados hacia un lado u otro. Eso pensaba hasta ahora, cuando descubro que hay quienes pueden tener mil caras y mostrarlas una a una en las distintas etapas de su vida.

No pretendo santificar bandidos, pero tampoco inventaré un monstruo para complacer a un público sediento por conocer la historia. Solo intentaré ser lo más veraz posible mientras hago un bosquejo del hombre que ante mí, una muchachita casi recién salida de la adolescencia y bastante crédula, se mostraba más bien bueno, cansado de los golpes que le había dado la vida y arrepentido de los errores en el ocaso de su existencia.

Ese hombre tenía otros rostros, los que arrastraba desde el pasado, donde su lado oscuro prevaleció y lo impulsó a crear su imperio pasando por encima de la moral, de las reglas, de la ley... de todo y de todos, hasta de la vida misma. Qué duro ha sido para mí descubrir esa faceta, pues aún me cuesta unificar tantos matices en una sola paleta, para pintar un cuadro que ni en mi mente alcanza a tener cabida. He intentado llegar a esta verdad a costa de mí misma y de mi imagen.

Gilberto nació en Mariquita, Tolima, el 31 de enero de 1939; fue el hijo mayor de la unión de Carlos Rodríguez y Ana Rita Orejuela, quien lavaba ropa por encargo para sostenerlos a él y a sus hermanos, mientras su padre, pintor de iglesias, viajero errante, iba y venía cada tanto, dejaba a su madre esperando otro hijo y se marchaba nuevamente.

Así me contaba él las historias de su niñez, cuando no les alcanzaba para

comprarse un par de zapatos, y la primera vez que pudo hacerlo estaba tan emocionado que le quedaron pequeños y no se dio cuenta. Pero prefirió el sacrificio y los usó.

Fue al colegio hasta cuarto grado de primaria, y su uniforme, viejo y gastado, muchas veces ofendía a los sacerdotes; pero ir descalzo era peor y aunque uno que otro religioso lo defendía por su amor al estudio y su inteligencia, su situación se hizo inaceptable por las normas de la institución.

Desde muy niño le ayudó a su madre llevando desayunos al ferrocarril para venderles a los trabajadores; en el camino jugaba pateando viejas latas, fingiendo con ellas ser jugador de fútbol, un deporte que siempre le fascinó. Los vecinos conocían su costumbre y un día, como siempre, pateó una lata con energía pero se dañó el pie. Algún niño maldadoso la llenó de piedras y el dolor y el resentimiento marcaron a Gilberto para siempre.

Se propuso ser rico, muy rico, a toda costa. Veía impotente el hambre en sus hermanos, los esfuerzos de su madre, que permanecía sola casi todo el tiempo, y la indiferencia de su padre.

Pudo ser un hombre triunfador porque era inteligente y tenía notable capacidad de manipulación y liderazgo, pero optó por ser el delincuente que pasaba por encima de quien fuera para lograr sus objetivos. En nuestros días finales me decía, ya cansado, que el dinero no justificaba el asesinato y que el poder era su mayor adicción, la peor de todas.

Antes de decidirse por el camino del mal, Gilberto intentó llevar una vida recta y por eso a los doce años entró a trabajar en la droguería 20 de julio, en el centro de Cali.

Un par de años después fue seducido por la cajera, una trigueña cuatro años mayor que él, muy picante y sensual por cierto. Él me decía que doña Mariela Mondragón se propuso conquistarlo y lo consiguió. Ella es una mujer buena y aún hoy la respeto, por ser madre y muy señora, que se dedicó a tolerar las locuras juveniles de Gilberto y le dio cuatro hijos, Fernando, Humberto, Jaime y Alexandra.

Fue una época muy dura, pues el dinero escaseaba en la familia y ella terminó por convertirse en una segunda madre para los hermanos de Gilberto, a los que

apoyó incluso con su salario. Pasaron tantas penurias económicas que Gilberto decía con genuina gratitud que nunca se divorciaría de ella. Solamente ahora, después de extraditado y para facilitar los documentos para las visitas de Myriam, accedió a hacerlo. Él siempre decía que Mariela nunca dejaría de ser su señora, que se lo había ganado con sacrificio y esfuerzo.

En el entretanto y mientras Mariela criaba a sus pequeños, Gilberto se enredó en una corta relación con Nelly Herrera y tuvieron a Jorge, el único de sus hijos que nunca trabajó con él, que no se inmiscuyó en sus empresas y por ello siempre estuvo libre de investigaciones y procesos judiciales.

Fernando, el mayor, siempre fue un dolor de cabeza para Gilberto, la oveja negra de la familia. Siendo apenas un adolescente abrió la caja fuerte de la casa y robó dinero y joyas. Cuando se fue a estudiar al extranjero, se retiró de la universidad y empezó a falsificar las calificaciones, que ponía con notas sobresalientes, las enviaba a su padre por correspondencia y de paso le pedía más y más dinero. "Aprendió inglés de cama", me contaba Gilberto, entre resignado y furioso. Fernando se casó con una rubia estadounidense con quien forzosamente aprendió el idioma y tuvieron dos hijos preciosos que de vez en cuando venían a visitar a su abuelita.

En medio de una gran tristeza, Gilberto llegó a considerar a Fernando como un peligro para la familia porque de estafa en estafa podría hacer matar a uno de sus hermanos en cualquier momento.

Todo esto ocurría en medio de la guerra con Pablo Escobar, que desde Medellín enviaba sus sicarios a secuestrar, torturar y asesinar a los colaboradores de los Rodríguez, al tiempo que explotaban bombas o incendiaban droguerías en Cali. Mientras todo esto sucedía, Gilberto debía sacar tiempo para solucionar los graves problemas que le ocasionaba Fernando.

La situación llegó a tal extremo que ordenó interceptar el teléfono de su hijo para verificar si, como le habían dicho, era responsable del asesinato de un joven en Cali. Después le llegó otra queja en el sentido de que Fernando mató a una persona que tenía secuestrada y la dejó abandonada en la carretera, al lado de un club privado de fútbol, en las afueras de la ciudad. Gilberto se revolcaba de la ira pero ignoro si logró confirmar los señalamientos. Y como si fuera poco, constantemente debía responder por dineros que Fernando recibía mediante

engaños luego de usar el respaldo que le daba su apellido.

Un día, desesperado, Gilberto me dijo que había negociado con él para que se declarara interdicto —incapaz de obrar, ya sea por su edad o por deficiencias físicas o mentales—, de tal manera que no tuviera acceso a la herencia del resto de su familia. A cambio le entregó, entre otras cosas, un lujoso almacén de artículos importados que me había regalado un par de años atrás y una elevada suma de dinero.

Luego Fernando fue a parar a la cárcel; era el primero de sus hijos privado de la libertad, el único que cayó por sus propios actos y no como consecuencia de los errores de su padre. Incluso, en otras ocasiones también ha sido detenido, una de ellas con heroína.

Para conseguir algún dinero, Fernando también escribió el libro *El hijo del ajedrecista,* cargado de mentiras e inventos sobre sus mayores, en el que les dio veracidad a rumores y calumnias, respaldado en el hecho de ser hijo de Gilberto. Además, utilizó su parecido físico con su padre para la portada.

Después de la publicación, desesperado, Gilberto llegó a decirme que Dios lo perdonara, pero que ojalá alguien rechazara de una vez por todas los abusos de su hijo, se olvidara de quién era el progenitor y acabara pronto con su vida; me dijo que ni siquiera investigaría, pues sentiría un enorme descanso.

Caso aparte eran Jaime y Humberto, los otros dos hijos varones de Gilberto con Mariela. Se trataba de jóvenes brillantes, formados académicamente en el exterior: Jaime en Harvard y Humberto con tesis Laureada de la Universidad de Stanford, algo de lo cual su padre se ufanaba constantemente.

Ellos tomaron las riendas de Drogas La Rebaja y distribuidora MIGIL —Miguel y Gilberto—, las joyas de la corona.

Por orden de su padre, obviamente, Jaime fue a visitarme a la cárcel en los primeros meses de mi detención; con él era con el que mejor me llevaba. Su novia era hija de uno de sus empleados y eso le disgustaba secretamente a Gilberto, quien en algún momento quiso emparejarlo con una amiga mía. Luego me confesó que estaba arrepentido de su posición egoísta y absurda, pues a veces olvidaba su origen humilde y se dejaba llevar por la soberbia. Cuando Jaime y Adriana se casaron, él me dijo muchas veces que separarlos hubiera sido un grave

error porque ella era una gran mujer.

Humberto era más arrogante. Quedó encargado de la oficina de su padre y algunos escoltas se quejan todavía de haber sido despedidos sin recibir tan siquiera la liquidación al cabo de varios años de servicio y de arriesgar sus vidas.

Desde el día que se propuso ser rico a cualquier costo, Gilberto Rodríguez se mantuvo bastante alejado de sus hijos, que lo veían como una figura lejana que trataba de llenar los vacíos afectivos con cosas materiales. Luego, con la llegada de Myriam, quien nunca contó con el aprecio sincero de la familia y menos aún de los hijos, él se alejó mucho más y con ello contribuyó a ahondar los resentimientos hacia su figura como padre. Y como si fuera poco, cuando entró a la clandestinidad, sus hijos tenían que pedir cita y esperar que los incluyeran en una agenda para reunirse con él.

Por estas razones, ni los diplomas, ni las mejores calificaciones o haber heredado algo de la inteligencia de su padre, los preparó para enfrentar la vida sin él. Mucho menos su sagacidad, y por eso han cometido errores tan imperdonables que dos décadas después no les han permitido quitarse de encima sus líos judiciales con las autoridades de Colombia y Estados Unidos.

Son tan crasas sus equivocaciones que no hace mucho tiempo, cuando hablaba con personas cercanas a ellos para este libro, supe que alguien le llegó a Humberto con un chisme sobre mí y sin verificar si lo que le decían era cierto o no, alcanzó a dar una orden drástica. Y lo hizo sin medir mi condición de excompañera de su padre, sin consultarle a él, sin tener en cuenta que los años de privación de mi libertad fueron el distractor para evitar que su propia madre y otras mujeres de su familia corrieran con el mismo destino. Sobre todo, sin valorar que ya en ese momento era madre de tres hijos que me necesitaban. Por fortuna, el cariño y la lealtad de otros lograron que recapacitara.

De los hijos de Gilberto, Alexandra, la menor, ocupa un lugar especial porque él siempre repetía que ella era la luz de sus ojos y que en su corazón, en orden de importancia, estaban Dios, ella, y el resto de su familia.

Cuando Alexandra se iba a casar, el Bloque de Búsqueda se enteró y Gilberto debió realizar todo tipo de maromas para entregarla en el altar, en la iglesia de un pueblito del Valle del Cauca. Logró despistar a los más experimentados agentes. Por momentos vio imposible lograrlo y llegó a llorar de frustración, pero él

siempre conseguía lo que se proponía. Finalmente, la fiesta fue apoteósica, digna de una princesa de cuentos de hadas en la que no faltaron los mejores licores, una deliciosa cena y varias orquestas.

A finales de la década del sesenta y con cuatro hijos, Gilberto conoció a Gladys Miriam Ramírez Libreros, quien ya tenía una hija, Claudia Pilar y llevaba el apellido de su padre biológico. Para él era una hija más y su amor y preocupación por ella eran tan inmensos que le pagó al progenitor para que le cediera el apellido y le puso el de Rodríguez. Al comienzo, ella exhibía con orgullo su ascendencia, pero ahora vive preocupada por aclararles a las personas que la rodean o a quienes conoce, que Gilberto no es su verdadero padre.

Pero como el que ha sido no deja de ser, Gilberto dejó embarazadas casi simultáneamente a Mariela Mondragón y a Gladys Miriam, que tuvieron a Alexandra y a André Gilberto, quienes por ser los menores se convirtieron en sus consentidos.

André era una promesa en los carts y para él construyó una pista profesional cerca de Bogotá. Gilberto me contó que su hijo menor había empezado a correr con Juan Pablo Montoya y que incluso le ganaba algunas carreras. Pero después de impulsarlo, de enviarlo a Europa a correr y a estudiar, le cortó las alas por temor a un accidente, porque en su adolescencia André era supremamente loco, arriesgado e irreverente.

Cuando venía a Colombia no obedecía, se les escapaba a los escoltas, no seguía las medidas de seguridad que se le indicaban y Gilberto terminaba por enviarlo al exterior, para que nada le sucediera.

André y Alexandra eran los grandes amores de Gilberto, pero de madres diferentes que se odiaban entre sí. Miriam llegó a destruir el hogar de Mariela y eso no se lo perdonaban los hijos de esta.

Finalmente y de una manera bastante peculiar llegó José Alejandro. Sucedió cuando Pedro-Pedro, un empleado de Gilberto en Estados Unidos, y su esposa, no habían podido tener bebés y querían adoptar uno en Colombia. Con la ayuda de Myriam y el visto bueno de Gilberto, llegaron a un acuerdo con una mujer embarazada que quería regalar a su futuro hijo. Durante la gestación la apoyaron con el seguimiento médico, la alimentación, la clínica y todo lo que fuera necesario.

Pero antes del parto y de manera milagrosa, desapareció el problema y la mujer quedó embarazada, con lo cual ya no tenía razón de adoptar en Colombia. Era 1994 y fue la oportunidad perfecta: Myriam y Gilberto adoptaron ese bebé.

El entorno que lo rodeaba era numeroso y sin duda tenía muchos sitios a dónde ir, pero la guerra, la persecución de Pablo Escobar, del Bloque de Búsqueda y de los estadounidenses, hacían imposible que compartiera mucho tiempo con su familia.

Pero había platos que le encantaban y los disfrutaba conmigo. Como los tamales de Juaco, que un amigo preparaba desde hacía muchos años y los vendía en el garaje de su casa. Los encargábamos para los fines de semana, los paseos o reuniones y los partidos de fútbol.

También disfrutábamos yendo a comer rodizio y con frecuencia yo le preparaba langostinos, espárragos o champiñones; pero algunos de estos alimentos le aumentaban el nivel de ácido úrico, una dolencia que en ocasiones lo martirizaba. También le gustaba el pavo al horno como yo lo preparaba y no ocultaba su satisfacción porque yo inventara platos o intentara imitar alguno que nos había llamado la atención en algún restaurante.

Él, en cambio, me enseñó a preparar carne al trapo y tortilla de huevos con tomate, que hacía picando tomate muy maduro, sin cáscara, que dejaba cocinar y cocinar hasta que formaba una pasta semidulce a la que luego le ponía el huevo sin revolver.

Ocasionalmente, él invitaba a cenar en nuestra casa a Mariela, a sus hijos y sobrinos y por respeto yo dejaba la comida lista con las 'negras' y salía mientras él los atendía. Era muy difícil concertar este tipo de reuniones, por la constante persecución de la Policía y en su momento por la guerra con Pablo.

Para redondear este perfil de Gilberto debo decir que le gustaban los boleros y bailar salsa, merengues y paso- dobles, y no tenía reparos en ensayar pasos audaces, como aquel día que en una fiesta y delante de toda mi familia me sacó a bailar lambada, un atrevido baile de la época en el que los cuerpos se movían muy juntos, entrecruzando las piernas y con mucha sensualidad.

Si hubieran podido, mis padres me hubieran castigado pues se veían muy incómodos, al tiempo que mi abuelita reía a carcajadas. Siempre que bailábamos

nos hacían círculo, pero no por ser el jefe o el 'duro' sino por lo bien que lo hacíamos.

Su discoteca preferida era Éxtasis, en el centro de Cali, en un sótano en los bajos del edificio de la Beneficencia del Valle. Casi siempre llegábamos después de alguna reunión o de una cena y de inmediato cerraban el lugar para no recibir más clientes. La persecución no aconsejaba cometer actos irresponsables como el de irse de rumba, pero el encierro y los problemas exigían de vez en cuando un escape, para no enloquecer.

Pese a la limitada formación académica en su infancia, Gilberto fue un autodidacta, que amaba el estudio y se esforzó por aprender el pénsum académico correspondiente al bachillerato, así como niveles básicos de economía y finanzas; además, le gustaba la lectura y admiraba a César Vallejo y a Pablo Neruda y le encantaban la historia universal y la filosofía.

En un libro yo encontraba siempre la forma de salir del aprieto para regalarle algo, pues estamos hablando de alguien que lo tenía todo. Cuando estuvo detenido en el pabellón de máxima seguridad de la cárcel La Picota, presentó las evaluaciones y se graduó primero como bachiller; luego continuó sus estudios y recibió el título en Filosofía y Letras.

También tenía una especial adicción a coleccionar calendarios con modelos en traje de baño y en fotos sensuales, pero no vulgares. Ese era otro obsequio que le gustaba, especialmente cuando yo viajaba al exterior. En Miami había gran variedad de álbumes con mujeres como él las quería y a comienzos de cada mes le dejaba escoger una y la ponía debajo del vidrio de su escritorio. Al obsequiarle esos afiches yo le brindaba un escape a las angustias del día a día, a la soledad de saber que estábamos encerrados.

Otro buen regalo para Gilberto eran los relojes, aunque la mayoría ni siquiera los alcanzaba a estrenar. Uno de sus preferidos era el modelo tradicional de Gucci, con dos líneas verdes y una roja en el centro.

Gilberto hacía ejercicio en la casa mientras veía los noticieros o las novelas pues le preocupaban su salud y, sobre todo, su vientre prominente; lo hacía en nuestro cuarto frente al televisor, en una trotadora o en una bicicleta estática. Era muy vanidoso y en alguna ocasión se hizo operar las bolsas debajo de los ojos.

Creía en Dios, lo respetaba, le temía y se sentía culpable de tantas cosas que oraba cada noche. Pero le encantaban las brujas y yo tenía dos amigas que leían las cartas e íbamos con frecuencia donde ellas. Una tía de Gladys Myriam le hacía adivinaciones y viajaba ocasionalmente a Brasil para perfeccionar sus conocimientos sobre el tema; el aprendizaje incluía —y yo lo tenía claro—, alguna técnica oculta para que yo me separara de él.

Cuando Gilberto estuvo detenido en España en la cárcel de Caravanchel, conoció un astrólogo que vaticinó su traslado a Colombia, no a Estados Unidos. Se llamaba Pepe y en alguna ocasión lo trajo a Cali para consultar sobre la guerra, la extradición y demás temas que tanto le preocupaban.

No podía faltar la santería y Fabiola, una de las esposas de Miguel Rodríguez, lo rezaba sin que él lo pidiera y ella lo llamaba a advertirle posibles peligros. Gilberto le tenía un profundo respeto a ese culto religioso. Cuando estuvo recluido en La Picota le dijo a una de sus abogadas, santera, que le hubiera gustado seguir esa religión aunque ya era demasiado tarde para él.

Gilberto tenía la fama bien ganada de que era el menos excéntrico entre quienes lo rodeaban en el mundo mafioso. Se destacaba por ser discreto y elegante desde sus trajes y costumbres hasta sus inversiones.

No tenía la casa de 'Chepe' Santacruz que imitaba al Club Colombia de Cali, ni la finca de Martha Lucía Eche- verry, regalo de Miguel, en la carretera al mar, de la que bromeaba, aunque con afecto pues era la cuñada que más quería, porque nunca había visto una finca entapetada en blanco, a la que para entrar había que quitarse los zapatos.

Pero cedió a la tentación y un buen día compró una extensión de tierra muy grande, casi al frente de la finca de Martha Lucía, y empezó a agrandarla más y más luego de comprarles a todos los vecinos. Allí construyó casas para cada uno de sus hijos y para cada una de sus hermanas, así como vías internas, pesebreras para las mejores bestias, varias piscinas, pista para los carts de su hijo y motos de diferentes tipos.

La bautizó 'Caballo Loco', aunque a veces yo pensaba que debió llamarse 'Elefante Blanco', pues tragaba dinero de manera exagerada y por ello discutía constantemente con el arquitecto y con Myriam, pero aun así él mismo pedía y pedía obras y más obras. Al mismo tiempo buscaba comprar los terrenos cercanos

y presionaba de alguna manera a los que no querían vender.

Entre semana o cuando pasábamos cerca no aguantaba las ganas de ir a dar una mirada, a recorrerla y a mostrarme los avances de su locura. Todo el mundo sabía que eso era suyo, era un secreto a gritos y ni así evitaba ir frecuentemente. Pero el sueño se acabó y ese fue uno de los primeros bienes que le quitaron.

Mostrar al verdadero hombre detrás del capo es algo que no voy a cercenarle a este relato. Porque estoy hablando del hombre para quien las noches eran un infierno y debía tomar de por vida el antidepresivo Tryptanol. Empezó a consumirlo desde cuando estuvo detenido en la cárcel en España, pero supe que se lo suprimieron tiempo después de llegar extraditado a Estados Unidos, pese a que los médicos sabían que él era un enfermo terminal de cáncer en el colon.

Gilberto se volvía adolescente cuando jugaba fútbol, y se le olvidaban los problemas bromeando en las partidas de cartas, donde apostábamos poco pero nos reíamos montones porque él siempre tenía que ganar y los amigos ingeniaban trampas para pasarle cartas sin que los demás los descubriéramos.

No puedo dejar de contar facetas buenas y malas que muy pocos conocieron. El dinero daba para todo y en ocasiones lo invertía a favor de los menos necesitados, como aquella vez que leímos la historia en un periódico local y trajimos desde Chocó a una niña agobiada por una terrible elefantiasis para que la operaran los médicos de Cali; o los mejores especialistas que Gilberto pagó para que operaran a un joven prácticamente ciego que según nos contaron en una fiesta conducía una ambulancia del Hospital Departamental guiado únicamente por los reflejos de las luces. O las muchas brigadas de salud que organizó y patrocinó en Chocó, en las zonas más olvidadas por los gobiernos.

Pero en la intimidad de la casa, cómo no contar las decenas de veces que se desahogó conmigo porque era quien estaba más cerca. No parecía reparar en el enorme daño que me hacía con sus gritos innecesarios e injustificados, solo para desfogar su estrés.

Cuando Gilberto tenía muchos problemas encima y sin resolver, solía emprenderla conmigo y lo hacía pidiéndome cuentas de lo que había gastado en los últimos días. Lo sabía, cuando de un momento a otro me llamaba con un grito: “Rossyyyyyy... las cuentas”. Ahí empezaba mi martirio porque sacaba a relucir su viejo argumento de que debía aprender a cuidar los pesos porque los

millones se cuidan solos. Entonces se fijaba en los detalles más insignificantes para buscar la discusión y desahogar su estrés. Era una tortura hablar de dinero con él y por eso no le daba motivos para pelear porque llegó el momento en que no le volví a pedir dinero.

A manera de resumen, Gilberto Rodríguez Orejuela era un hombre de carne y hueso, un ser humano con cosas buenas y malas, aunque en él haya predominado la tendencia al mal. Fue el ser humano con el que conviví por ocho años y al cual, ahora descubro, jamás conocí.

CAPITULO 4

Nace un delincuente.
El robo en Pasto

Muy a su manera y quizá a cuentagotas, a lo largo de nuestra relación Gilberto llegó a narrarme sus comienzos y su trayectoria como delincuente, mucho antes de descubrir en el narcotráfico la real fuente de poder y de riqueza que siempre soñó. Sin embargo, siempre noté que había cosas de su pasado que le avergonzaban y era hábil para eludir referirse a ellas.

En general, la gente cree que Miguel Rodríguez fue el socio de siempre de su hermano, pero la verdad es que estaba muy joven aún para esas andanzas. Gilberto era tres años mayor y ejerció como una especie de padre sustituto de una familia sin figura paterna.

Según me dijo alguna vez, el primer cómplice que tuvo fue Jaime Álvarez, un hombre mayor que él, con quien empezó robando camiones cargados con café que luego revendían en el puerto de Barranquilla.

Los intrépidos piratas terrestres atracaban los vehículos en la ruta Cali-Buenaventura, por donde se movilizaban quienes transportaban el grano tipo exportación. Así empezaron a vender los costosos cargamentos en el mercado negro, a través de intermediarios.

Pero en una de estas travesías Gilberto se quedó sin secuaz porque la policía capturó a Álvarez con las manos en la masa y estuvo dos años en la cárcel de Villahermosa en Cali.

Entonces conoció a José 'Chepe' Santacruz, con quien conformó una banda que muy pronto sería conocida como 'los Chemas', que inicialmente continuó con la piratería terrestre pero que bien pronto derivó en actividades más peligrosas. Por aquella época 'Chepe' tenía un amigo en Bogotá que se estaba haciendo célebre en el mundo del hampa porque había realizado varios secuestros exitosos que le habían dejado una buena cantidad de dinero.

Gilberto viajó a la capital y luego de contactar al secuestrador le propuso plagiar a dos ciudadanos suizos en Cali. Según él, los gobiernos extranjeros pagaban mejor y más fácilmente.

Para llevarse al diplomático suizo Hermann Buss y al estudiante Werner José Straessle —quien se ofreció a cambio de su padre, herido durante el secuestro—, transformaron en ambulancia un vehículo pintado con los logotipos de la emisora Radio Ciudad de Cali[3].

El plan marchaba viento en popa y Suiza ofreció pagar el millonario rescate sin dilación alguna, pero Gilberto fue detenido cuando recibía el dinero. Tres meses más tarde fue dejado en libertad por un juez que no encontró pruebas de su responsabilidad en el caso. Todo indica que Gilberto se encargó de desaparecer las evidencias que lo incriminaban.

Este libro no pretende ser una biografía de Gilberto Rodríguez Orejuela, el gran capo del narcotráfico. Por eso no voy a ahondar en su carrera delictiva, que no viví. Pero sí existe un episodio de la historia de Colombia que no puedo dejar de lado y del cual él fue protagonista directo.

Se trata del legendario robo a la sede principal del Banco de la República en Pasto, Nariño, en la frontera con Ecuador, descubierto en la mañana del 25 de abril de 1977, de la que fueron sustraídos 82 millones de pesos, una cifra cuantiosa para esa época. El audaz saqueo se produjo después de que los delincuentes cavaron un túnel desde el exterior hasta la bóveda del banco.

Pese a que las autoridades juraron que no descansarían hasta hallar a los responsables, lo cierto es que treinta y siete años después solo hicieron algunas capturas sin fundamento real y nunca encontraron el dinero. El legendario robo quedó en la impunidad y nadie supo quiénes fueron los famosos 'topos de Pasto', como los bautizaron en las redacciones judiciales de los medios de comunicación.

Reconstruí este relato luego de hablar con personas absolutamente confiables que conocieron los hechos en aquel tiempo. Una de ellas es Luis Eduardo, hijo de Jaime Álvarez, compañero de fechorías de Gilberto, quien conoció buena parte de los detalles de esta historia y fue testigo de primera línea en la maniobra de ocultamiento de las herramientas utilizadas en el histórico episodio. No se trata de versiones de terceros, es la reconstrucción paso a paso de un delito que bien podría llegar al cine.

Según el relato de Luis Eduardo para este libro, Gilberto ya sabía lo que era conseguir dinero rápidamente, pero el riesgo que conllevó el secuestro de los ciudadanos suizos fue muy alto. Se había salvado de la cárcel y Jaime ya estaba fuera de prisión, pero necesitaba un negocio más rentable, menos riesgoso que la piratería y el secuestro y que le diera mucho dinero de un solo golpe. Pero no podía ser en Cali por aquello de las apariencias, por lo que la lejana Pasto era perfecta pues quedaba en la frontera con Ecuador.

La ejecución del plan empezó en el primer semestre de 1976, cuando Gilberto y Jaime viajaron a esa ciudad con cédulas falsas a nombre de Samuel Chaparral y José González y con la idea de reconocer el terreno y ver la factibilidad del proyecto.

El Banco de la República estaba situado en el centro de la ciudad y rodeado de edificios oficiales muy custodiados, como la Gobernación del departamento y la Alcaldía. En otras palabras, una zona congestionada, de alta confluencia de personas a pie y en vehículos.

En la esquina siguiente, sobre la misma acera, hallaron un local comercial, adecuado para sus planes, a 50 o 60 metros del objetivo, y no tuvieron inconveniente alguno en alquilarlo con los documentos falsos. Entonces les surgió la idea de montar un bar-cafetería en el que se pudiera poner música a alto volumen para camuflar el ruido de las excavaciones.

Examinaron el flujo de empleados públicos y el perfil de quienes pasaban por el lugar y concluyeron que si atendían bien a sus eventuales clientes podrían obtener datos sobre el funcionamiento del Emisor, a donde llegaba el dinero que los bancos debían depositar todas las semanas según mandaba la ley.

Gilberto y Jaime no tenían premura alguna. Sabían del botín que les esperaba y en sus planes no estaba cometer errores. Por eso previeron todo: cómo romper la loza sin llamar la atención, excavar solamente los fines de semana, cuando ya no había trabajadores; cómo entrar y sacar los materiales necesarios para la construcción del túnel y cómo deshacerse de la tierra. No dejaron cabos sueltos.

Montaron la cafetería y empezaron a atender a sus clientes de manera natural. La estrategia funcionó y pocas semanas después de abrir contactaron a un funcionario del banco, que les dio detalles de la bóveda, su ubicación exacta, el grosor de las paredes y los horarios y movimientos del personal.

La siguiente fase del plan, es decir, la construcción del túnel, corrió por cuenta de un ingeniero caleño cercano a Gilberto y a Jaime, que viajó a Pasto acompañado por dos obreros, de apellidos Cuartas y Marmolejo. Él diseñó los planos del túnel y los ayudantes se encargaron de atender a los clientes en turnos durante el día y en las noches y los fines de semana se dedicaban a cavar, empacar y sacar la tierra para que Jaime se deshiciera de ella.

Mientras tanto, Gilberto llevaba una vida normal entre Cali y Bogotá y a las personas de su entorno no les parecía extraña su ausencia, pese a que en realidad él se desviaba a Pasto para estar al tanto del avance de la obra.

El mayor reto que afrontaron durante la construcción del túnel fue el de desaparecer la tierra sobrante, pero con su ya probada habilidad, Gilberto y Jaime decidieron sacar los escombros del departamento de Nariño y llevarlos al Valle, para borrar cualquier rastro. Así, Jaime se hizo comerciante de papa, el principal producto agrícola de esa región y que se comercializa en el centro del país.

Jaime no tuvo problema en conducir un camión azul de su propiedad, de placas MDJ-030, y viajaba de una ciudad a la otra repleto de bultos de papa adelante y atrás, mientras en el centro ocultaba los costales llenos de tierra. La coartada, por si acaso caían en un retén de la Policía, era que la tierra ayudaba a conservar fresco el tubérculo. Pero nunca debieron dar semejante explicación.

Hasta que llegó la tercera semana de abril de 1977 y los topos terminaron el túnel de 50 metros de longitud, 1,60 metros de alto y 60 centímetros de diámetro.

Para desocupar la bóveda del Banco de la República se tomaron el tiempo necesario, pues era fin de semana y al mediodía del sábado los empleados terminaron el arqueo del dinero. Una vez el edificio quedó vacío desactivaron las alarmas, suprimieron la corriente eléctrica y usaron gatos hidráulicos y ventosas para abrir la caja fuerte.

Se llevaron 82 millones 670.000 pesos en billetes de 5, 20, 100 y 200 pesos y dejaron abandonados algo más de cinco millones de pesos en billetes de 500, que estaban fuera de circulación desde 1973, cuando otros ladrones robaron en el banco de la República de Cartagena, pero estos sí fueron detenidos.

La fuga también fue planeada por Gilberto y Jaime. Como era obvio, una vez quedó al descubierto el enorme robo, las autoridades cerraron las carreteras y desplegaron hombres en la frontera, hacia donde había más probabilidad de que escaparan los delincuentes. Pero estos huyeron muchas horas antes de que se conociera del robo y se fueron hacia el norte, al Valle del Cauca, en un camión cargado de papa donde ocultaron el botín y las herramientas usadas para cavar el túnel.

Una vez llegaron a Cali, escondieron el dinero en un taller de mecánica en el

centro de la ciudad y allí permaneció durante varios meses. Luego, Jaime se fue a su casa en el camión, con las herramientas. Para ocultarlas le pidió a su hijo Luis Eduardo que abriera un hueco en el patio, de un metro y medio de profundidad, en el que enterraron taladros, palas, gatos hidráulicos y otras herramientas, envueltas en plástico y un costal.

Allí, cuatro décadas después, en una casa del barrio Belalcázar, en la calle 25 con 18, deben estar las herramientas oxidadas, desgastadas por el tiempo y bajo una gruesa plancha de cemento. No tienen ningún valor monetario, solo la importancia de haber sido utilizadas en un robo histórico. De Luis Eduardo me contaron que después de dedicar su vida a acompañar a los hermanos Rodríguez Orejuela, tiene un trabajo humilde donde a duras penas gana el salario mínimo.

Una vez el llamado robo del siglo pasó a un segundo plano y las autoridades claudicaron en la búsqueda del dinero y de los responsables, Gilberto sacó la parte que le correspondía del botín y lo puso a circular en un negocio que en poco tiempo lo haría multimillonario: la pasta de coca, que empezó a traer en grandes cantidades desde Bolivia y Perú.

CAPÍTULO 5

Rico no, mejor narcotraficante

Del narcotráfico se han escrito tantos artículos en periódicos y revistas, tantos libros, series y películas, que todo parece repetido. Así que este no será un capítulo profundo sobre el tema, aunque sí es forzoso referirse al negocio ilegal que hizo multimillonario a Gilberto Rodríguez Orejuela.

Lo incomprensible de este relato es que aunque desde pequeño Gilberto mostró cierta tendencia a la maldad y ya había cometido algunos delitos, la necesidad económica y su habilidad innata para los negocios lo llevó a incursionar desde los doce años en el mundo de las droguerías, en una de las cuales trabajó como mensajero y en pocos años llegó a aprender el oficio como pocos.

Ávido por conseguir dinero, Gilberto aprovechó que la farmacia quedaba al lado de la Iglesia Santa Rosa y en Semana Santa se las arreglaba para vender 'agua bendita' en botella. Era simple agua del grifo, pero los incautos peregrinos la compraban porque así evitaban hacer largas colas.

Cada uno de esos pesos que obtuvo con su sueldo, pero también lo que ganó de manera no santa, fueron ahorrados por Gilberto, quien ya tenía fija en su mente la idea de montar su cadena de farmacias. Inició con la droguería Comercial, en el centro de Cali, que en forma extraña se incendió y cobró el seguro; con ese dinero montó una nueva. Siguió creciendo hasta lograr su meta en 1972, cuando puso en funcionamiento los primeros locales de Drogas la Rebaja, que muy pronto se convertirían en una exitosa cadena de farmacias.

Allí vendía medicamentos de los laboratorios tradicionales, legales, pero también empezó a expender productos robados a camiones cargados con fármacos, que ocultaba en una bodega que compró en Cali y luego los distribuía en sus droguerías, lo que le generaba una jugosa ganancia adicional.

La Rebaja crecía rápidamente y por ello se fue a Bogotá a montar una nueva bodega y posteriormente Laboratorios Kressfor, el primero de la industria farmacéutica nacional. Entre tanto, Gilberto incursionó en la radio y compró las emisoras Radio Ciudad de Cali y Farallones Estéreo, que luego se convertirían en el Grupo Radial Colombiano. Pese a su escasa formación académica lo poco que había leído le dio la claridad suficiente para entender que las telecomunicaciones eran una herramienta clave para alcanzar el poder y para influir en la gente.

Pero estos logros no fueron suficientes y Gilberto se lanzó a cumplir su viejo sueño: ser un hombre multimillonario. De cualquier manera. Lo había decidido

desde niño, desde las humillaciones que recibió en el colegio, cuando no pudo continuar estudiando porque no tenía para un par de zapatos. Las necesidades y el llanto de su madre y hermanos quedaron grabados en su corazón; no se trataba de un deseo de superación, sino de alcanzar el poder, que en él se convirtió en una especie de afrodisiaco. Entre más tenía, más quería conseguir. No era una farmacia, tras la segunda ya quiso tres y cuatro, y luego soñaba con tener una sucursal en cada esquina de cada plaza principal en todos los pueblos del país. Me decía que no era el dinero, que el poder era el peor de los vicios, el más adictivo, el que lo había llevado a pasar por encima de sus valores. Alguna vez, en uno de nuestros escondites, me dijo que daría toda su fortuna para retroceder el tiempo, corregir sus errores, valorar su hogar y sus hijos, y vivir plenamente los momentos que dejó de disfrutar por estar enfocado en su obsesión.

Entonces, Gilberto conoció a Hélmer Pacho Herrera, quien a mediados de los setenta ya había incursionado en el tráfico de drogas. Por aquella época la base de la coca era traída desde Bolivia y Perú y, según me contó alguna vez, 'Pacho Loco' fue el primer piloto que trabajó con ellos pues los llevaba hasta los sitios de producción en esos países. Así aprendieron a conocer el negocio y muy pronto trajeron a Colombia a dos expertos, 'Ramón el peruano' y 'José Pereira', que les ayudaron a montar sus propios laboratorios. Era un negocio promisorio porque se invertía poco y las ganancias eran enormes.

Como buen negociante, Gilberto decidió conocer el mercado, hacer contactos, antes de lanzarse a traficar en grandes cantidades. Entonces él mismo se fue a llevar el primer cargamento, que debía terminar en Nueva York. Llevó unos pocos kilos de cocaína a Panamá, la camufló en una caleta construida dentro de un carro y realizó la larga travesía hasta su destino final en el país del norte. Hizo un par de veces más, pero siempre pensando en otros sistemas de transporte.

Una vez se tomó confianza empezó a mover la cocaína en cajas de comida y en camiones con paredes falsas o con pisos de doble fondo. Pero traficar era tan sencillo que no tardó en encontrar un mecanismo para el primer envío de varias toneladas de cocaína desde el puerto de Buenaventura hasta la costa norte de Estados Unidos. Fue en bloques de madera a los que les hicieron un hueco en el centro, les metieron la droga, los taparon y los pulieron sin que se notara que habían sido manipulados.

Gilberto me contó que fue muchísima la mercancía que 'coronaron' de esa manera porque tenían un excelente carpintero que modificaba los bloques de madera sin dejar huella. El hombre se especializó tiempo después en hacer caletas en viviendas, oficinas y muebles. Ya murió, pero en los sitios donde vivimos había todo tipo de escondites hechos por él para ocultar personas, joyas o dinero.

El negocio era tan próspero al comienzo que enviaba coca de mil maneras. Una de ellas, ingeniosa por demás, consistía en 'fabricar' discos *long play* a base de cocaína. Eran idénticos. Un mensajero de los Rodríguez dejaba entre diez y doce discos en los espaldares de varias sillas en los aviones que viajaban de Cali a Miami, donde eran recogidos por un hombre al que le decían el 'Hindú'; este viajaba en la misma aeronave hasta Nueva York, el centro de operaciones del futuro cartel de Cali en Estados Unidos. Igualmente, le era muy rentable sacar cocaína en los tambores de hierro de las máquinas de exprimir caña de azúcar.

Con la experiencia acumulada, Gilberto delegó en terceros el transporte de los cargamentos de los cuales él y su hermano eran dueños. Mientras otros corrían el riesgo de caer en las redadas, ellos, cual ejecutivos, esperaban el resultado y el dinero de cada operación. A diferencia de ellos y de 'Chepe' Santacruz, 'Pacho' Herrera siempre se caracterizó por llevar personalmente sus cargamentos.

El negocio tuvo un salto cuantitativo cuando los Rodríguez y sus socios empezaron a traficar desde el aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón de Palmira, al norte de Cali. Los cargamentos eran enormes, de hasta diez mil kilos por viaje. Alguna vez supe que regalaban sillas de avión, porque me ofreció enviarlas para Puerto Tejada donde familias necesitadas las recibían con gratitud y las usaban como asientos en las salas de sus casas; la verdad no se me ocurrió pensar que regalaban las sillas pues estaban abriendo espacio para ampliar la capacidad de carga en las enormes aeronaves.

Por aquella época y por varios años, ellos manejaron a su antojo el terminal aéreo y se hicieron famosos los vuelos fantasma, que llegaban y salían en la madrugada, cuando las luces estaban apagadas y el aeropuerto cerrado. Sobre las tres de la mañana se prendían las luces de repente y llegaba un jet casi siempre de Tampa, Florida. En cuestión de minutos aparecían varios camiones que esperaban en la pista y cargaban la droga. En la misma aeronave llegaban millones de dólares producto de esas transacciones.

Pero Gilberto siempre quiso ser muy refinado a la hora de administrar sus finanzas y por ello se las ingenió para lavar millones y millones de dólares por intermedio del First Interamerican Bank, en una estrategia que incluyó al Banco de los Trabajadores en Colombia, al Banco Cafetero de Panamá y otros en Centro y Norteamérica.

En varias ocasiones me dijo que estaba seguro de que el gobierno de Estados Unidos no descansaría hasta extraditarlo porque se les había metido con el bolsillo, lo que más les dolía. Los Rodríguez sacaron tanto dinero de ese país que una vez intervinieron el First Interamerican Bank nunca alcanzaron a cuantificarlo realmente.

Cuando quedó al descubierto ese sofisticado sistema de blanqueo de dinero, Gilberto se vio forzado a retirarse hasta del Banco de los Trabajadores en Colombia, del que también se adueñó de manera sistemática luego de comprar la mayor parte de las acciones.

Al quedarse sin el engranaje que montó para traer las cuantiosas utilidades del negocio desde el exterior, las autoridades en Colombia también asumieron el control del aeropuerto de Cali y ello obligó a los Rodríguez a utilizar a terceros para esa labor. Es decir, acudieron a su gente de confianza para ir a traer los dólares, pero esa maniobra implicaba graves riesgos.

Fue así como un día policías de Miami detuvieron en una avenida a uno de sus emisarios, quien viajaba en un automóvil con otro hombre y sus dos esposas, y les confiscaron más de un millón de dólares en efectivo. En aquella época tener dinero sin un origen justificado no era delito, por lo que, pasado el susto, los dejaron en libertad. Pero el dinero se perdió.

Pese al revés, en ese mismo viaje el emisario de los Rodríguez logró despachar varias cajas cargadas con billetes de cien dólares envueltos en papel aluminio, bolsas plásticas y más aluminio, recubiertos con una sustancia café oscura y pegajosa parecida a la melaza y con mucho, pero mucho producto del que se aplica a las perras en calor para ahuyentar a los machos.

El dinero llegó camuflado en un embarque de parlantes para exteriores, para ser usados en los jardines cerca a las piscinas, a la intemperie y resistentes al agua; fue abierto en una de las casas donde nos escondíamos. Así de ansioso estaba él por ver cómo se había desarrollado el plan y por recibir el dinero.

Con todo y las vicisitudes, el negocio seguía en su apogeo y cada día surgía una nueva manera de traficar. Hasta que a finales de 1992, pocos meses antes de caer Pablo, Gilberto encontró una, que describió como la cúspide de su historia en el narcotráfico, pues según él, nunca había hecho algo tan bien planeado y perfecto: rocas artificiales de carbón repletas de cocaína, idénticas a las originales.

Les había encargado el proyecto a varios ingenieros químicos pero fracasaron en el intento, hasta que finalmente encontró la solución en un allegado, al que le propuso buscar una fórmula para fabricar las rocas y recubrirlas con polvillo de carbón.

El ingeniero se instaló en una bodega grande en Cali e hizo llevar una tonelada de carbón de piedra. Al cabo de varios experimentos fallidos porque el calor dañaba los moldes del carbón y averiaba las bolsas con la cocaína, encontró una fórmula en la que usó cinta de PVC, resina y colorante negro que resistieron las altas temperaturas una vez eran vaciados los moldes.

Así, tras varios meses de intenso trabajo, quedó listo el primer cargamento, de mil doscientos kilos, que salió en tractomula de Cali a Venezuela, donde fue embarcado en tulas grandes, numeradas, rumbo a Holanda.

El inventor no aceptó un porcentaje del producido del negocio, pero sí una cantidad elevada de dinero por el éxito de la operación. No obstante, le hicieron 'conejo' y solo le pagaron diez millones de pesos porque según Gilberto el viaje "no se pudo coronar".

Los Rodríguez creyeron haber encontrado una ruta de larga duración para traficar, pero cometieron un grave error: aumentar la cantidad de carbón enviada, por lo que debieron contratar más personas en Europa, quienes en alguna etapa del proceso se enteraban del contenido del embarque; uno de ellos los delató. El desastre fue producto del afán y la ambición. Recuerdo que en los noticieros dijeron que la imitación era tan perfecta que de no ser porque alguien contó jamás hubieran descubierto ese método de traficar.

Gilberto tenía un límite que siempre respetó, hasta donde yo supe y era no traficar con heroína, la conocida droga maldita. Le tenía miedo y según me explicaba toda persona que la probaba solo necesitaba una primera dosis para quedar atrapada y condenada a morir; por eso siempre traficó con cocaína.

CAPÍTULO 6

“No quiero tener un hijo para que otro lo críe”

Ya en pleno romance con Gilberto, antes de la Navidad de 1988 hice por primera vez una gran fiesta familiar que terminó pasadas las dos de la madrugada. De ahí nos fuimos a la discoteca Éxtasis, propiedad de un viejo amigo de los Rodríguez, que cerraba sus puertas cuando ellos iban.

Mis padres no nos acompañaron de buen ánimo porque ya estaban cansados y no terminaban de aceptar mi relación; también asistieron mis hermanos y sus parejas y nos sentamos en un sofá en forma de L en el rincón del fondo.

A esa hora Gilberto ya estaba muy alicorado y empezó a decirle a mi mamá que quería tener un bebé conmigo, que la iba a hacer abuelita. El anuncio fue terrible para ella, pues era la que más se oponía a nuestro romance. Desde ese momento no pudo evitar su molestia y empezó a mirarme con inocultable desaprobación.

Pero él estaba enamorado, como yo, y queríamos ser padres. Desde niña soñaba con ser madre y como el deseo era mutuo, Gilberto me envió donde uno de los mejores gineco-obstetras de Cali, que al poco tiempo abriría su propia clínica de fertilidad. El médico me hizo una cirugía laparoscópica y dejó mi organismo en tan perfecto estado que menos de dos semanas después yo estaba embarazada.

Me hice una prueba, de las que venden en las farmacias, y aunque la línea que marca la respuesta positiva se tiñó muy levemente, mi organismo decía que estaba encinta. Fui donde el doctor, quien dijo que eso no era posible porque la cirugía era muy reciente y me mandó a hacer un examen de sangre, que confirmó mis sospechas.

Un par de días después presenté un leve sangrado y el especialista ordenó reposo absoluto y una ecografía que él mismo me haría al lunes siguiente. Era la tarde del viernes 18 de agosto de 1989 y esa noche Pablo Escobar habría de derrumbar mi ilusión de ser madre en ese momento.

Los sicarios del jefe del cartel de Medellín asesinaron a Luis Carlos Galán Sarmiento y de paso destruyeron la poca paz que teníamos. La guerra entre los dos carteles llevaba año y medio, por lo cual no teníamos mucha libertad de movimiento. Pero la muerte de Galán revivió el fantasma de la extradición y ese fue el comienzo de nuestra clandestinidad absoluta. Esa noche Gilberto pasó por mi apartamento a despedirse porque tenía que esconderse.

Les mentí a mis padres al decirles que ese fin de semana me iba a una finca en Armenia, pero en realidad me quedé en el apartamento de mi amiga Sarah, acostada en su cuarto, sin hacer más que ver televisión y esperar las llamadas de Gilberto. En la noche del domingo, en medio de la tristeza y la preocupación, él me dijo por teléfono que ya nada sería igual, que no quería tener un hijo para que lo criara otro y que con la amenaza de la extradición ese sería su destino más probable. Al final me dijo que jamás me obligaría a tener un aborto.

En ese momento yo solo quería cuidar mi vientre y proteger a mi bebé y no tenía idea de los alcances del hombre que me había enamorado.

Pasado el fin de semana regresé al apartamento donde vivía con mis padres y caí redonda en la mentira porque a mi mamá le pareció extraño que yo, tan detallista, no hubiera traído plátanos o algún presente si había estado en el eje cafetero.

Esa tarde fui al médico, quien me dijo que su equipo presentaba una falla y me llevó a un consultorio, dos o tres locales al lado del suyo. Me hizo la ecografía y me explicó que prácticamente había perdido a mi bebé. En medio de mi llanto señalaba una pequeña y alargada manchita en mi útero, mientras me decía que ya estaba casi saliendo, que no era posible retenerlo con medicamentos y que si lo hacía con certeza tendría un hijo deforme. Concluyó que era indispensable hacerme un legrado para limpiar mi vientre.

Salí destrozada a enviarle un mensaje por *beeper* a Gilberto. Lloraba tanto que él buscó la manera y se reunió conmigo para consolarme. Poco después, ya resignada, el médico me citó a una reconocida clínica de Cali donde me hizo un raspado para eliminar residuos que pudieran afectar mi salud.

Debía reposar un par de días de semejante maltrato y por eso me vi forzada a mentir nuevamente en mi casa con otro supuesto viaje a Armenia. Solo que esta vez sí traje plátanos, que mandé a comprar en una frutería.

Tal vez para consolarme, a la semana siguiente Gilberto hizo que me llevaran a un apartamento en el barrio el Limonar, donde estaba oculto desde la muerte de Galán. Me invitó a cenar y a tomar champaña y aunque él siempre tomaba whisky, esa noche prefirió el licor que yo bebía.

Era muy temprano y ya estaba demasiado borracho, conmovido con mi llanto

y depresión. De un momento a otro, en un acto que todavía hoy no comprendo, se confesó ante mí. Dijo que el ginecólogo que me atendió era el mismo de Esperanza, la mejor amiga de Myriam, su exmujer; agregó que le dio miedo tener un hijo al que yo le pusiera otro padre si lo extraditaban y me pidió perdón.

No necesitó dar más detalles, entendí claramente lo que había pasado. Creo que fue la primera vez que lo vi llorar y lo hacía copiosamente, pero no tanto como yo.

Supongo que debió hacer eso muchas veces con amigas o noviecitas, que querían asegurar un futuro económico teniendo un hijo suyo. Sin duda había sido responsable de la pérdida de muchas vidas, pero esa noche solo me mostraba amor y arrepentimiento y no estaba manipulando, era sincero. Sin embargo, mi embarazo había sido de mutuo acuerdo y lo que sentí en ese momento es muy difícil de describir. Dolor, decepción, tristeza profunda, rabia. Pero no tuve mucho tiempo tampoco para digerir esa mezcla de emociones.

Justo en ese instante, cuando afrontábamos uno de los trances más difíciles de nuestras vidas, Myriam llamó al teléfono fijo del apartamento. Al parecer su amiga le dio el número o ella lo obtuvo de alguna manera, pero lo cierto es que marcaba una y otra y otra vez, insistente, desesperante y le gritaba, le reclamaba, le decía que sabía que estaba conmigo. Me quedó la duda de si ella se había enterado de mi embarazo y había presionado y manipulado también, porque él parecía culparla. Mientras ellos se insultaban yo parecía un ente sin espíritu, un espectador ausente.

De un momento a otro Gilberto tiró el teléfono y se marchó totalmente ebrio y descompuesto. Al día siguiente me enteré de que llegó donde ella y sin pensar en la seguridad, sin pensar en nada y en medio de la peor de sus peleas, sacó la pistola y disparó, pero el 'Capi' reaccionó y lanzó a Myriam con tanta fuerza que cayó sobre su rodilla, causándole un daño que hoy todavía le duele y le impide hacer esfuerzos físicos. Gracias a la rápida reacción del 'Capi', el tiro fue a dar contra la pared y con ello evitó una tragedia.

Tal vez hubiera sido el momento de dejarlo, pero lo nuestro era una mezcla de miedo, de necesidad mutua, de dolor, amor y rencor. Él estaba solo, escondido, perseguido por la justicia y los estadounidenses y en guerra con Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha. No tuve el corazón ni las agallas para abandonarlo en

ese momento crucial.

Pese a lo que acababa de ocurrir, no cedí en mi empeño de ser madre. Ese anhelo me marcó tanto que apenas ahora, acabando de cumplir cuarenta y siete, estuve dispuesta a desistir de la idea de tener otro hijo. Pero no lo haré, todavía no. Amo a mis hijos, amo al hombre que ahora nos acompaña y así como quiero dedicar mi vida a concientizar a los adolescentes para que no cometan los mismos errores que cometí, también quiero dedicarla a los míos y a un nuevo bebé, si Dios lo permite.

El sueño frustrado que tuve con Gilberto de tener un hijo determinó el fin de nuestra relación. Eso es innegable. Cada vez que surgía un detonante, intentaba escapar de una vida que me hacía daño, de un amor que no podía evitar, que llenaba de angustia a los míos y de infelicidad mi corazón, pero siempre, inevitablemente, regresaba con él.

Entre una y otra decepción, en mis intentos de dejarlo, cuando salía herida, cuando me humillaba o cuando descubría que su relación con Myriam tomaba vuelo nuevamente, mi corazón buscaba abonar el terreno para una aventura, para un escape; la ocasión hace al ladrón, decían los abuelos, aunque estoy convencida de que en mi caso fue la necesidad de aferrarme a algo para poder huir.

Estaba en San Andrés, donde ya tenía mi propio apartamento y la isla se había convertido en mi refugio. Cada vez que necesitaba un respiro le decía a Gilberto que me iba para allá y supongo que él accedía sin problema porque mientras yo viajaba él contentaba a Myriam y le demostraba que estaba solo, aunque no viviera con él.

Siempre viajaba con dinero suficiente y llevaba compañía, personas de mi familia o mis amigas. Amaba esa isla, amaba el océano y empecé a amar el escape que estaba viviendo. En esta historia cambiaré algunos detalles, porque lo que no quiero, después de tanto tiempo, es afectar a un ser maravilloso.

Todo empezó en el aeropuerto, de regreso a Cali. Había congestión y una mujer, que estaba de última en la fila como mi amiga y yo, nos pidió decirle a su hermano Carlos, que ya había conseguido cupo en el siguiente vuelo, que la esperara en el aeropuerto. Ingresamos al avión y preguntamos por ese nombre pero nadie respondió y tomamos asiento.

Mi amiga se sentó en la silla del pasillo, empezó a hablar con un hombre muy guapo acompañado por una linda niña y no tardó en descubrir que se llamaba Carlos, el mismo a quien le debíamos dar la razón de su hermana. De alguna manera él y yo terminamos conversando durante todo el vuelo y la atracción fue inmediata, al menos para mí. Vivía en San Andrés, trabajaba allá, lejos de mi ciudad y eso me llamó la atención.

Quedamos en vernos nuevamente para explicarle algo relacionado con los seguros, un tema que yo manejaba bien todavía. Nos vimos nuevamente, sentí que la química era inocultable, sentí que estaba viva.

Ya tenía un incentivo para volver a San Andrés, además de escapar del estrés y la rutina, de los gritos y dejar de ser, por unos días, el saco donde Gilberto desahogaba, con su sarcasmo y ofensas, sus propias frustraciones. Lo amaba, nunca dejé de amarlo y me sentía amada; sabía que ese hombre vivía por mí, que solo era producto de las circunstancias y de su carácter, pero sufría mucho, lloraba cada que algo me decía que nunca terminaría esa dualidad en su corazón, que siempre sería su amante, así llevara años siendo quien vivía junto a él y compartía sus días y sus noches; cada vez que me decía que todavía no era el momento de tener un hijo no podía evitar los sollozos. Y empecé a soñar en un nuevo comienzo, junto a otro hombre.

Salía a llamar a Telecom, la única opción para hablar con alguien en otra ciudad, aparte del teléfono privado, del que obviamente no me atrevía a marcar. Unos minutos al teléfono me daban el incentivo para continuar y me aferré a eso. O le pedía que me llamara a la portería del edificio o a la casa de algún tercero cuyo teléfono no estuviera en la lista de interceptados.

Viajaba a la isla apenas podía y no me gustaba tirarme por horas en la playa a broncearme; de hecho, soy alérgica al sol y debo bañarme en bloqueador, así que los demás disfrutaban las olas y la arena mientras yo simplemente caminaba por la orilla, alquilaba una pequeña motocicleta y visitaba al hombre que había traído una nueva ilusión a mi vida.

Pensaba que era posible dejar a Gilberto y casarme con él y ser feliz y tener hijos; lo creía realmente, aunque no estoy segura de que fuera mi deseo real. Él siempre me decía que podía terminar nuestra relación en el momento en que yo quisiera, pero le respondía que seguramente ningún hombre se me acercaría por

miedo a que le hiciera daño.

El romance iba viento en popa y hasta anillo recibí, así como la ternura y paciencia suficientes para atreverme a terminar con Gilberto. Y no hablo de pasiones, porque nunca tuve carencias en ese sentido con él, a pesar de su edad y de mi juventud; nunca me faltó en la intimidad, ni siquiera con todo el estrés de nuestra vida cotidiana. Simplemente tenía una ilusión en mi corazón y ninguna objeción para ser madre. Me podría ir a vivir a San Andrés, incluso, lejos de todas las angustias. Era demasiado hermoso para ser cierto, y demasiado tentador también.

Pero no decliné en mi empeño e hice un último intento por convencer a Gilberto de que me permitiera tener un hijo y la respuesta fue la misma desde la muerte de Galán: que él no traería un hijo al mundo para que lo criara otro mientras envejecía en una cárcel en Estados Unidos.

Así que por fin decidí terminar con él; empaqué mi ropa y las pocas cosas que tenía en la casa que compartíamos y me marché al apartamento de Mikonos, donde tenía todas las comodidades y una empleada, pero sobre todo era aislado, donde la soledad me permitía reflexionar en paz.

Por primera vez pensé que era posible continuar sola mi ruta; me sentía capaz y sin la angustia que siempre me acompañó en mis anteriores intentos. Sin problema, sin llanto, llamaba al 'Flaco' o al mismo Gilberto para consultarle sobre los temas que yo manejaba, sobre alguna propiedad o decoración, sobre las cuentas, lo que fuera. Mi actitud tranquila e indiferente les llamó la atención. Fue la primera vez que sintió que me perdía y así hubiera sido, si no es por mi cobardía.

Claro, mi comportamiento les dio pie para hablar. El 'Flaco' dijo que era muy extraño, que esa no era yo y que, seguramente ya tenía otra persona. El 'Flaco', casi nadie, el secretario, el que contestaba las llamadas y a quien le quedaba fácil sembrar la duda. Empecé a preocuparme porque tenía el pecado en la conciencia y seguía en él.

Entonces decidí enfrentar el lío y llamé a Gilberto y le pedí que habláramos. Llegó al poco tiempo. Lo recibí con indiferencia, pero no puedo negar que lo seguía amando aunque ya eran muchos años de esperar la felicidad, de añorar que cancelara su doble vida sentimental, pero, sobre todo, para tener mi hijo, o

mis hijos, pues el tiempo pasaba inexorable.

Se veía humilde y conciliador. No quería perderme porque se quedaría solo y la soledad y él no se llevaban bien; estoy segura de que no quería vivir de nuevo con Myriam porque su convivencia era un infierno. Su relación sobrevivía porque era así, lejana, distante, por asuntos familiares, cuentas y demás.

Él repetía constantemente que había demasiado dinero en juego como para permitirse dejarla. Pero también muchos secretos. Qué triste y qué apropiado para ellos. Le dije que yo tenía derecho a ser madre, que estaba decidida a dejarlo, que algo había muerto en mí, pero reconocí que aún tenía amor.

Gilberto se veía perdido y lloró ante mi evidente indiferencia. Me prometió muchas cosas pero no me convencía, como tampoco sus referencias a las guerras viejas o recientes, ni a la justicia o a la extradición, la clandestinidad; sus argumentos habían perdido peso pues ya eran muchos años viviendo lo mismo.

Insistí en mi punto y le dije, tajante, que si realmente deseaba continuar conmigo solo ponía una condición: que me permitiera embarazarme de nuevo.

No me lo esperaba, pero accedió de inmediato. Solamente argumentó algo que me sonó lógico: que nuestra relación ya estaba muy mal, que debíamos poner todo de nuestra parte para rescatarla, que nos diéramos seis meses de plazo. Y concluyó diciendo que si en seis meses —era 12 de febrero— continuábamos juntos, no había que preguntar nada y simplemente pondría el mundo a mis pies para tener un buen embarazo y un parto seguro.

Pero debíamos procurar salvar la relación y darle la estabilidad perdida. Ese día no hubo reconciliación, no me hizo el amor, no era el momento. Le dije que lo pensaría y él respondió que tenía un paseo programado con sus hijos. Como siempre, cuando yo no estaba, aprovechaba para contentar a Myriam. Saber eso me incomodó, pero no tenía alternativa.

Apenas se marchó empecé a temblar de nuevo. Fui muy seca, pensaba, fui demasiado evidente. ¿Por qué me costaba tanto fingir? Fue más duro aún porque sabía que al regresar con Gilberto rompería un corazón, las ilusiones de un hombre bueno enamorado de mí, que soñaba con tener un hogar conmigo.

Pero años atrás yo había elegido un camino y la vida me obligaba a permanecer en él. Así empezaron dos días angustiosos esperando que llegara el

lunes para regresar a nuestra casa y tener paz.

Fue tanto el estrés que ese fin de semana tuve la peor migraña de mi vida; tan fuerte que el sábado a media noche llamé al conductor para que me llevara a la clínica, pues ni siquiera era capaz de conducir. Me aplicaron dipirona en un brazo y valium en el otro y regresé al apartamento en la madrugada, pero ni siquiera ese coctel tan fuerte funcionó. Debí regresar el domingo y ya entonces llamaron al neurólogo. Me dejaron sedada hasta el día siguiente.

Mi organismo debía tener razones más que suficientes para protestar porque el 'Flaco' era muy desconfiado y Juan Manuel, mi conductor, hablaba sin pensar. Querían contarle al 'señor' que creían que yo tenía un amante, y aunque no les constaba, querían curarse en salud.

Mi organismo debía tener razones más que suficientes para protestar porque el 'Flaco' era muy desconfiado y Juan Manuel, mi conductor, hablaba sin pensar. Querían contarle al 'señor' que creían que yo tenía un amante, y aunque no les constaba, querían curarse en salud.

No fue fácil terminar mi relación con Carlos; me esforcé en decepcionarlo para que me olvidara y fuera feliz por otro lado; llamarlo a decirle que Gilberto sospechaba que yo tenía otra persona sería una insensatez, no tuve el valor para hacerlo. Dejé ir la que parecía ser mi única opción de salir de ese círculo en que estaba envuelta, pero el miedo a ser descubierta fue más fuerte. Entonces le hablé por teléfono, rompí su corazón y cuando nos vimos después le di a entender que me interesaba otra persona. Tal vez solo ahora que lea este libro comprenda que no jugué con sus sentimientos, que tenía temor y que en su momento fue quien me ayudó a soportar el infierno en que vivía.

Pudieron más el amor a Gilberto y la esperanza de ser feliz a su lado, ahora que él accedía a que tuviéramos un hijo. Ya no iba a escapar, quería de verdad ese bebé y estar bien con mi marido e iba a poner todo de mi parte para conseguirlo. Volví a ser la mujer dedicada y amorosa, pendiente de él, de cuidarlo y hasta tolerarlo. Puse todo de mi parte y mucho más.

No me enorgullezco para nada de los errores que cometí, pero es parte de la historia y no voy a mostrarme como una santa, cuando tuve tantas fallas. Aprendí a manipular al lado del manipulador estrella; ahora que lo analizo, eso es lo que hice. Le dije a Gilberto que sus muchachos estaban difundiendo el

rumor de que yo tenía 'mozo' y no sabía qué hacer para parar eso, pues era la misma historia de siempre. Como él sabía que el 'Flaco' era obsesivo y exagerado, no se sorprendió y por el contrario le dio risa y me dijo que estuviera tranquila, que él lo manejaría con tacto, que no me preocupara.

¡Tremenda sorpresa! Esa tarde Gilberto llamó al Flaco, a José y a Billy, los dos conductores, y les habló con cierta molestia en su tono: "El día que alguien tenga algo que decir de mi mujer, me lo tiene que demostrar o se mete en un problema grave; cuando alguien vaya a decir que Aura tiene 'mozo', me trae pruebas o mejor cierra la boca, porque si no me lo demuestra, lo mato. ¿Está claro?". Todos asintieron en silencio.

Las cosas quedaron ahí. Era lo mejor porque ya estaba únicamente con Gilberto y solo quería amarlo como antes, sin prevenciones, confiando en él, pues me había dado su palabra y yo le creía ciegamente.

Qué tonta; él ya estaba planeando otra de sus jugadas, pero esta vez el tablero eran mi vida y mis ilusiones. Fue el comienzo del fin, otra vez, aunque no lo sabía y me estaba enamorando otra vez. Y él feliz.

Fue una buena época en nuestra relación porque nada quería más que demostrarle que podíamos estar bien, superar los escollos y tener el hogar que soñamos, a pesar de las vicisitudes. Estoy plenamente convencida de que si él hubiera cumplido, sin engaños, yo estaría aún a su lado, visitándolo en la cárcel, orando por él cada día, escribiéndole mis cartas para llenar sus horas solitarias y sacando adelante el hijo que hubiéramos tenido juntos.

Faltaban unos pocos días para que se cumpliera el plazo de seis meses que nos habíamos dado para repensar nuestra relación cuando recibí una llamada de mi cuñada, que trabajaba en la Gobernación del Valle.

Un compañero le pidió buscar un hogar que adoptara una bebé recién nacida. Siempre soñé con algo así, pero era una de esas utopías irrealizables que todos guardamos en el baúl de las ilusiones reprimidas. Llamé a Sarah, quien respondió un rato después y me dijo que conocía una pareja estéril, gente buena que anhelaba una hija.

Nos sentamos a almorzar en el comedor vestido con mantel bordado y servilletas de tela, con rosas en el centro de la mesa, cubiertos y copas con todo el

protocolo de etiqueta que había aprendido y que aplicaba para escapar de la rutina.

Ese día yo había preparado los langostinos y la ensalada y las 'negras' hicieron lo demás. Muchas veces servíamos vino, como ese mediodía, pero yo estaba nostálgica. Le conté a Gilberto que Sarah le había encontrado hogar a la bebé y entonces él me miró a los ojos y me dijo: "¿Y por qué no te la quedas tú?".

Pegué un grito que asustó a los muchachos. No lo podía creer. Me puse a llorar como una niña. Gilberto reía viéndome, aunque ahora comprendo que solo trataba de subsanar la mentira en la que me mantenía. Luego dijo que solo tenía una condición: que primero que todo debía hacerle los exámenes médicos completos para comprobar que estuviera bien, pues no quería verme después sufriendo aferrada a un hijo enfermo.

También me advirtió que no podría darle el apellido todavía porque hacía dos semanas había estallado un escándalo debido a que la notaría del municipio de Candelaria les autenticó a él y a Miguel algunos documentos a pesar de que tenían orden de captura. Agregó que no me preocupara, que la adopción no interferiría nuestro propósito de buscar un embarazo. No pudo caerle en un momento más propicio. El destino es increíble.

De todas maneras entendí que debía tener paciencia porque no teníamos ningún certificado de convivencia registrado o una ceremonia matrimonial que nos permitiera avanzar en los trámites legales.

Casi ni almorcé. Llamé a mi cuñada, a mis padres, a Sarah y a Jimmy, mi amigo abogado, para que me acompañaran a Palmira a recibir a la niña. Pero no me dejaron ir hasta la casa de la señora y la espera fue eterna, al lado de la carretera, en mi carro, desesperada por ver a la que sería mi hijita.

Hasta que llegaron con una bebé preciosa, con algunas laceraciones en la frente, pero de muy buenas medidas a pesar de que su madre estuvo mal nutrida durante la gestación. Me contaron que la habían alimentado con agua de canela porque su madre biológica no producía leche. Era el 22 de julio de 1994 y la bebé había nacido once días atrás.

El médico la evaluó, le ordenó algunos exámenes y nos dijo que estaba bien, que la afección en la cabeza era por las cucarachas, por el estado de abandono en

que la tenían. Me aferré aún más a ella y me molesté con esa mujer que traía hijos al mundo, de un padre y otro, y que ya había regalado dos.

La bebé llenó mi vida de una manera mágica y maravillosa y la teníamos con nosotros un día entre semana y los fines de semana que compartía con Gilberto en la clandestinidad, aunque con cierta tranquilidad porque ya Pablo no estaba, pero sí las autoridades, que merodeaban sin parar.

Él se embobaba con ella, la amaba. El ginecólogo me aconsejó que si la colocaba en mi seno, con el estímulo de la succión empezaría a producir leche; fue la experiencia más hermosa que había vivido hasta ese momento, pero lo hice por poco tiempo pues interferiría con la ovulación y yo anhelaba cuanto antes estar embarazada.

En medio de ese estado de éxtasis por la presencia de una bebé en nuestra casa, se cumplió el esperado plazo en que debía suspender mis pastillas anticonceptivas y coincidía con el cumpleaños de mi hermano Luis Carlos, el menor. Estaba tan ansiosa y excitada que llamé a la casa para felicitarlo, pero cuando contestó le colgué de pura despistada. Muy rápido caí en la cuenta y volví a marcar. Fue su cumpleaños veintidós, el último de su vida.

Llena de ansiedad empezó entonces mi viacrucis de visitas al ginecólogo, tratamientos, cirugías, ecografías y pastillas que causaban incómodos efectos secundarios. También me infiltraron las trompas de Falopio, me operaron de endometriosis, seguí el proceso de ovulación, hice todo lo que me ordenaron los médicos, pero el embarazo no llegaba.

En medio de ese proceso debimos viajar a Bogotá para una cita con el fiscal general de la Nación y con un periodista. Era relajante porque salíamos de la rutina y del encierro, pero estresante a la vez por el riesgo que implicaba.

Fuimos a cenar a un conocido restaurante oriental, uno de los favoritos de Gilberto, así como a teatro y yo aproveché para visitar a mi primo, médico eminente, quien me sugirió hacer un test de esperma para descartar que el problema estuviera en Gilberto porque la edad y otros factores podrían haber afectado su funcionamiento.

Seguimos las instrucciones al pie de la letra y los resultados del laboratorio no arrojaron la existencia de un solo espermatozoide, ni vivo, ni muerto. Pero como

no hay peor ciego que el que no quiere ver, culpé al laboratorio. Tal vez Gilberto esperaba una reacción peor, o simplemente me manipuló en ese momento con los problemas, con el fiscal, no sé; lo cierto es que le restó trascendencia a los resultados y yo, tonta e inocente, continué en la trampa.

Cada mes seguía esperando ansiosa un retraso que nunca llegaba; cada mes continuaba las visitas al médico, me hacía ecografías, tomaba pastillas para ovular. Y cada vez era una decepción. No había embarazo.

Ya estábamos en la cárcel y con tanto tiempo para reflexionar empecé a atar cabos, a buscar motivos y a tratar de comprender. Ya no tenía distractores, la depresión me mantenía encerrada, escuchando música, escribiendo, viendo televisión y pensando, siempre pensando.

Al principio solo tenía cabeza para preocuparme por él, por su salud, porque no le diera un infarto, por sus depresiones, y me olvidaba de mí. Pero en ese lugar el tiempo parece que se extiende tanto, tanto. Y la tristeza de estar separados y no saber cuándo, por fin, podría tener a nuestro hijo, me pusieron a cavilar. Innumerables intentos, tratamientos, medicinas, una vida íntima estable y nada que funcionaba. Hasta que reparé en la prueba de esperma y empecé a atar cabos.

Recordé que un fin de semana —en el lapso de seis meses que nos dimos de espera—, organizamos un paseo a la finca del Lago Calima, con mi familia, algunos amigos y el enorme esquema de seguridad que ese desplazamiento implicaba. Teníamos piscina y cancha de tenis y él llegó a jugar. Ya era de noche y de pronto su adversario le dio un pelotazo en la entrepierna. Él se dobló y el dolor hizo que se retorciera en el piso.

Pienso en ese instante y vuelvo y me doy cuenta de que uno se idiotiza y no razona claramente. Nunca había visto una parte del cuerpo que se pusiera morada o negra inmediatamente después de un golpe. Y ni así abrí los ojos. Mi fe en él era ciega, totalmente ciega.

En la soledad de la cárcel empecé a discernir, a deducir y me decidí a preguntarle directamente, por teléfono, si se había hecho la vasectomía y me había engañado todo ese tiempo. Su respuesta, obviamente, fue negativa.

Pero todo se descubre, tarde o temprano, y habría de comprobarlo de la manera más casual. Habían pasado unos pocos meses desde nuestra captura y organicé

una brigada de salud y de belleza para las reclusas. Tenía tantos amigos médicos, los mejores especialistas y si las influencias y la amistad no sirven para ayudar, no sirven para nada más.

Fue un día maravilloso para las casi doscientas internas de la cárcel del Buen Pastor de Cali porque asistieron peluqueros, manicuristas, profesores de gimnasia y danza y sobre todo, médicos generales, oftalmólogos, otorrinolaringóogos, neurólogos y un laboratorio clínico que procesó gratis las muestras de sangre de las reclusas.

Entre los especialistas estaba mi ginecólogo, un hombre noble y con casi treinta años de experiencia en su profesión y aproveché para hacerme la citología. Cuento esto porque en ese preciso instante se acabó de romper mi corazón.

Las mujeres sabemos que la confianza con nuestro ginecólogo es primordial y al cabo de tantos meses de tratamientos y consultas no tenía secretos con él. Le conté que estaba muy triste porque había descubierto que Gilberto se había hecho la vasectomía. El médico me miró sorprendido, suspendió el examen, se irguió asombrado y preguntó: "¿Tú no lo sabías? Si eso fue chisme entre los médicos de Cali". Acto seguido dijo que él pensó que yo estaba enterada y que, además, tenía la convicción de que tarde o temprano yo iba a rehacer mi vida y a tener mis hijos, porque era muy joven.

Hay muchas cosas que intuimos y creemos saber y nos lastiman, pero comprobarlas es como clavar una daga en la herida ya sangrante.

En ese instante murió el intenso amor de más de ocho años que le profesé a Gilberto; fue la mayor decepción, la mentira más sucia y canalla, porque mientras me desvivía por salvar nuestra relación y enamorarme y enamorarlo nuevamente, día a día, él había buscado el tiempo para operarse y quitarse de una vez el problema de negarme un hijo. Simplemente, el embarazo jamás sería porque él ya no era fértil.

Le dije que no quería nada más con él y pareció no preocuparle. Me conocía y tenía la certeza de que, al vernos, caería rendida a sus pies. Siempre había sido así.

Cuando salí en libertad lo visité y fue especial, pero no fue una despedida contundente porque él eludió los temas y yo no quería conflictos en ese momento,

porque además regresaría la semana siguiente. Pero no fue tan fácil porque de nuevo me dictaron orden de captura y todo se complicó.

Aún así, tenía un asunto pendiente con él y le dije por teléfono que habláramos. Él coordinó todo y fui a visitarlo porque manejaba las reclusiones a su antojo.

Fui más linda que nunca; tanto, que cuando bajaba del avión en Bogotá un representante de una agencia de modelos me abordó y fue muy insistente en que lo visitara porque me necesitaba para un comercial.

Ya con Gilberto, en los cubículos donde los presos atienden a los abogados, a la salida del pabellón de máxima seguridad, hablamos mucho; le reproché, lloré, le hablé con el resentimiento contenido, con mi vida destrozada tras un año privada de la libertad sin haber cometido delito alguno y de nuevo con orden de captura. Le hablé de mi familia en agonía, mi abuelita en coma y mi hermanito en un cementerio y mientras tanto él me engañaba de la manera más baja.

Hasta que por fin admitió lo que había hecho. Lo sentí y lo vi tan miserable... que él me perdone si lee este libro, pero es lo que sentí en ese momento. Jugó con lo más sagrado para mí, lo único que le pedí durante todos esos años de encierro, en medio de la guerra, los enemigos y la justicia.

Se puso a llorar y me rogó que lo perdonara. Intentó salir del atolladero y me dijo que la cirugía era reversible, que me juraba que se operaría y que haría lo que fuera necesario para continuar nuestra relación, que como fuera resolvería mi situación jurídica y que tendríamos ese hijo por encima de todas las adversidades.

Pero ya no le creí. Ya no quería, ya no.

Miguel lo vio conmigo y desde ese día nunca me perdonó que su hermano, su ejemplo, su ídolo, se humillara ante una mujer, ante una 'culicagada', como él decía. Qué fácil es juzgar desde la barrera.

Mi vida había perdido todo el sentido. Y fue peor. Dejar a Gilberto me costó casi tres años más de cárcel. Él me prefería presa a que estuviera con otro. Y menos aún iba a acceder a las peticiones de dinero que le hacían para resolver mi proceso.

Le había entregado mis mejores años, me había encerrado con él en su peor momento, había sacrificado mis sueños, mi juventud, mi felicidad, por

acompañarlo en su camino de espinas, pero me negué a seguir entregando todo lo mío a cambio de traiciones y mentiras.

La tormenta amainó con el paso de los meses y un buen día Gilberto me llamó y me propuso darle el apellido a la niña; el trámite ya era fácil y se trataba simplemente de decirle a un juez que quería reconocer a su hija y que yo lo aceptaba como el padre.

Pero no quise porque sentí su gesto como una forma de retenerme. Ya no quise más.

CAPÍTULO 7

Así fue la guerra contra Pablo Escobar

En abril de 1987, Pablo Escobar ordenó asesinar a Hugo Hernán Valencia para hacerle un favor a Miguel Rodríguez Orejuela. Ninguno de los dos capos lo sabía en ese momento, pero ese crimen habría de desencadenar meses después la guerra entre los carteles de Cali y Medellín.

Valencia era un ciclista consumado que participaba en competencias en diversos lugares del país. Empezó a traficar con cocaína en Estados Unidos, como socio y amigo de Elmer 'Pacho' Herrera y las malas lenguas siempre insinuaron que su cercanía iba un poco más allá. No obstante, era todo un conquistador, reconocido por sus romances con las mujeres más hermosas y deseadas de Cali.

Miguel Rodríguez también tenía fama de casanova al que le encantaban las bellas, y más si eran reinas o modelos. En su calidad de hermano menor, vivía una vida más relajada y sin muchas responsabilidades. En los primeros meses de 1987, sostenía una relación sentimental con Lilly, una rubia hermosa y carismática, a la que Hugo Valencia empezó a enamorar sin importarle que ella estaba enredada sentimentalmente con uno de los capos del cartel de Cali.

Mortificado por la afrenta, intolerable para su orgullo, Miguel llamó a Pablo Escobar a Medellín y le pidió 'hacerle la vuelta al ciclista', quien había viajado a esa ciudad a participar en una competencia.

Gilberto me contó que antes de empezar la guerra habían sido amigos con los narcos de Medellín y que algunos de los hermanos Ochoa Vásquez eran el punto de unión entre ellos. Durante años, cada uno tuvo su mercado cautivo en Estados Unidos y no existían disputas porque ese país era muy grande y prácticamente había campo para todos. La camaradería era tal que los Rodríguez les prestaban tanto a los Ochoa, como a Pablo Escobar, su caballo consentido, 'Azabache', y lo dejaban hasta dos semanas en las pesebreras de cada uno en Medellín para que lo utilizaran como semental. Los Ochoa hacían lo mismo con sus mejores ejemplares.

Por eso Pablo no tuvo inconveniente en hacer el favor que le pidió Miguel y ordenó secuestrar a Valencia, pero antes de asesinarlo intentó sacarle provecho económico a la situación y exigió rescate. La negociación fue adelantada por Camilo Barney, amigo del ciclista, quien viajó a Medellín a llevar el dinero, cerca de tres millones de dólares, pero tras un confuso episodio en el que al parecer desapareció el monto del rescate fue asesinado en el centro de Cali.

Frustrada la liberación, el cuerpo de Hugo Hernán Valencia fue encontrado sin vida y Helmer 'Pacho' Herrera juró vengar a su íntimo amigo.

Lo que acababa de ocurrir, ni más ni menos, es que los celos por una mujer se convirtieron en el detonante de una guerra entre los poderosos carteles de Cali y Medellín, que habría de dejar cientos de muertos y solo culminaría con la muerte de Escobar seis años más tarde.

'Pacho' habría de concretar su venganza en la madrugada del 13 de enero de 1988, cuando hizo estallar un poderoso carro bomba contra la parte posterior del edificio Mónaco, donde habitaba la familia de Pablo en Medellín. La esposa y los dos hijos del capo resultaron ilesos, y este no se encontraba en el lugar. La detonación destruyó varios pisos de la lujosa edificación, así como buena parte de la colección de obras de arte y de carros antiguos de Escobar y su esposa, Victoria Eugenia Henao.

Cuando ocurrió el atentado, Gilberto y yo apenas llevábamos algunas semanas saliendo y no observé que él o su hermano hubieran tenido algo que ver. Tiempo después, cuando ya estábamos juntos, él negó cualquier participación en el hecho.

No pasaron muchos días para que Escobar supiera en detalle que el violento ataque había sido ordenado por 'Pacho' Herrera y llamó de inmediato a los hermanos Rodríguez Orejuela a exigirles que le devolvieran el favor y le entregaran a Herrera, quien había atacado a los suyos contrariando viejos pactos de no agresión a las familias de los capos.

Después de darle largas al asunto mientras le avisaban a Herrera para que tomara precauciones, Gilberto y Miguel le respondieron a Pablo que no entregarían a su socio.

Era un momento delicado, no había posibilidad de conciliar y menos aún se podía permitir que se filtrara la verdad. Gilberto defendió a Hélmer Herrera Buitrago y la respuesta de Escobar fue tajante: "Entonces usted no es mi amigo y el que no está conmigo es mi enemigo. Yo los mato a los cuatro en cinco minutos".

Gilberto nunca olvidó las palabras de Pablo y las repitió varias veces después de que su archienemigo cayó abatido en Medellín: "Mira en lo que quedaron los cinco minutos, y acá seguimos los cuatro, todos vivos".

La guerra estaba declarada y Gilberto, Miguel, Pacho y Chepe, acordaron aportar cien millones de pesos mensuales para defenderse, pues sabían de sobra que Pablo era en extremo peligroso.

La primera acción ofensiva de los Rodríguez contra Escobar salió mal. Ocurrió a comienzos de julio de 1988, seis meses después del rompimiento definitivo, cuando llamaron a un hombre conocido como 'Juan', viejo contacto de Miguel en la capital antioqueña, y le pidieron el favor de que recibiera a cinco sargentos retirados, expertos en inteligencia, que iban a seguir los pasos de Pablo.

'Juan' no tuvo inconveniente alguno y consiguió un apartamento en arriendo, y les compró *beepers* para comunicarse. Pero cometió el peor de los errores: los invitó a tomar aguardiente en su casa. Los hombres de Escobar los descubrieron y los capturaron. Luego los torturaron para obligarlos a hablar y muy rápido uno de ellos reveló que su contacto en Medellín era 'Juan' y les dijo dónde vivía. Fueron tras él, pero logró escapar al lanzarse en calzoncillos por el chut de basuras del edificio y solo alcanzó a sacar las llaves de su carro, una camioneta Mazda negra. Pudo huir, pero dejó atrás a su esposa y a sus tres hijos. Pocas cuadras más adelante se detuvo y luego de reflexionar por unos segundos decidió regresar a rescatarlos. Ya era tarde. Solo encontró a los niños y a su esposa se la habían llevado para entregársela a Escobar. Sin perder tiempo, 'Juan' emprendió la huida hacia Cali y les pidió ayuda a los Rodríguez Orejuela.

En esas estaban cuando el 11 de julio de 1988 el país conoció la noticia del asesinato de los cinco hombres de inteligencia enviados a Medellín por los capos de Cali. Fueron torturados y envueltos en alambre de púas.

Un día después de la masacre, Pablo llamó a Gilberto y se ufanó de lo que le había hecho: "Te voy a mandar para el entierro, porque como sos tan infeliz, te voy a mandar hasta para que les comprés los ataúdes, porque mínimo ni un cajón les conseguís".

Al mismo tiempo, Escobar exigió rescate por la esposa de 'Juan' porque comprobó que ella no tenía información útil, pero sí quiso sacarle provecho a la situación. Los Rodríguez pagaron una elevada suma de dinero y ella regresó a Cali sana y salva.

La ofensiva de Pablo no se hizo esperar y envió a su ejército de sicarios a atacar los intereses económicos de los Rodríguez. El 17 de agosto incendiaron una sede de

Drogas La Rebaja en Medellín, bañaron en gasolina a la cajera y luego torturaron y asesinaron al administrador, excompañero de estudio en la Universidad Javeriana y mejor amigo de Humberto, el hijo de Gilberto. Casi al tiempo destruyeron un local donde operaba el Grupo Radial Colombiano, la cadena de emisoras de los Rodríguez.

Las malas noticias empezaron a llegar a nuestra casa en Cali pues Escobar estaba empecinado en destruir a los Rodríguez, lo que desencadenó un drástico y definitivo cambio en nuestras vidas.

Ante la avalancha de ataques, Gilberto y Miguel decidieron cerrar las pocas sucursales de la cadena de Drogas y Supertiendas La Rebaja que alcanzaron a salvarse de los atentados en Antioquia. Pero entonces Pablo la emprendió contra los locales del Eje Cafetero y otras ciudades, incluso en la misma Cali.

Para enfrentar la crisis, lo primero que hicieron fue crear un grupo especial de seguridad para vigilar las farmacias durante el día, con refuerzos adicionales en la noche. Las más susceptibles de ataques estaban ubicadas cerca de las plazas de mercado de los barrios Siloé, Santa Elena, La Floresta, Las Américas y los supermercados de su cadena. Los celadores eran contratados a través de la empresa Seguridad Hércules, propiedad de los Rodríguez.

El jefe reunía a los vigilantes en parqueaderos amplios, vacíos, con zonas espaciosas y oscuras y desde la distancia muchas veces alcanzaron a ver personas amarradas, que luego se sabía eran torturadas y asesinadas porque habían llegado de Medellín.

Los supervisores hacían rondas en forma permanente y tomaban todo tipo de precauciones, pero aun así no lograron evitar los más graves atentados, que además de las propiedades de los Rodríguez incluyeron entidades estatales, gubernamentales, periódicos y entidades bancarias. Desde mi encierro observaba con terror una sucesión de tragedias que parecían imparables.

Pablo estaba dispuesto a acabar con el cartel de Cali y a finales de 1988 le propinó otro duro golpe.

Una mañana, el mayor en retiro Libardo Gómez, coordinador principal de Seguridad Hércules, se dirigía a su oficina por la avenida Roosevelt pero debió detenerse porque una volqueta averiada obstaculizaba el paso. El exoficial iba en

su carro blindado y con su escolta, pero prefirió bajarse a averiguar qué pasaba. En ese instante fue baleado por un grupo armado dirigido por Brances Muñoz Mosquera, alias 'Tyson', uno de los más intrépidos lugartenientes de Pablo Escobar, que huyó en medio de la confusión.

El asesinato causó conmoción entre nosotros porque el mayor Gómez coordinaba a más de un centenar de escoltas que protegían a las mujeres, hijos, hermanos, sobrinos y hasta algunos parientes políticos de los Rodríguez Orejuela.

Pocos días después del ataque, Gilberto y Miguel supieron que los sicarios de Escobar recibieron colaboración de un caleño que siguió de cerca al mayor Gómez y suministró la volqueta utilizada en el atentado. El hombre vivía en el barrio el Limonar, en el sur de Cali y ayudaba al cartel de Medellín porque según los datos obtenidos su hermana era amante de Otoniel González Franco, alias 'Otto', otro de los bandidos preferidos de Pablo.

La información disponible sobre el sospechoso fue entregada a todo el cuerpo de seguridad de los Rodríguez, que empezaron la cacería. Hasta que alguien dijo que lo conocía. Fue alias la 'Flaca', una mujer que se especializó en la compra de armamento para el cartel en varios países de Suramérica.

Con los datos que suministró 'la Flaca', los hombres de Édgar Veloza, alias 'el Mono' o '03', quien había reemplazado al mayor Gómez, localizaron al hombre en una fuente de soda en la esquina de El Canelazo, en Cali. Cuando '03' pretendía detenerlo se desató una balacera que terminó con la muerte del sospechoso, otro hombre y dos mujeres que los acompañaban. Pero todo fue un error, porque el muerto no resultó ser el mismo que ayudó a los sicarios de Escobar. Se hubieran salvado si no anduvieran armados. Finalmente, el cómplice del atentado contra el mayor Gómez fue asesinado en Antioquia, a donde se había trasladado a trabajar para Escobar vigilando secuestrados.

La venganza de Pablo no tenía límite y eso quedó comprobado recién pasada la medianoche del 25 de mayo de 1989, cuando Miguel y sus hombres acababan de entrar a su residencia principal, conocida como la 'casa uno', frente al Lago de las babillas en el barrio Ciudad Jardín y escucharon un estruendo que sacudió el lugar. Se trataba de un poderoso carro bomba que debía ser activado cuando él pasara a las doce, como cada noche, pues esa era la hora en que siempre llegaba.

Pero esa noche Miguel se demoró en pasar y los tres jóvenes universitarios

contratados por Pablo se desconcertaron y se propusieron cambiar de lugar el viejo vehículo cargado con cien kilos de dinamita. Nunca supieron que los jefes del cartel de Cali acababan de adquirir sofisticados equipos que localizaban frecuencias radiales con los que activaron la bomba, que mató a los inexpertos terroristas y destruyó la vivienda en que se encontraban, así como varias casas vecinas.

Los periódicos dijeron que la bomba había explotado antes de tiempo por manipulación errada, pero Gilberto me contó que fue gracias al artefacto que estaban estrenando. El aparato que salvó la vida de Miguel fue incluido a último momento, cuando ya estaban cerrando la compra de varios teléfonos de maleta para los carros, los primeros que llegaron a la ciudad.

Hasta ese día, mi excuñado organizaba sus horarios para visitar a sus mujeres y le gustaba la parranda, pero el incidente lo marcó profundamente y lo llevó a aplacarse un poco. Quedó tan nervioso con el episodio que ordenó blindar las puertas y la parte frontal de la casa, hizo instalar tres garitas de seguridad y aumentó el número de sus escoltas.

Ante la seguidilla de ataques desde Medellín, el cartel de Cali estaba empecinado en responder. Y encontró la manera: a través de un hombre contratado por Escobar para instruir a sus hombres en la activación de explosivos a larga distancia.

Se trataba de un español, integrante del grupo terrorista vasco ETA, quien se hizo amigo de Jorge Luis Ochoa y Gilberto cuando estuvieron detenidos en la cárcel de Carabanchel en 1986. El extranjero, al que le decían 'Miguelito', olvidó la lealtad con quien lo contrató y no tuvo problema alguno en colaborar con Gilberto, su viejo amigo de celda.

Así, 'Miguelito' se prestó para llevar a la hacienda Nápoles un maletín con un localizador satelital que daría la ubicación exacta donde Escobar estaría el sábado 3 de junio de 1989. Los Rodríguez organizaron la compleja operación, que consistía en lanzar varias bombas sobre Nápoles desde un helicóptero. Así ocurrió y ese sábado todo era tensión en la Casa Blanca, como le decíamos a una de las residencias menos lujosas o llamativas que habitábamos, situada en el barrio Ciudad Jardín, desde donde Gilberto atendía sus negocios.

Los resultados del operativo serían transmitidos desde Medellín por 'Tony', un

hombre enviado tiempo atrás por los capos de Cali a monitorear las comunicaciones de Escobar con equipos comprados en el exterior e instalados en uno de los edificios más altos de la ciudad.

Pero con el paso de las horas, la expectativa se transformó en pesimismo. Hasta que de un momento a otro entró un mensaje de 'Tony' en el que informó que el helicóptero con las bombas iba muy pesado y que la neblina en la zona lo forzó a aterrizar de emergencia. El piloto del aparato era hijo de un coronel ya retirado de la Policía que quería ser el héroe que había acabado con la vida de Pablo Escobar e iba con otros dos hombres que las lanzarían sobre el objetivo señalado por el GPS.

Pocos minutos después, 'Tony' le informó a Gilberto detalles de lo que había sucedido en el Magdalena Medio. Una vez terminó la comunicación, Gilberto no pudo controlar el llanto y nos contó que tras la peligrosa maniobra de aterrizaje, el piloto les dijo a sus acompañantes que bajaran del helicóptero, pero cuando él se disponía a hacerlo se soltó el seguro de una granada de mano que llevaba en el uniforme y esta explotó.

La reunión fue disuelta inmediatamente y encima de una mesa quedaron sin destapar varias botellas de champaña y whisky. Luego Gilberto llamó al coronel de la Policía y le dio la noticia de que su hijo había muerto en el intento de acabar con Pablo Escobar.

Ya en la soledad de nuestra casa, Gilberto dijo que Pablo debía tener un pacto con el diablo porque nada le sucedía pese a que tanto las autoridades como ellos lo atacaban intensamente.

Pero como Pablo no se detenía ante nada ni ante nadie, el 18 de agosto de 1989 sus hombres asesinaron a Luis Carlos Galán Sarmiento, el candidato más opcionado a gobernar el país en la elección que se avecinaba.

El crimen destruyó la poca paz que teníamos. Con la guerra entre los carteles no teníamos mucha libertad de movimiento, pero debimos escondernos cuando el presidente Virgilio Barco decretó el estado de sitio y adquirió facultades especiales que le permitieron extraditar a Estados Unidos por vía administrativa. Lo que más temían los narcotraficantes ya era una realidad.

Ese fue el comienzo de la clandestinidad absoluta. Esa noche, Gilberto fue a visitarme a mi apartamento y lo vi consternado. Me explicó que ya no podríamos

vernos tan fácilmente, que debía esconderse y organizar muchas cosas que quedaban pendientes. Fue como una despedida. Y yo apenas empezaba mi anhelado embarazo (ver capítulo 6).

Hasta ese momento, la guerra con Escobar no había evitado que saliéramos constantemente a cenar, a bailar a la discoteca Éxtasis, que hiciéramos fiestas y reuniones en el hotel Intercontinental y que en los apartamentos y casas que le servían de oficina atendiera a sus hijos, a políticos y amigos. Por aquella época también compramos mi finca en la carretera al mar y otra en el Lago Calima para ir de paseo.

Una vez el Gobierno impuso la extradición, fueron publicados carteles en televisión que ofrecían recompensa por ellos. Esa movida produjo como consecuencia inmediata que los policías dejaran de ser nuestros amigos, salvo algunos que lo reconocían en un retén y con toda confianza le decían: "Patrón, este mes no nos han entregado el sobrecito". Él entendía el mensaje y con una llamada resolvía el problema.

Tras la muerte de Galán, Gilberto se fue a vivir a la casa del 'Capi', el hermano del 'Flaco', mientras conseguía lugares adecuados para esconderse. Hasta ese momento no vivíamos juntos, solo compartíamos algunos días entre semana y sí muchos sábados, domingos y festivos.

También pasó de movilizarse en carros último modelo, algunos de ellos blindados, a Renault-4 o Sprint, sin aire acondicionado. Con el paso de los días tomó confianza y empezó a usar automóviles Mazda de colores oscuros, como el que teníamos en la casa cuando nos capturaron.

Otro cambio drástico tuvo que ver con la compra de inmuebles, que ahora debía adquirir a nombre de terceros, en lugares poco transitados, en medio de barrios estrato cuatro o cinco, pero en calles sin salida o muy escondidas, donde era fácil controlar la seguridad y los carros que pasaban eran los de los vecinos y difícilmente ingresaba un vehículo extraño.

Dos meses después de la muerte de Galán empezamos a vivir juntos, luego de enfrentar a mis padres y decirles que me iría con él; sé que les destrocé el corazón y acabé con su paz. Para ver a mi familia o hacer alguna diligencia dábamos muchas vueltas antes de llegar al lugar de destino y siempre usando rutas alternas. Para recogerme usábamos sitios a los que les poníamos nombres en

clave, generalmente en restaurantes de comidas rápidas, cerca de los lugares que visitaba, como mi apartamento, mi almacén o donde mi familia.

Recuerdo que una sola vez fuimos a cine y muy ocasionalmente a los restaurantes Cali Viejo, Girasoles o Las dos parrillas, o a los tamales de Juaco. También nos gustaba escuchar música en Aquí es Miguel, pero ya nunca avisamos cuando íbamos a llegar. Igualmente, Gilberto dejó de asistir a fiestas familiares como cumpleaños, bautizos o primeras comuniones.

Los escoltas nunca llegaban hasta nuestra vivienda pues se separaban en sitios ya establecidos y solo continuábamos con 'José' o 'Billy', que se alternaban para dormir en la casa. Una de las empleadas tenía un niño de dos años, que fue creciendo junto a nosotros, pero siempre debían salir y llegar con las gafas pintadas de negro en su parte interna, para que no se aprendieran el camino.

De cierto modo la vida se volvió demasiado monótona; además del estrés de cada día, generado por el encierro forzado, no había nada más qué hacer que leer, ver televisión y escuchar los casetes con las conversaciones de Pablo Escobar (ver capítulo 8). Ocasionalmente íbamos a que dos amigas mías le leyeran las cartas porque él se mostraba muy interesado en saber qué pasaría en la guerra o la extradición.

En esas condiciones la convivencia se tornaba imposible y el carácter de Gilberto se hacía extremadamente intolerante, y aunque nunca trataba mal a los escoltas o a las empleadas siempre buscaba la excusa para desahogarse conmigo, incluso por los errores ajenos.

En semejante encierro, a Gilberto lo atormentaban sobremanera los allanamientos del Bloque de Búsqueda a las empresas y las viviendas de la familia. Entonces organizaron las juntas directivas de las compañías en lugares clandestinos y en muy contadas ocasiones asistió a reuniones de Drogas La Rebaja, Laboratorios Kressfor o Distribuidora Migil.

Ese era nuestro día a día, con enormes limitaciones y resignados a escuchar las malas noticias por los medios de comunicación. Como la que escuchamos a finales de noviembre de 1989, cuando el país fue sacudido por una enorme tragedia que de alguna manera también tocó al cartel de Cali.

La locura de Pablo Escobar lo llevó a derribar un avión en pleno vuelo para

evitar que César Gaviria alcanzara la Presidencia como sucesor de Luis Carlos Galán. En medio del estupor, Gilberto y su hermano no tardaron en saber que una de las ciento once víctimas de la catástrofe era el nuevo gerente de Seguridad Hércules, la empresa de los Rodríguez golpeada recientemente por Pablo. Ellos lamentaron la pérdida porque el nuevo empleado, que había reemplazado al anterior gerente asesinado por Escobar, era el encargado de coordinar el pago mensual a un centenar de policías del Valle que colaboraban con los Rodríguez.

Pero como el cartel de Medellín no podía triunfar siempre, casi dos años después de iniciada la guerra el cartel de Cali se apuntó el primer gran golpe. Fue el 15 de diciembre de 1989, con la muerte de Gonzalo Rodríguez Gacha, alias 'el Mexicano' y su hijo Freddy.

Gilberto siempre me repitió que 'el Mexicano' era mucho más peligroso que Pablo y por fortuna habían contribuido a que la Policía lo eliminara, porque de no ser así muy probablemente el desenlace hubiera sido diferente y ninguno de nosotros estaría con vida.

En palabras de Gilberto, Rodríguez Gacha era mucho más violento e irracional y no le importaba enfrentarse al mismo tiempo a diferentes enemigos como la guerrilla, los esmeralderos, el cartel de Cali y el Estado.

La cacería que terminó con la muerte del socio de Escobar es atribuible completamente a Gilberto y a Miguel, quienes lograron infiltrar en el cartel de Medellín a Jorge Velásquez, alias 'El navegante' uno de sus trabajadores, quien le señaló a la Policía la localización exacta del capo. No obstante el gran golpe al cartel de Medellín, Escobar no se contuvo. Por el contrario. Arreció los ataques en todos los frentes contra los cuatro socios del cartel de Cali.

Pero las repercusiones de lo que sucedía afectaban especialmente a Gilberto, quien se veía desconcertado y con los nervios de punta. El fantasma de Escobar acechaba en todos los rincones y a toda hora. Recuerdo que en abril de 1990 vivíamos en una casa del barrio el Limonar, a la que le decían 'La del Pastuso', en la carrera 65, y había pertenecido a Néstor Chamorro Pasantes, padre del exsenador Jimmy Chamorro, fundador de la Asociación Cruzada Estudiantil y Profesional de Colombia, una organización religiosa que compró el Grupo Radial Colombiano.

Hacía pocas semanas vivíamos allí, pero un día llegaron de repente varios

hombres vestidos de civil que dijeron ser agentes de la Dijin de la Policía y preguntaron por "el señor Néstor". Indagar por una persona que había dejado de ser dueña del inmueble hacía tiempo nos llenó de dudas y nos confirmó que no era un lugar adecuado para escondernos. Salimos corriendo.

Entonces nos trasladamos al apartamento más cercano, también en el Limonar, al que llamábamos 'La 40', pero apenas nos acabábamos de instalar cuando nos llevamos tremendo susto al ver que el edificio estaba rodeado por el Ejército. No iban por nosotros, no iban para nuestro apartamento, pero estaban allanando a un vecino. Esa fue otra señal de que no era un sitio donde pudiéramos ocultarnos con seguridad.

Recogimos lo básico y nos dispusimos a partir en el Chevrolet Sprint rojo parqueado en el sótano. Salimos en el vehículo y Álvaro, el conductor, y el Flaco, el secretario, se hicieron adelante y Gilberto y yo en el asiento de atrás, con una pequeña maleta repleta con mis pertenencias básicas. Ellos se dirigirían a otro lugar provisional y yo esperaría uno o dos días en mi casa, con mi familia, mientras organizaban de nuevo todo lo relacionado con nuestra seguridad. Dos cuadras adelante paramos, me despedí de un beso y dejé a Gilberto muy acongojado y preocupado.

Bajé del carro, extendí el brazo y un taxista se detuvo frente a mí, mientras Álvaro bajaba el equipaje. Cuando puse la mano en la chapa para abrir la puerta, en forma inexplicable el taxista arrancó y alcanzó a lastimarme. Desconcertada, tomé el siguiente carro de servicio público que venía detrás y me fui.

Dos días después, cuando me recogieron para llevarme a la nueva casa, los escoltas me contaron que Gilberto observó el episodio y perdió la compostura de tal manera que cometió una insensatez porque les ordenó perseguir al taxista hasta que lo alcanzaron en el semáforo de la avenida Guadalupe con autopista. En plena vía pública bajó del carro pistola en mano y empezó a golpear al conductor hasta que le destrozó el rostro a cachazos. En ese instante desahogó toda su furia.

Pasaron varias semanas y en la noche del 3 de mayo de 1990 Gilberto entró a nuestra habitación y se recostó justo a mí en la cama para ver el noticiero y las novelas. Ese día había estado en uno de esos estados depresivos que se habían vuelto repetitivos, cuando de pronto por el radio teléfono escuchamos llamados de

auxilio porque acababa de explotar una bomba en la Supertienda La Rebaja situada en el barrio Alameda, en la calle 9° con carrera 27, donde antes funcionaba un almacén Jotagomez.

Esos momentos fueron angustiantes. Gilberto preguntaba por radio, quería ir hasta allá a ver qué había pasado, pero no podía moverse de nuestro escondite. Su hijo Humberto era gerente de Distribuidora Migil y podría encontrarse allí, lo mismo que mi hermano, que trabajaba con ellos.

Esa sucursal de la cadena de droguerías era una de las más vulnerables y por eso tres hombres vigilaban en el día y dos en la noche. Pero de nada valió porque dos desconocidos abandonaron muy cerca el carro bomba cargado de dinamita, que explotó cuando un vigilante y alguien que pasaba por allí lo empujaron para evitar una tragedia. El atentado terrorista mató cuatro personas, entre ellas el vigilante, su colaborador, una mujer ya mayor y su pequeña nieta, cuyos cuerpos prácticamente desaparecieron.

La guerra continuaba y los Rodríguez pusieron de su lado a 'Bruno', un exagente del DAS que estuvo preso en la cárcel de Villahermosa por el asesinato de su esposa y que habría de convertirse en pieza clave contra Pablo.

'Bruno' era experto en seguimientos y a mediados de 1990 se las arregló para localizar el rastro de la esposa y los hijos de Escobar en la lejana Suiza, a donde el capo los había enviado para alejarlos de la guerra. Encontró a Victoria Eugenia, Manuela y Juan Pablo —que ahora se llamaban María Isabel, Juana y Sebastián — en la ciudad de Lausana. 'Bruno' viajó hasta allá, alquiló un apartamento en un edificio justo al frente del que habitaban los Escobar y se dedicó a esperar la posible llegada del capo, que al final nunca ocurrió[4].

La guerra adquirió tal nivel de degradación que una noche viví uno de los peores momentos al lado de Gilberto. Eran las diez de la noche y llegó con el rostro descompuesto. Fue directo al baño y empezó a vomitar y vomitar. Cuando salió estaba bañado en llanto y me dijo que nunca pensó que llegaría tan lejos, que torturar a otra persona era lo más bajo y despreciable que un ser humano podía hacer. Según me explicó, el hombre capturado tenía mucho peso en la organización de Escobar y había llegado a Cali a poner bombas y a matar inocentes. Era indispensable hacer que hablara y él fue testigo de los vejámenes a que fue sometida esa persona.

En esa salvaje guerra de toma y dame, Escobar no dejó por fuera a 'Pacho' Herrera, el socio de los Rodríguez que desencadenó la confrontación entre los dos carteles.

En una impresionante demostración de capacidad militar, un comando armado incursionó el 25 de septiembre de 1990 en la hacienda Los Cocos, en el municipio de Candelaria, Valle del Cauca, propiedad de Herrera.

Ese día jugaban un partido de fútbol, la principal afición de 'Pacho', cuando fueron alertados por los primeros disparos del enfrentamiento entre la guardia y 'Tyson', la 'Quica' y otros quince sicarios.

'Pacho', dos de sus hermanos y varios escoltas alcanzaron a saltar la tapia del fondo, que colindaba con un cañaduzal, y escaparon. Atrás quedaron muertas diecinueve personas, entre ellas escoltas, amigos, jugadores, cocineros, meseros y empleadas domésticas. Pocas horas después los hombres de los Rodríguez localizaron en Santander de Quilichao la finca donde habían sido guardadas las armas utilizadas en el ataque e identificaron al hombre que se prestó para facilitar la incursión.

Aunque no estuvieron en el sitio, ese golpe afectó el estado anímico de Gilberto y Miguel, pues Escobar era letal en sus ataques. Por esa razón ellos, y en especial Gilberto, vivían en constante estado de angustia y depresión, que nos contagiaba a todos.

La guerra tuvo un cambio de ritmo cuando el país entero se propuso modificar la vieja Constitución de 1986. Como está explicado en otro capítulo de este libro, los Rodríguez y sus socios del cartel de Cali se dedicaron a la tarea de hundir la extradición en la Asamblea Nacional Constituyente elegida para introducir los cambios en la nueva Carta Política. Pablo por su lado hizo lo mismo aunque jamás intentaron un acercamiento en torno a ese tema.

Una vez los constituyentes —entre los que había varios elegidos con el dinero del cartel de Cali— eliminaron el envío de colombianos a otros países y especialmente a Estados Unidos, Pablo Escobar se sometió a la justicia y fue recluido en la cárcel de La Catedral. Los Rodríguez respiraron con cierto alivio, aunque tenían tanta desconfianza con Escobar que estuvieron de acuerdo en mantenerse alerta y pendientes de lo que sucedía en Antioquia.

Pero todo fue una farsa y ellos lo comprobaron muy pronto, cuando empezaron a llegar reportes que daban cuenta de que el capo de Medellín estaba fortaleciendo su aparato militar y reorganizando las rutas para el tráfico de cocaína.

La fuente de Gilberto era inmejorable: uno de los comandantes de guardia elegidos por el Instituto Penitenciario y Carcelario, Inpec, para vigilar a Escobar, a su hermano y a sus hombres de confianza. Ignoro si Gilberto influyó en ese nombramiento, pero se habían conocido años atrás, en la cárcel de Villahermosa, donde estuvo recluido por un año tras su regreso de España.

El vigilante recibía sueldo mensual y su compromiso era mantener informado a Gilberto sobre las andanzas de Escobar. Cuando el asunto era más delicado, iba a Cali y se reunía con Gilberto.

Los reportes del guardián del Inpec indicaban que Escobar estaba convirtiendo La Catedral en un sitio de recreo al que le había realizado numerosas modificaciones; el informante señalaba además que el capo prácticamente había asumido el control total de la cárcel y que el Inpec, la Policía y el Ejército debían permanecer alejados del primer anillo de seguridad que lo protegía. El guardián también le contó a Gilberto que en horarios no habituales llegaba un camión con doble compartimento de carga en el que ingresaban bellas mujeres, futbolistas, todo tipo de delincuentes y traficantes que ingresaban armas de corto y largo alcance.

Los reportes del hombre del Inpec ponían furioso a Gilberto, quien me decía que el Estado se arrodillaba ante el jefe del cartel de Medellín con tal de tenerlo ubicado y sin hacer ataques terroristas.

Hasta que la copa se rebosó de nuevo y los Rodríguez decidieron emprender una nueva aventura aérea, la segunda, para acabar con su enemigo. Eran los primeros días de marzo de 1992 y Escobar ya completaba catorce meses haciendo de las suyas en su cárcel.

Entonces Gilberto llamó al 'Primo', un joven de veintisiete años al que le había regalado el dinero para aprender a pilotear aviones de gran tamaño y helicópteros, y le hizo una propuesta que no pudo rechazar: ir a Centroamérica en una avioneta y traer cuatro bombas para lanzarlas sobre La Catedral.

El 'Primo' llegó donde nosotros por primera vez en la Semana Santa de 1990, cuando fuimos a descansar a una finca que Gilberto había comprado en el Lago Calima. Además de nosotros, solo invitamos a unas cuantas personas de total confianza, entre ellas el 'Primo', al que Gilberto muy rápido le tomó cariño. El muchacho, que provenía de una reconocida familia valluna, contó que uno de sus sueños era pilotear aviones jet, pero no tenía los recursos suficientes porque debía trasladarse a vivir a Cali.

Gilberto no lo dudó y ofreció pagar el curso y todos los gastos. El 'Primo', un hombre inteligente y echado para adelante, no solo se graduó tiempo después como comandante de aviones sino que convenció a Gilberto de que le financiara los estudios para pilotear helicópteros.

Una vez obtuvo su título profesional, recibió de Gilberto la propuesta de ir a El Salvador a traer las bombas, que pesaban dos toneladas y habían sido compradas a oficiales corruptos del Ejército de ese país.

El 'Primo' partió en los primeros días de marzo de 1992 en compañía de Jorge Salcedo, alias Richard y debía aterrizar en una pista clandestina preparada por los enlaces que negociaron las bombas.

Con esta planeada y audaz acción, el cartel de Cali se proponía acabar de una vez por todas con Pablo Escobar y sus secuaces. Las bombas serían lanzadas desde un helicóptero y era claro que si explotaban en tierra causarían una enorme destrucción.

El pequeño avión piloteado por el 'Primo' aterrizó a tiempo en el lugar indicado en la costa salvadoreña y casi de inmediato llegaron varios hombres que empezaron a cargar las bombas en la bodega. Pero cuando iban por la tercera se dieron cuenta de que la Policía los había descubierto y estaban a punto de llegar dos camiones repletos de uniformados.

El Primo y Salcedo lograron escapar con las tres bombas y dejaron abandonada la cuarta, con tal mala suerte que la billetera del piloto se salió del bolsillo del pantalón y cayó al piso sin que él se diera cuenta. ¿Qué tipo de bandido lleva su cartera con todos sus papeles cuando va a cometer un delito?, se preguntaron en Cali, indignados.

La pérdida de los documentos en tierras centroamericanas habría de causarle

un gran dolor de cabeza al 'Primo', que rápidamente fue localizado por las autoridades y no le quedó otra opción que pactar con la DEA para no ir a la cárcel.

Cuando yo estaba detenida en Cali, supe que el 'Primo' invitó a mi papá a Bogotá con la excusa de que algunos empresarios estadounidenses le harían una propuesta de negocios, pero en realidad se trataba de un encuentro con agentes encubiertos que pretendían que mi padre les diera información sobre Gilberto. Pero se equivocaron porque él no tenía información relevante y jamás hubiera entregado a su yerno y traicionando a su hija.

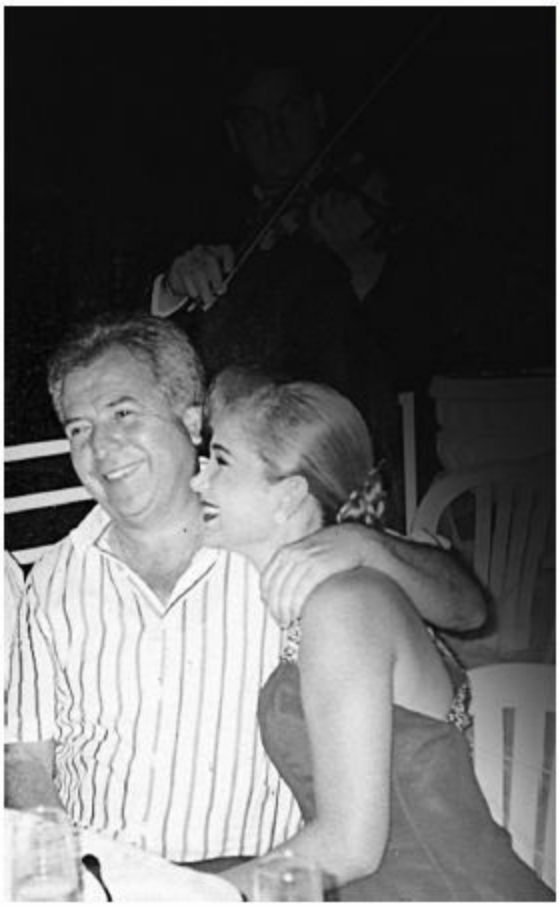
Por no prestarse para infiltrar a Gilberto, mi padre fue encarcelado por tres años, acusado de enriquecimiento ilícito e incluido en la famosa Lista Clinton. Además, no solo le quitaron su empresa, sino que lo bloquearon los bancos y poco a poco fue a la quiebra.

Así, el segundo ataque aéreo de los Rodríguez y sus socios del cartel de Cali nunca fue ejecutado porque las bombas nunca fueron utilizadas ya que la topografía de la zona, la vigilancia y los controles aéreos complicaron la operación, que de todos modos nunca fue descartada.

Acabar con Pablo era la prioridad y por eso Gilberto buscó nuevas opciones hasta que encontró una: envenenarlo. Él no había olvidado sus conocimientos en farmacéutica y todavía conservaba viejos amigos en el oficio, como 'Quino', a quien llamó y le pidió elaborar un veneno incoloro, inoloro e insaboro, pero no le dijo a quién se lo suministraría.

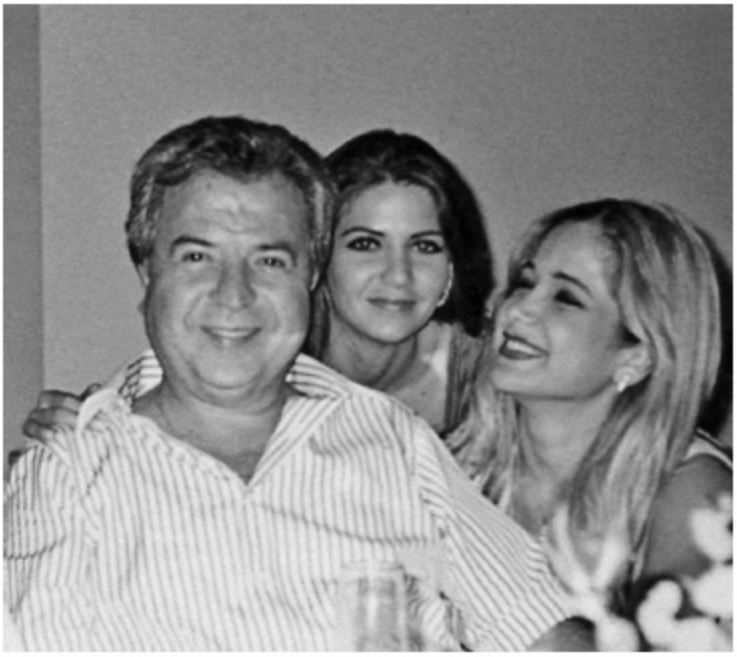
'Quino' tardó una semana en elaborar el producto, pero el plan nunca fue ejecutado porque Escobar se fugó de La Catedral. Hasta el día de nuestra captura, los pequeños frascos estuvieron en un rincón del estante más alto del clóset de la oficina de Gilberto.

Fue otro fracaso, pero con Escobar nuevamente en la clandestinidad la guerra estaba a punto de entrar en una etapa definitiva.



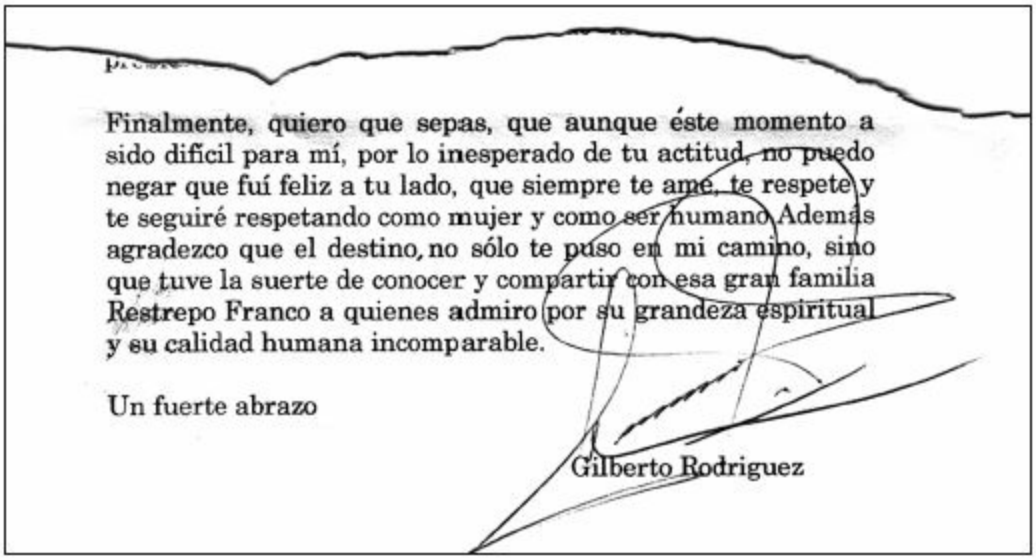
De la relación de Aura Rocío Restrepo y Gilberto Rodríguez Orejuela solo quedan unas pocas fotografías. Además de que al capo no le gustaba que le tomaran imágenes, tras su captura ordenó destruir decenas de carpetas con documentos y fotografías.

Próxima a cumplir 21 años cuando Aura Rocío conoció a Gilberto Rodríguez Orejuela, quien tenía 48.



A finales de 1987, Aura Rocío Restrepo fue elegida por decreto representante por el Valle al Reinado Nacional del Turismo. En ese momento había visto una vez a Gilberto Rodríguez Orejuela. Meses después, cuando su relación amorosa iba en progreso, él la patrocinó en el certamen.

El anticuario Santiago Medina (QEPD) integró el jurado que en noviembre de 1988 eligió a la reina del Turismo en Girardot, Cundinamarca, y en el cual participó Aura Rocío Restrepo. Desde esa época él y Gilberto Rodríguez ya se conocían. Seis años después Medina fue tesorero de la campaña de Ernesto Samper y viajó a Cali a recoger el dinero que el cartel aportó para la segunda vuelta presidencial.

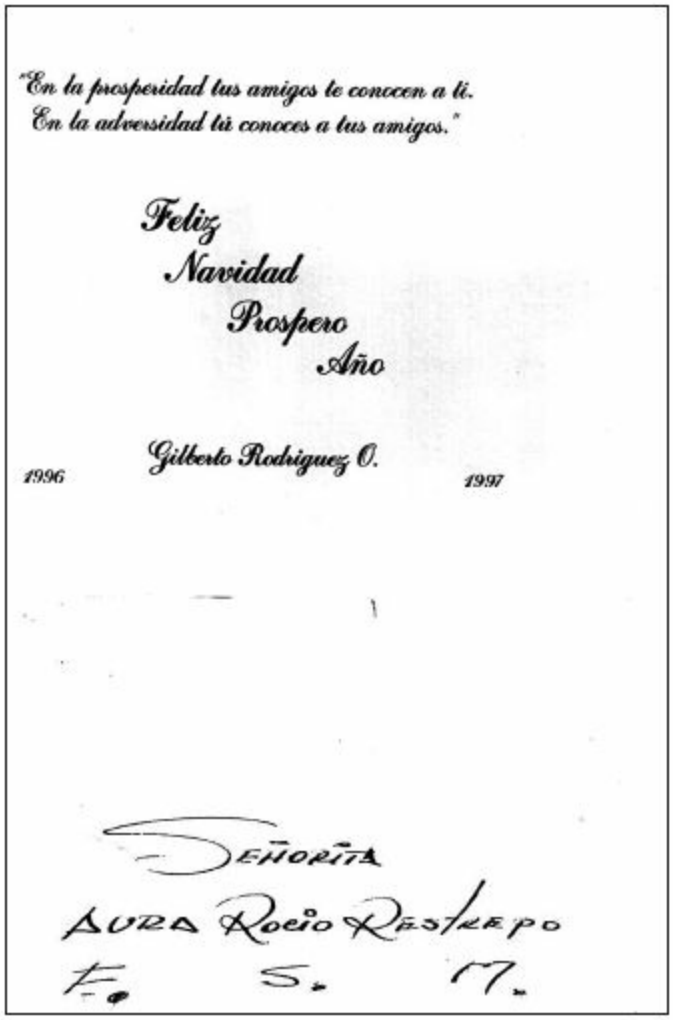


Finalmente, quiero que sepas, que aunque éste momento a sido difícil para mí, por lo inesperado de tu actitud, no puedo negar que fuí feliz a tu lado, que siempre te amé, te respete y te seguiré respetando como mujer y como ser humano. Además agradezco que el destino, no sólo te puso en mi camino, sino que tuve la suerte de conocer y compartir con esa gran familia Restrepo Franco a quienes admiro por su grandeza espiritual y su calidad humana incomparable.

Un fuerte abrazo

Gilberto Rodriguez

Aura y Gilberto también se comunicaban mediante cartas. Decenas de ellas fueron destruidas después de su captura en 1995.



"En la prosperidad tus amigos te conocen a tí.
En la adversidad tú conoces a tus amigos."

Feliz
Navidad
Prospero
Año

Gilberto Rodriguez O.

1996 *1997*

Señorita
Aura Rocio Restrepo
F. S. M.

Paseos en yate y viajes en avión privado, hicieron parte de las comodidades y lujos que rodearon a Aura Rocío Restrepo durante buena parte de su relación con Rodríguez Orejuela.

Tras su captura en 1995, Restrepo permaneció un año en la cárcel del Buen Pastor de Cali y salió por un hábeas corpus. Dos meses después fue recapturada y recluida en el mismo lugar, hasta 1999, cuando quedó definitivamente en libertad.

La autora recorrió sus pasos para recrear las historias de este libro. Aquí aparece en las ruinas de la casa del barrio Santa Mónica en Cali, donde fue capturada con Gilberto Rodríguez Orejuela. La edificación fue derrumbada tiempo después por orden de la familia.

De las espaciosas mansiones de los Rodríguez queda muy poco. Muchas de sus propiedades fueron confiscadas por el Estado y otras siguen en litigio judicial.

CAPÍTULO 8

Escuchando a Pablo

Sin mucho por hacer, encerrada por largas e interminables horas, solo con los libros y un televisor, Gilberto me asignó una delicada labor mientras trabajaba en su oficina al lado de nuestra habitación: escuchar las conversaciones interceptadas a Pablo Escobar.

La peligrosa tarea de monitorear al capo de Medellín fue encomendada por Gilberto a 'Tony', su jefe de comunicaciones, quien viajó a Medellín e instaló los equipos —los más modernos de la época y comprados en el exterior— en uno de los edificios más altos en el centro de la capital de Antioquia.

'Tony' llamaba todos los días por teléfono a dar un reporte diario sobre las actividades de Escobar y en las noches enviaba los casetes en el último vuelo de Avianca. Mi tarea consistía en oír detenidamente cada conversación, cada frase y copiar en otra cinta cuando Pablo o alguien de su organización se referían a atentados con bombas, al cartel de Cali o a las autoridades; en otras palabras, lo que sonara diferente.

En aquella época existían las grabadoras de casete a casete y en una de ellas iba armando las compilaciones que después Gilberto escuchaba una y otra vez. Luego me pedía hacer varias copias y se las enviábamos a 'Pacho', a 'Chepe' y a su hermano Miguel, quien tenía contacto directo con el general Miguel Maza Márquez, director del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, a quien le hacía llegar las cintas con un mensajero enviado rutinariamente a Bogotá.

De esta forma se pudieron evitar varios atentados y se mantuvo informado al Gobierno de los movimientos del principal enemigo del Estado, aunque esa colaboración no logró que ellos se ganaran el afecto o los favores del General, aunque sin duda les tenía menos animadversión que a Escobar. Además, en las grabaciones que yo escuchaba era evidente que Pablo tenía en la mira a Maza para eliminarlo de cualquier manera, sin importar el costo.

Al general Maza le enviamos de urgencia una conversación interceptada a Pablo horas después del atroz atentado contra la sede del DAS el 6 de diciembre de 1989 y en el que murieron más de cien personas. En la grabación, el capo reclamaba en duros términos por el fracaso de la misión y hacía énfasis en que se cumpliera su orden de eliminar al oficial. El envío del casete tuvo un doble objetivo: que Maza se comprometiera a fondo en la persecución a Escobar, que había matado decenas de inocentes con tal de matarlo, y que entendiera la

necesidad de aliarse hasta con el diablo para ganar la guerra contra el cartel de Medellín.

Al cabo de escuchar y escuchar a Pablo me impresionaba la calma que se percibía en su voz. Se pueden contar con los dedos de la mano las ocasiones en que dijo vulgaridades o se exaltó al punto de perder el control. solo una vez se enfureció, cuando los militares allanaron la residencia de Hermilda, su madre. En una conversación con uno de sus sicarios, Pablo se refirió al general Harold Bedoya, comandante de la Cuarta Brigada del Ejército en Medellín: "¿Ese huevón de Harold será que piensa que él también no tiene mamá?".

Un instante clave en la guerra también quedó grabado. El más duro golpe a Escobar, el 12 de agosto de 1990, con la muerte de Gustavo Gaviria, su primo, el hombre más cercano, su principal cómplice.

Cuando escuchamos el audio, Gilberto no pudo ocultar su satisfacción. Era una llamada al número de emergencias de la Policía Nacional en la que se escuchaban los gritos desesperados de Gustavo Gaviria pidiendo auxilio porque según él "ya están entrando y me van a matar". La comunicación se cortó con el estruendo de numerosos disparos.

Otro casete registró un episodio ocurrido en un retén militar, cuando fue retenido Roberto Escobar Gaviria, alias 'el Osito', hermano de Pablo. Sucedió poco después del asesinato de Luis Carlos Galán y nosotros estábamos escondidos en La 40, una casa por el barrio el Limonar, en Cali.

Los soldados le permitieron a 'Osito' hacer una llamada y este se comunicó con Pablo, quien le preguntó quién era el oficial con el grado más alto en ese sitio. 'Osito' respondió que un teniente y lo puso al radio.

Las palabras de Pablo fueron claras y tranquilas, pero sobre todo efectivas: "Vea, yo plata tengo, pero hermano no tengo sino uno, así que póngala como quiera".

Luego, Pablo se comunicó con 'Don Abel' —como le decía a Jorge Luis Ochoa, otro de los capos del cartel de Medellín—, le contó el episodio y le dijo que como estaba en el monte escondido necesitaba doscientos mil dólares prestados para liberar de inmediato a su hermano, "antes de que se caliente la vuelta". Terminó diciendo que los devolvería la semana siguiente, cuando tuviera cómo mover la

plata. 'Osito' fue dejado en libertad esa misma noche y nunca escuchamos en las noticias que el hecho hubiera existido.

En otro episodio, John Jairo Arias, alias 'Pinina', le informó a Pablo por radioteléfono que varios abogados de Cali se acababan de hospedar en el hotel Intercontinental de Medellín. "¿Y esos qué?", preguntó el capo. "No, pues que son de Cali", replicó 'Pinina', seguramente esperando la orden para llevárselos y ganarse una jugosa recompensa, como era usual en el cartel de Medellín. Pero Pablo pronunció otra frase que no se me olvidó jamás: "Nooooo... ¿Cómo vamos a matar a los abogados, no ve que ellos son los que nos defienden? Déjelos tranquilos".

En otro casete, que llegó después de la muerte de Galán, John Jairo Velásquez Vásquez, alias 'Popeye', se comunicó con su patrón y le preguntó por quién debían votar y precisó si por César Gaviria, el candidato más opcionado. La respuesta de Pablo fue premonitoria: "No, ese está en riguroso turno".

En los casetes que yo editaba, empezamos a notar que el secuestro se convirtió en una de las principales fuentes de financiación de la guerra de Pablo. Con la maquinaria criminal que tenía a la mano, decía por radioteléfono, le resultaba fácil meter a los ricos de Medellín en una finca, alimentarlos con arroz y frijoles y quitarles todo el dinero.

Pero su forma de actuar era más que perversa: enviaba un emisario de buena voluntad que se presentaba ante la familia como intermediario con los supuestos secuestradores y luego de entrar en confianza sonsacaba todo el dinero y más tarde el plagiado aparecía asesinado.

Pero hubo también casos en los que el desenlace fue diferente. Una vez, 'Popeye' llamó a Pablo desde la casa de una de sus víctimas y le dijo que estaba con la esposa de un secuestrado. En voz alta, para que el patrón escuchara, hizo el papel de conciliador y le preguntó a la señora si sabía quién sería el secuestrador y si tenían dinero para pagar el rescate. Acto seguido se comprometió a ayudarle a la familia ante los delincuentes. La mujer explicó que sus recursos eran escasos y que no tenían cómo reunir el monto del dinero exigido. Entonces, Pablo le dijo a 'Popeye' que se hiciera a un lado para que la señora no escuchara y le ordenó: "Suelte a ese hombre, que no tiene nada". El lugarteniente de Escobar aceptó a regañadientes, pero pidió una doble autorización: llevarse dos carros que estaban

en el garaje y "sacarle aunque sea veinte millones por las molestias causadas". Escobar dijo que sí.

A diferencia de Escobar, que en aquella época se percibía descuidado con las comunicaciones, los de acá eran meticulosos y tenían de su lado a los 'magos' de la Empresa de Servicios Públicos de Cali, que instalaban una línea telefónica en una dirección y luego la redireccionaban a otra y después a otra. En sus vehículos también montaron un sistema para transferir y redireccionar llamadas al número de la primera dirección.

Igualmente, cada semana recibían los listados completos de las llamadas que entraban desde Medellín para los miles de abonados en Cali. Los Rodríguez contrataron dos personas que pasaban largas horas revisando los números telefónicos y luego los comparaban con los que aparecían en bases de datos como enlaces de Escobar en Cali. Una vez identificado el número sospechoso, los Rodríguez ordenaban investigarlo para establecer si el usuario estaría vinculado a un eventual ataque contra ellos.

En otras muchas ocasiones escuchamos a Pablo cuando planeaba el envío de hombres a atacar al cartel de Cali y me llamaba la atención el seguimiento continuo que les hacía a sus hombres cuando estaban en la ruta hacia el Valle. Pablo no sabía que lo estaba escuchando y por esa razón muchos de los terroristas no lograban pasar del Puente del Comercio, en la entrada desde Palmira. En ese entonces no había muchas rutas de entrada a Cali y los hombres de los Rodríguez los interceptaban en ese sitio, los torturaban hasta sacarles la información y en la mayoría de los casos los lanzaban al río Cauca, a veces atados y amordazados, pero con vida.

Pero también nos aterraba la faceta de malvado que Pablo exhibió en la parte más dura de la guerra. Como cuando les pagaba jugosas sumas de dinero a quienes asesinaran policías en Medellín. Por radioteléfono le preguntaban cómo demostrar el 'positivo', porque todos los sicarios y pandilleros de las comunas de Medellín buscaban la oportunidad de matar a un uniformado para recibir un pago. Con una mezcla de burla y cinismo decía que entregaran el dinero cuando el sicario llevara como prueba la copia del periódico donde apareciera la noticia del crimen.

En Cali siempre nos llamó la atención el tono con el que Pablo hablaba con su

familia por radioteléfono. A Manuela, su hija menor, siempre le habló con inmensa ternura. En una de las comunicaciones que escuché, la niña le decía que viera cómo estaba de linda y le describía sus vestidos. Él respondía que siempre estaba linda y bella, pero por la radio no la podía ver.

Indudablemente, los hijos lograban sacar lo poco bueno que había en Pablo, en otras palabras eran su punto débil y su esposa su adoración. Los Rodríguez y sus socios del cartel estaban al tanto de la cercanía entre Pablo y su familia y no ocultaban su respeto por ello. Hasta que un día Fidel Castaño fue a Cali y los convenció de que Pablo se derrumbaría el día en que a quienes amaba estuvieran en peligro. Así fue.

CAPÍTULO 9

El fin de una pesadilla

En la heladería Ventollini de la avenida sexta de Cali, un hombre con jean gastado y camiseta blanca rota espera que lo recojan. Se llama Fidel Castaño y nadie que lo haya visto esa tarde habrá de recordarlo.

Es la última semana de julio de 1992 y hace pocos días ha escapado Pablo Escobar de la cárcel La Catedral. Castaño le ha pedido cita a Gilberto Rodríguez Orejuela, a través del capo del norte del Valle, Iván Urdinola Grajales, pues tiene varias ideas para enfrentar al enemigo público número uno del país y de buena parte del mundo.

El 'Capi', hermano del 'Flaco', lo recogió en la heladería y lo llevó a una de las casas de los Rodríguez en Ciudad Jardín, al otro extremo de Cali, donde esperaban Gilberto, Miguel, 'Chepe' y 'Pacho'. Los cuatro acordaron actuar con cautela ante Castaño porque no solo desconfiaban de él, sino que lo consideraban un bandido de mucho cuidado. Aun así, antes de hablar degustaron un delicioso rodizio y *caipirinha* helada.

La llegada de Castaño fue más que oportuna porque apareció justo cuando la inteligencia y contrainteligencia habían dejado de ser efectivas contra Escobar, que de seguro se convertiría otra vez en una pesadilla.

Tras una larga reunión con los jefes del cartel de Cali, Castaño esbozó una estrategia que incluyó opciones que ellos tenían descartadas, entre ellas atacar a la familia, el lado más frágil de su enemigo, algo que no había estado en la baraja, porque existía un pacto tácito de no agresión entre los dos carteles.

Los cinco estuvieron de acuerdo en que la pelea con Escobar ya no tenía retorno porque este había llegado a niveles inimaginables de violencia, que tuvieron su última expresión con el cruel asesinato dentro de La Catedral de Fernando Galeano y Kiko Moncada, dos de sus principales socios y financistas. El doble homicidio prácticamente desencadenó la decisión del presidente César Gaviria de ordenar el traslado de Escobar a otra cárcel, pero este escapó dejando en ridículo al Gobierno y a las Fuerzas Armadas.

Tras la desaparición de Moncada y Galeano, la mafia de Medellín entendió que Pablo ya no tenía límites, no respetaba lealtades y poco a poco los acabaría a todos si no hacían algo.

Pero Fidel Castaño también había llegado a hablar con Gilberto y sus socios

para informarles que los barones del narcotráfico de varias regiones del país estaban dispuestos a financiar la guerra contra Pablo, pues estaba demostrado que el cartel de Cali sí podría vencerlo.

Esa noche y tras varias horas de charla, surgió el grupo Perseguidos por Pablo Escobar, Pepes. Fue el comienzo del fin del jefe del cartel de Medellín.

A partir de ese día, los hermanos Fidel y Carlos Castaño hablaban frecuentemente con Gilberto por teléfono y cuando era necesario o había que tomar decisiones urgentes enviaba al 'Capi' como emisario a Medellín.

La guerra contra Pablo entró en una etapa distinta y Gilberto empezó a tener contacto frecuente con los denominados 12 del patíbulo[5], antiguos socios de Escobar, que emigraron poco a poco a Cali, donde se sentían más seguros. Uno de los nuevos enemigos de Pablo, de apellido Blandón, que prefirió irse a Bogotá, fue asesinado mientras hacía ejercicio cerca de su residencia.

Gilberto se convirtió en eje de la guerra contra Escobar y de un momento a otro se reunía casi todos los días con personajes que habían abandonado al capo de Medellín. Cada aliado fuerte que llegaba a Cali era uno que Pablo perdía. Recuerdo que quienes lo llamaban con mayor frecuencia eran Gustavo Tapias, alias 'Techo' y Luis Ramírez, alias 'Micky' Ramírez, uno de los últimos socios de Escobar.

Los golpes contra el entorno de Escobar eran cada vez más frecuentes y aunque Gilberto no me contaba mayor cosa yo percibía que la balanza se había inclinado para un lado y era evidente que el capo de Medellín estaba arrinconado.

Hasta que finalmente llegó el jueves dos de diciembre y yo empezaba los preparativos para la Navidad de 1993. Poco después de almorzar salí a visitar al diseñador Andrés Otálora para escoger el vestuario que mandaría a hacer y comprar una que otra prenda que estuviera lista.

Su taller quedaba a menos de diez cuadras de nuestra vivienda clandestina, pero apenas llegué y estaba saludando cuando me llamó el 'Flaco' y me contó exaltado que acababan de matar a Pablo Escobar en Medellín. Me pidió que estuviera lista porque ya habían enviado a alguien a recogerme.

No podía creerlo. Hubiera dado lo que fuera por estar al lado de Gilberto cuando recibió la noticia. Llegué en menos de cinco minutos, nos abrazamos y

brindamos con champaña Dom Perignon, mientras él no podía ocultar su júbilo; me decía que se habían salvado nuestras vidas, que sus hijos y familia estaban ahora a salvo y que ya podría morir de viejo; lloraba, reía y bebía, mientras se cambiaba para salir a reunirse con Miguel, 'Chepe' y 'Pacho' en un apartamento situado en el sector de Juanambú.

Una vez se fue, el 'Flaco' me contó que Gilberto recibió la llamada en la que le confirmaron la muerte de Escobar y les dijo visiblemente emocionado: "Coronamos a ese hijueputa"; acto seguido le pidió a su secretario que lo comunicara con Alex, es decir, con Carlos Castaño, hermano de Fidel, a quien le dio las gracias y le dijo: "Usted es el hombre de la guerra".

Gilberto regresó dos horas después y tuvimos que bajarlo del carro prácticamente alzado. Debió beber de manera descontrolada porque se emborrachó hasta perder el sentido.

Días después de la muerte de Pablo y cuando las aguas habían bajado de nivel, los Rodríguez, 'Pacho' y 'Chepe' enviaron mil doscientos millones de pesos cada uno, para que se los repartieran entre los integrantes del Bloque de Búsqueda que participaron en la persecución. Pero también pusieron dinero otros mañosos de Cali y el Valle y los 12 del Patíbulo. Cualquier recompensa era poca con tal de acabar con Escobar.

A nivel doméstico Gilberto debió cumplir otra promesa, aunque en este caso no fue tan generoso. En plena guerra, les había ofrecido un carro de regalo a sus empleados más cercanos, los que habían vivido de cerca la confrontación. A mediados de diciembre y después de que yo le recordé una y otra vez, honró la palabra empeñada pero escogió el carro más barato del mercado en aquel entonces, el Fiat Uno. Obviamente, el regalo cayó mal porque la cifra que pagó por los vehículos fue irrisoria.

El juramento que no cumplió, pese a que puso a Dios como testigo, fue el de dejar el narcotráfico una vez cayera Pablo. Pero cuando eso ocurrió dijo que tocaba hacer las cosas poco a poco porque toda una organización dependía de él y no podía dejar el negocio en el aire. Muy pronto pasaron al olvido tantas noches de espera, tantas lágrimas de frustración, tantos días en la clandestinidad, tantas malas noticias.

Había llegado la hora de celebrar la muerte de Pablo Escobar y ese momento

habría de darse en la última semana de diciembre, en el marco de la Feria de Cali. Fueron cinco días de rumba casi ininterrumpida en la que Gilberto bebió como nunca antes. Pasó borracho buena parte del tiempo, en fiestas diferentes. Hasta que llegó el 31 de diciembre y Myriam, su exesposa, botó la casa por la ventana, armó una enorme carpa en una mansión esquinera en Ciudad Jardín conocida como la Casa Endo y contrató al menos la mitad de los *shows* que trajo la Feria de Cali ese fin de año. El derroche de dinero y poder hizo rememorar las mejores épocas de los narcos, seguros de que como ya no estaba su peor enemigo nada podía sucederles.

Ninguna fiesta a la que asistía Gilberto terminaba la misma noche, pero decenas de hombres armados, el ruido infernal y grupos musicales que entraban y salían sin parar, debieron molestar a los vecinos, que seguramente se quejaron ante las autoridades.

Ya había amanecido, era el primer año nuevo sin Pablo y la parranda continuaba, cuando de repente llegó el Ejército y allanó la casa. Fueron momentos de angustia porque los escoltas alcanzaron a avisar por radio de la llegada de los militares, pero a Gilberto no se le pasó la borrachera y terminó sentado en un sofá al lado de otras personas. Por suerte, nadie lo reconoció porque no solamente tenía la barba y el cabello tinturados de negro, sino que en una cirugía reciente le habían eliminado las bolsas debajo de los ojos y una que otra arruga.

En medio del caos los hombres encargados de la seguridad de los Rodríguez simularon una trifulca para distraer a los soldados, que se olvidaron del borracho del sofá. Entonces 'El negro', Remberto, levantó a Gilberto y lo lanzó por una tapia hacia la casa de al lado y luego fue a recogerlo. Pero allí no fueron bien recibidos y lo pasó a la casa siguiente, donde por fortuna el dueño los sacó en su vehículo. Esta vez, Gilberto se salvó porque encontró ayuda en circunstancias muy adversas, de una persona que no sabía de quién se trataba y que después se negó a recibir un 'detallito'.

Finalmente, ese primero de enero de 1994, Gilberto y yo regresamos a nuestro escondite, a una de las tantas casas lujosas que ocupábamos de cuando en cuando. Horas después —luego de recobrar el sentido, sin levantarse aun de la cama como ocurría en cada guayabo, con una enorme tasa de consomé y una jarra de jugo de naranja helado—, se veía con la moral en el piso, golpeado físicamente, lleno de

moretones y con la certeza de que había cometido muchos errores. Solo en ese momento entendió que aunque Pablo ya no estuviera él encabezaba ahora la lista de los hombres más buscados del país.

El guayabo moral por lo sucedido habría de durarle muy poco porque un par de días después tuvo el descaro de asistir a otro fiestón; y lo hizo con la excusa de que era feria, porque los artistas ya estaban contratados, en fin… no había derecho a que nos pusiera a sufrir a todos así, a todos los que lo amábamos. De alguna manera, él sabía que sus diciembres en libertad estaban contados. No estaba equivocado porque le quedaba uno.

Nunca le pregunté a Gilberto cómo había caído Pablo. La verdad oficial era tan contundente que no valía la pena preguntarse nada. Pero una noche, a solas en nuestra casa luego de una de esas fiestas de celebración en la que él estaba ebrio otra vez, me reveló una versión distinta sobre la manera como fue localizado Escobar.

Los reportes de la época indican que el jueves 2 de diciembre de 1993 las autoridades hallaron en el sector de Zamora, en Medellín, el cuerpo baleado de Gustavito Gaviria, hijo de Gustavo Gaviria, el socio de Pablo asesinado meses atrás. La noticia del hallazgo fue registrada por algunas emisoras un poco antes de la una de la tarde, pero muy pronto pasó al olvido porque tres horas después Pablo caería abatido en el techo de una casa del sector de las Américas.

Según me dijo Gilberto, el hijo de Gaviria había llegado del exterior un par de días atrás, se había reunido con Escobar y se proponía salir nuevamente del país cuando fue retenido por los Pepes. El ingreso a Colombia fue detectado por agentes de inmigración del DAS, que lo reportaron de inmediato. El capo estaba tan desesperado y aislado que cometió el error de llevar a Gaviria a la casa donde se escondía.

Recuerdo que Gilberto me decía que nadie soportaba una tortura, que todo el mundo solía quebrarse más tarde o más temprano, pero que no había excepción. Gustavito Gaviria, el hijo de Gustavo, el primo de Pablo, fue quien suministró la ubicación del escondite de Pablo. Lo demás ya se sabe.

Hago este relato de lo que Gilberto me dijo sin ánimo de entrar en controversia con nadie porque entiendo que esta historia ha sido contada por varios altos oficiales y el país y el mundo les creyeron. No tengo cómo probar nada, pero sí

puedo dar fe de lo que mi pareja me contó y su relato coincide en su totalidad con lo que él les contó a su vez a algunos de sus escoltas, que veinte años después hablaron conmigo para este libro.

CAPITULO 10

De campañas políticas y extradición

En muchas ocasiones a lo largo de nuestra intensa relación de ocho años, Gilberto me habló de sus contribuciones en dinero a numerosas campañas políticas y de su amistad personal con al menos tres expresidentes, aunque con el paso de los años sus cada vez más amplios antecedentes criminales no le permitían mantener contacto con ellos.

Si me piden mostrar cheques o recibos firmados, no los tengo. Pero sí me propongo repetir de manera fidedigna las palabras que él dijo muchas veces sobre sus vínculos con la política y referir episodios que presencié, decenas de llamadas que escuché y montones de dinero que vi empacar en todo tipo de recipientes.

El grueso de la información sobre los vínculos de los Rodríguez y los políticos estaba escondido en las carpetas que escondimos el 8 de junio de 1995, un día antes de que nos capturaran, en la estrecha caleta ubicada en la parte frontal del escritorio personal de Gilberto. Mientras ocultábamos los legajadores me decía que si esos documentos llegaban a caer en manos de la justicia o de la prensa, buena parte del país se desmoronaría y Estados Unidos tendría una excusa válida para intervenir en Colombia.

Para nadie es un secreto que los Rodríguez guardaban todo tipo de papeles, cual notarios. Gilberto lo hacía, tal vez, para tener pruebas de todo, como garantía de fidelidad o como herramienta para que le cumplieran los compromisos.

Inmediatamente después de nuestra detención en junio de 1995, la primera orden que dio fue destruir documentos, fotos y casetes, así como un completo archivo de noticias sobre Pablo Escobar, compilado por una secretaria contratada para ello en una oficina alquilada en el Centro Profesional Campanario. Gilberto solo pidió conservar algunos documentos claves y muy bien resguardados. En ese momento no se podía permitir errores como los cometidos con la captura de su contador personal, Guillermo Pallomari, alias 'Reagan', a quien le encontraron los documentos que dieron inicio al célebre proceso 8.000.

Pero ahora, detenido en una cárcel de Bogotá, Gilberto tenía plena certeza de que no solo estaba en manos de los mismos a quienes ayudó a ganar, sino que también se encontraba a merced de los que perdieron por cuenta de él. Tampoco ignoraba que cualquier filtración que no fuera intencional o deseada por ellos, podría ser la herramienta que necesitaban en Estados Unidos para justificar su extradición. Y ante la fragilidad política de Samper lo peor que podía sucederles

era que el gobierno se derrumbara, pues al menos tenían en el presidente a alguien que no los iba a ayudar de frente, de manera directa, pero sí haría algo por debajo de la mesa.

Cuando se acercaba la época de elecciones —para presidente, gobernador, alcalde, concejal, diputado o congresista—, Gilberto y su hermano los apoyaban a todos, desde la costa Atlántica hasta el Amazonas. Era tanta la romería de personajes que llamaban y pedían cita que Gilberto y Miguel no daban abasto y solo atendían personalmente a los más influyentes; con los demás aspirantes hablaban por teléfono y les enviaban aportes en dinero con emisarios o mandaban vales firmados por ellos, por un valor determinado para cobrarlos en ciertas oficinas o en sucursales de La Rebaja.

Nuestra actividad era muy intensa porque desde China llegaban contenedores repletos de camisetas que eran transportados hasta Cali en tractomulas. El cargamento era descargado en bodegas, donde Julián Murcillo, el principal relacionista de los Rodríguez, se ocupaba de estamparlas con los colores y emblemas de cada campaña. Él era dueño de la imprenta y era tan buen negociante que cuando lo detuvieron montó una sede de su empresa en la cárcel de Villanueva.

Fueron muy pocas las personas que Gilberto llevó hasta nuestro refugio, por así llamarlo, pues por lo general las atendía en oficinas compradas y decoradas para ese uso exclusivo. No podían ser alquiladas, porque implicaba entrar en contacto con una inmobiliaria, lo que llamaría la atención.

Miguel actuaba muy diferente a Gilberto porque le gustaba llevar hasta su escondite a altos oficiales o personas que le interesaban. En alguna ocasión el hermano mayor criticó duramente el desparpajo de su hermano menor, que ni siquiera tomaba la precaución de hacerles poner a sus invitados las gafas pintadas de negro por dentro.

Gilberto siempre pensó que su hermano sería capturado en cualquier momento por sus descuidos, pero las ironías de la vida hicieron que justo fuéramos nosotros, los más cuidadosos y desconfiados, los primeros en caer.

Con algunas excepciones, pero muy pocas, el dinero de los Rodríguez era enviado a todos los participantes en la contienda electoral, liberales, conservadores, izquierdistas y guerrilleros reinsertados, pero obviamente, la colaboración no era

equitativa, pues impulsaban a quienes por uno u otro motivo ellos necesitaban en el poder.

Como yo lo veía en el mundo político era bien visto que Gilberto y Miguel participaran como una especie de cerebro detrás de muchos candidatos que luego de las votaciones salían elegidos por cuenta de su ayuda económica.

El pero de esta historia surgía cuando las autoridades o los medios de comunicación descubrían pruebas de que el narcotráfico había financiado una u otra campaña. Entonces los políticos buscaban evitar el peligro y negaban cualquier relación con ellos. Gilberto comprendía esa actitud, aunque le molestaba profundamente. "Mi dinero sí es bueno, pero yo no", me decía con fastidio.

En numerosas charlas a lo largo de esos años, Gilberto me contó que el expresidente colombiano más cercano a él fue Julio César Turbay Ayala (1978-1982), a cuya campaña contribuyó con dinero e influencias y moviendo las maquinarias. Aquí es forzoso aclarar que en ese entonces el nombre de Gilberto Rodríguez Orejuela no era un estigma, por el contrario, era considerado un próspero empresario, bien relacionado socialmente, que solo participaba en política desde la barrera. Pero también es cierto que en el fondo todos sabían que sus empresas eran relativamente nuevas y que habían surgido de la nada; palabras más, palabras menos, todos sabían que el dinero aportado a sus campañas era aparentemente legal o lo que es lo mismo, ilegal.

Según Gilberto, su dinero marcó la diferencia en la campaña de Belisario Betancur (1982-1986), y también hizo aportes a las de Alfonso López Michelsen (19741978) y Virgilio Barco Vargas (1986-1990). El *modus operandi* era casi calcado de una a otra: comprando votos, regalando camisetas, alquilando buses, dando dinero para unos y otros...

Tampoco se quedó por fuera la elección que llevó al poder a César Gaviria, a cuya campaña también contribuyeron los Rodríguez con dinero, pero a nivel regional. A ellos les preocupaba que el candidato conservador, Álvaro Gómez Hurtado, llegara al poder en razón a que sus ideas y programas les parecían demasiado radicales en todo sentido, en especial con la extradición. Aun así, siempre me quedó la sensación de que Gilberto lo admiraba y respetaba por su inteligencia, pero no lo quería en el poder. Cuando asesinaron a Gómez Hurtado

no me quedó duda de que Gilberto sintió una genuina pena.

Las revelaciones que yo escuchaba cada vez con más frecuencia sobre los nexos entre política y mafia eran francamente escandalosas, pero a Gilberto le parecían normales. En la intimidad de nuestras conversaciones privadas él parecía relajado contando episodio tras episodio, pero en otros ambientes, como tertulias con amigos y fiestas, él se refería en un tono más cuidadoso a los políticos que recibían su dinero.

Durante el tiempo en que estuvimos juntos, observé que los Rodríguez tenían en su nómina mensual a un grupo de al menos cincuenta políticos, muy cercanos, muy influyentes, que recibían entre veinte y treinta millones de pesos mensuales. Pero todos, casi sin excepción, inventaban cualquier excusa y llamaban constantemente a pedir más dinero.

Hubo una elección muy importante de la cual fui testigo: la del contralor general de la República en 1990.

Por aquellos días el Congreso estaba listo para elegir nuevo contralor general y Manuel Francisco Becerra Bar- ney, 'Kiko' Becerra, exgobernador del Valle y exministro de Educación, había recibido el respaldo total de Gilberto.

Recuerdo que Miguel Rodríguez no estaba de acuerdo con ese apoyo y lo decía de manera vehemente porque cuando Becerra fue ministro de Educación en tiempos de Virgilio Barco, tuvo la posibilidad de negarse a firmar la extradición de Gilberto pero no lo hizo. Según Miguel, Becerra pudo haber argumentado que no estaba de acuerdo por cualquier motivo y nadie se lo hubiera reprochado. Sin la firma de todos los ministros, la extradición no hubiera quedado en firme. Miguel cree que ese fue un acto de traición que no podían pasar por alto.

Pese a la oposición de Miguel, Gilberto citó a varios congresistas a una reunión en una finca en la carretera al mar y definieron que el mejor candidato a la Contraloría era 'Kiko' Becerra. Para lograr el triunfo de su candidato se requería el apoyo del jefe del Partido Liberal, Ernesto Samper Pizano, pues el otro aspirante a la Contraloría, Rodrigo Garavito, tenía más posibilidades de ganar pero era menos manejable que Becerra.

A la reunión convocada por Gilberto asistieron al menos veinte congresistas y dirigentes políticos, que habían llegado al Senado o a la Cámara con el apoyo de

ellos. Cada uno habló en representación de un grupo y discutieron durante largo rato la conveniencia o inconveniencia de elegir a Becerra. Al final acordaron dar apoyo incondicional a Becerra, pero plantearon que hacía falta un impulso adicional del Partido Liberal.

Después del pesado y aburrido tema político vino el divertimento. Y como siempre corrió por cuenta de los Rodríguez, que interpretaron los deseos de sus invitados, es decir, les contrataron mujeres. Tras una larga pausa, de un momento a otro se sintió un revuelo afuera del salón y todos miramos hacia la puerta, cuando ingresaron una conocida modelo y actriz caleña al lado de 'la negra Carmiña', la reconocida proxeneta que atendía a los narcotraficantes de la ciudad y casi en fila, detrás de ellas, fueron entrando las demás modelos, que acababan de llegar en un vuelo privado procedente de Bogotá.

Yo me había sentado a conversar al lado de un sacerdote que laboraba en una universidad de Cali y fue muy simpático cuando 'la negra' se dirigió hacia donde yo me encontraba y saludó al religioso con un abrazo y un beso en las mejillas:

—Padre, tiempo sinverlooooo.

La mujer siguió saludando a los demás asistentes y entonces él reaccionó, visiblemente avergonzado:

—Qué extraño, ¿quién será esta niña? ¿Será alguna alumna de la Universidad? —me dijo en voz baja.

Después de la larga y extenuante velada en la que abundaron las mujeres y el licor, unos muy pocos y escogidos asistentes se quedaron para hablar con nosotros de todos los temas, entre ellos música y literatura. Pasado el mediodía los escoltas, apostados de manera estratégica en la vía, desde la salida de Cali hasta la finca, nos avisaron que dos camiones repletos de soldados se aproximaban a nosotros junto cuando salíamos de regreso. En forma apresurada dieron algunas instrucciones y los carros de Miguel y el nuestro se separaron en una vía alterna a toda velocidad. Los demás invitados salieron poco a poco y el episodio no llegó a mayores.

Pasaron algunos días desde este encuentro y la carrera por la Contraloría llegaba a su final. Pero de manera sorpresiva, en la segunda semana de agosto de 1990, pocos días después de la posesión de César Gaviria como presidente,

Gilberto terminó por aceptar los argumentos de su hermano Miguel y concluyó que elegir a Becerra sería un riesgo.

En ese momento estábamos en La Paila, una casa en el barrio El Bosque, de Cali, que por varios meses fue nuestro escondite. Desde allí y de la manera más normal, Gilberto llamó a Ernesto Samper, le dijo que había cambiado de opinión sobre Becerra y le pidió que le suspendiera el apoyo. Pero Samper respondió que ya era tarde porque había intercedido con las bancadas liberales en el Congreso a favor de ese aspirante. La conversación terminó muy rápido y los Rodríguez ya no pudieron mover más sus fichas en el Congreso. Finalmente 'Kiko' Becerra[6] fue elegido contralor por amplia mayoría.

Con tanta ascendencia y poder sobre los políticos, muchos de estos no le merecían demasiado respeto a Gilberto, independientemente del aprecio que les tenía a algunos porque los había conocido años atrás. Con ironía y molestia, muchas veces me dijo: "Es que, además de pedir y pedir plata y ser desleales, no sirven para nada. Y para entregarles el billete hay que hacerles fiesta y cuidadito faltan el whisky y las prostitutas".

El poder político y económico de los Rodríguez y sus socios en el cartel de Cali eran indiscutibles por aquella época. La guerra contra Pablo Escobar alcanzaba su punto más alto y las autoridades mejoraban día a día las herramientas jurídicas y coercitivas para luchar contra la mafia del narcotráfico.

Con semejante panorama, el fantasma de la extradición aparecía de tanto en tanto y según decían los abogados que trabajaban para el cartel, los Rodríguez no podían dejar su futuro en manos del político de turno porque Estados Unidos los tenía en la mira y tarde o temprano los iban a cazar.

Abolir el envío de colombianos a cárceles estadounidenses era la única opción y de pronto surgió una luz al final del túnel: el país se embarcó en la tarea de reformar la Constitución mediante la conformación de una Asamblea Nacional Constituyente.

Gilberto no estaba dispuesto a repetir la experiencia de España y en sus muchas noches de desvelo se le ocurrió que la Constituyente podía eliminar la extradición. Para escuchar una opinión calificada contactó de inmediato a su amigo, político y abogado, Armando Holguín Sarria —experto en el tema, uno de los artífices de su repatriación desde el viejo continente y quien escribió un libro

en dos tomos titulado *Documentos sobre la extradición*—, quien evaluó el tema y con su conocimiento y experiencia no tardó en responder que la estrategia era viable.

Entonces Gilberto y su hermano movieron cielo y tierra para encontrar aliados de la causa. El primer paso que dieron fue hablar con varios jefes de la mafia a los que convencieron de invertir dinero para financiar las campañas de los candidatos a la Constituyente, en cuyo asiento habría setenta personas elegidas por voto popular. La idea sonó tan bien entre los narcotraficantes que varios de ellos hicieron aportes sin que los Rodríguez los hubieran llamado.

El fin justificaba los medios y en cuestión de semanas los carteles de la droga apoyaron por debajo de la mesa a numerosos aspirantes, entre ellos algunos del nuevo partido M-19. El mismo Pablo Escobar, por su lado y en medio de la guerra, pero con el mismo interés común, financió otra gran parte y muchos recibieron por partida doble.

La campaña de aquellos días por la no extradición incluyó grupos de lindas jovencitas en patines, con minifaldas-shorts rojas, con camisetas estampadas con el logo de la campaña de Armando Holguín, que invadieron la ciudad con volantes y calcomanías que pegaban en los carros.

Gilberto y su hermano me encargaron de coordinar a las entusiastas promotoras, a las que les enseñé la manera de expresarse, de vender las bondades de votar por determinado candidato y también cómo mostrar elegancia a pesar e ir montadas en botines sobre ruedas.

Finalmente, Gilberto y sus socios se congratularon aquel 9 de diciembre de 1990, cuando la Registraduría dio a conocer los resultados y la mayor parte de los candidatos que patrocinaron alcanzaron escaños en la Constituyente.

Con buena parte de los constituyentes de su lado, los carteles de la droga lograron abolir la extradición de la Constitución de 1991 con 51 votos a favor y 13 en contra. Una vez más, Gilberto Rodríguez había demostrado que el título de 'el ajedrecista' le quedaba a la medida.

Eliminada la extradición a Estados Unidos, los Rodríguez se concentraron en sacar del camino a Pablo Escobar y lo lograron en diciembre de 1993, luego de unir fuerzas con todos los enemigos del capo de Medellín (ver capítulo 9).

Entonces Gilberto y su hermano pensaron que el Estado tenía una deuda con ellos por haber contribuido en la victoria contra el peor criminal de la historia del país.

Ya habían logrado un primer avance porque tenían de su lado al fiscal general Gustavo de Greiff, pero necesitaban asegurarse y qué mejor que con el futuro presidente de la República. En palabras de Gilberto, De Greiff era un hombre honesto, convencido de que la mejor solución para el país era aceptar lo que ellos planteaban: entregarse y acabar el negocio a cambio de condenas preacordadas; devolver una parte de sus fortunas y quedarse con una porción pequeña. El fiscal había llegado a esa conclusión después de varios encuentros con emisarios en Cali y Bogotá y en reuniones personales con Gilberto en Bogotá, a las cuales asistía mientras yo lo esperaba en el apartamento o en un centro comercial.

Obviar el tema de Ernesto Samper en este libro sería un insulto para con los lectores. Pero es que me parece que ya todo está dicho.

¿Que si me consta que Gilberto, Miguel, 'Pacho', 'Chepe' y otros muchos narcotraficantes participaron en su elección? Claro que sí. Escuché una llamada tras otra, vi ir y venir el dinero para esa campaña, hubo muchas citas en Cali y hasta viajamos a Bogotá, pero debo reconocer que también en esos casos yo esperaba en el apartamento mientras Gilberto atendía a los emisarios de la campaña y hacía acuerdos a cambio de ayudas multimillonarias.

Cuando los políticos de otras ciudades llegaban a Cali, se hospedaban por norma general en el Hotel Intercontinental y a pesar de que hay registros de muchas cuentas pagadas por Inversiones Ara, una empresa de Miguel, no son ni de lejos una muestra confiable de lo que pasó en la realidad.

Los Rodríguez eran hombres inteligentes, empresarios, y conocían la ley, así que en lo posible manejaban efectivo; aun así, con semejante caudal de dinero obtenido con el narcotráfico también tenían muchas cuentas en bancos a nombre de terceros, de personas humildes que firmaban los formularios en los bancos y estampaban su firma y huella a cambio de unos pocos pesos.

La contribución en dinero para la campaña samperista fue entregada de dos maneras: con dinero en efectivo, enviado directamente a la tesorería en Bogotá y con dinero en efectivo, camisetas, publicidad y buses, repartido entre los caciques y dirigentes liberales regionales.

Los contactos para el envío del apoyo económico, que se requería con urgencia porque la campaña se había quedado sin recursos, fueron realizados a través de dos altos funcionarios de la campaña, con quienes Gilberto se reunió personalmente en Bogotá. Por supuesto, el ejecutor del plan fue Santiago Medina, el tesorero de la campaña, quien fue recogido en Bogotá y llevado a uno de los hangares privados del aeropuerto de Cali, donde luego de esperar por varias horas recibió cinco cajas, cada una con un millón de dólares, y luego la misma aeronave lo llevó de regreso a la capital.

Pero muy rápido se sabría que al parecer Medina solo entregó cuatro y eso casi le cuesta la vida a alias 'Mateo', el secretario de Miguel Rodríguez. 'Mateo' y su hermano fueron los encargados de llevar hasta el aeropuerto las cajas empacadas en fino papel de regalo, con cintas y moños. Lo transportaban en el baúl de uno de los carros de Miguel cuando de repente se encontraron con un retén militar en la vía a Yumbo.

Los soldados los bajaron del vehículo y tras la requisa de rigor les exigieron destapar los paquetes, pues les causó desconfianza ver a dos hombres que no iban vestidos como para una fiesta pero sí llevaban regalos en la cajuela.

Azarados, se las arreglaron para llamar a Miguel, quien les ordenó cuadrar a los militares como fuera y les ordenó salir de inmediato del retén, antes de que el asunto pasara a mayores. Los muchachos abrieron una de las cajas y sacaron un fajo de billetes verdes con algo así como treinta o cuarenta mil dólares y le plantearon al oficial que comandaba el grupo que recibiera el regalito o que se entendieran con el patrón, aunque no dijeron cuál. Con disimulo, el teniente guardó el dinero en su chaqueta y les permitió continuar el camino.

En el hangar esperaban José Estrada —exjefe de seguridad, amigo y hombre de entera confianza de los Rodríguez—, con el piloto del avión y Santiago Medina. Delante de ellos, 'Mateo' y su hermano entregaron los paquetes al tesorero de la campaña y le explicaron por qué uno de ellos estaba abierto.

Dos días después y por orden de Miguel, 'Mateo' y su hermano fueron interrogados porque desde la campaña llamaron a preguntar por qué el dinero iba incompleto. Al parecer, la caja abierta nunca llegó a su destino, pero Estrada y el piloto certificaron que el dinero fue entregado en el hangar del aeropuerto.

En medio del fragor de la campaña y con Pastrana peleando la Presidencia,

Gilberto y Miguel enviaron varias veces a Bogotá al 'Primo', otro de los pilotos que les merecía confiabilidad total, a llevar más dinero, el que habían recaudado entre otros mafiosos, que entregaron un aporte con la promesa de que un 'amigo' llegaría a la presidencia y no los extraditaría.

Durante esos días me impresionó el movimiento de dinero en varios sitios de Cali, así como en nuestra residencia, que por cuenta de la persecución del Bloque de Búsqueda terminó convertida en escondite y oficina.

En medio de semejante algarabía no pasé por alto el malestar de los empleados de Gilberto y Miguel, que se quejaban porque los patrones les regalaban montones de plata a políticos oportunistas y en cambio a ellos les pagaban sueldos muy bajos, que no se compadecían con los riesgos que corrían.

Finalmente, en la noche del 19 de junio de 1994, cuando la Registraduría hizo el anuncio oficial de que Ernesto Samper era presidente, Gilberto, Miguel, 'Chepe' Santacruz, el 'Negro' Armando Mosquera, Mauricio Guzmán y otro político cuyo nombre no recuerdo, se reunieron en mi apartamento[7] del piso 13 del edificio Valladares.

Pese a que había triunfado su candidato, conversamos y celebramos sin mucha efusividad pues estaban seguros de que Andrés Pastrana tenía en sus manos los casetes con las escandalosas conversaciones, tanto de Gilberto como de Miguel, con el periodista Alberto Giraldo. Y aunque no los había hecho públicos, tenían la certeza de que en algún momento saldrían a la luz pública. Recuerdo que cuando se conoció la existencia de las grabaciones, Gilberto solo atinó a decir: "Se me cagó la vida".

Los contertulios que esa noche estuvieron en mi apartamento guardaban la esperanza de que Pastrana reconociera la derrota y el asunto de los casetes pasara a un segundo plano. Luego de hablar sobre los escenarios posibles, Gilberto, Miguel, 'Chepe' y los políticos se sentaron en la sala del balcón y se tomaron tres botellas de whisky. Pero en esta ocasión no esperaron el amanecer para marcharse pues alguna sorpresa desagradable podría surgir en las siguientes horas. Estuvieron de acuerdo en que si las grabaciones salían a la luz pública el presidente electo estaría en serias dificultades para cumplir con la palabra empeñada.

CAPITULO 11

Pallomari habló más de la cuenta

A comienzos de 1990, cuatro años después de trabajar en Drogas la Rebaja, Gilberto contrató a Guillermo Pallomari para que manejara su contabilidad privada. De esta manera reconoció los conocimientos del chileno, que había sistematizado la cadena de farmacias. Una vez asumió sus funciones le pusieron el apodo de 'Reagan', por su altura y notable parecido con el expresidente de Estados Unidos, Ronald Reagan.

Pallomari se ganó muy pronto la confianza de los Rodríguez por su buen trato, don de gentes y conocimientos en sistemas, contabilidad y finanzas y por ello pasó a laborar en otras empresas de la familia Rodríguez. En poco tiempo ya formaba parte de varias juntas directivas y adquirió tal importancia e influencia que Miguel se lo llevó a trabajar con él en asuntos muy delicados, como el registro de los dineros que enviaban a las campañas políticas, así como los sobornos a militares, policías y organismos de seguridad.

Recuerdo que algunos escoltas de Gilberto desconfiaban de Pallomari y decían que se trataba de "un bobo con la cara muy bien administrada", aunque debo reconocer que tenía apariencia de hombre confiable y por eso él y su linda esposa Patricia Cardona llegaron a ser los únicos invitados a algunas de nuestras cenas privadas. El chileno reflejaba ser una persona buena, de esas educadas con altos principios morales y su mujer el perfecto complemento: una rubia callada, amable, simpática, de sonrisa tímida y serena.

No obstante, Pallomari empezó a mostrar su verdadera cara pocas semanas después de que Miguel lo llevó a trabajar a su lado, pese a que Gilberto no estuvo muy de acuerdo. Según me contaban los escoltas, se le subió el poder a la cabeza y en plena guerra con Escobar iba a algunos lugares de Cali donde interrogaban a los detenidos y además de patearlos participaba de las torturas.

Mi padre debió enfrentarse a Pallomari en la junta directiva de Plásticos Cóndor y se convirtió en su enemigo por defender una decisión, pero Gilberto intervino a favor de su suegro e increpó fuertemente al contador. Y a mí, la esposa del dueño, me sacó de una junta por atreverme a confrontarlo delante de los demás; dijo que el amor y los negocios debían tomar caminos diferentes.

Pero el enorme andamiaje de poder y corrupción montado por Pallomari para los Rodríguez se vino abajo el 8 de julio de 1994, cuando el Bloque de Búsqueda del Ejército y la Fiscalía allanaron sus oficinas en el edificio Siglo XXI en Cali y

decomisaron gran cantidad de información y documentos comprometedores.

Gilberto se puso furioso cuando le contaron que los secretos de tantos años habían caído en manos de la Fiscalía, pese a que Pallomari supo con dos horas de anticipación sobre el desarrollo del operativo; no obstante y de manera inexplicable, no cumplió la vieja instrucción de llevar los documentos a una oficina segura situada en el edificio del frente.

Las cosas se complicaron aún más cuando llegó un abogado y le contó a Gilberto que durante el interrogatorio en la Fiscalía Pallomari asumió una actitud incomprensible y se puso a hablar y hablar en forma desaforada y reveló verdades que de seguro pondrían en serios problemas penales a los Rodríguez y a decenas de personas que se beneficiaron con su dinero.

El abogado agregó que llegó al extremo de golpear los pies de Pallomari por debajo de la mesa, pero lejos de lograr que callara siguió develando los secretos del cartel de Cali. El delirio del contador llegó a tal extremo que incluso respondió preguntas que ni siquiera le habían formulado.

Gilberto se salió de casillas y renegó varias veces porque ya le había advertido a su hermano Miguel que eso podía suceder pues desde hacía un tiempo le venía perdiendo la confianza. No ocultaba cierta molestia porque su hermano —que tenía fama de pagar mejores salarios— había sonsacado a su contador privado.

Cuando la desconfianza hizo mella y ya se convirtió en bronca, Gilberto llegó a expresar que si no fuera porque la Fiscalía estaba encima 'Reagan' ya no estaría vivo. Era tal el estado de suspicacia en torno a Pallomari que en dos ocasiones Miguel recibió informes en el sentido de que este era informante de la CIA, pero las desestimó de tajo.

Pese a esta situación, los Rodríguez se vieron forzados a mover cielo y tierra en un intento por frenar la avalancha que se veía encima porque Pallomari acababa de ser encarcelado y la Fiscalía tenía en sus manos una verdadera bomba. Las artimañas funcionaron porque los abogados lograron liberar a Pallomari al día siguiente y que durante meses los documentos decomisados en el edificio quedaran engavetados, es decir, sin trámite alguno en una Fiscalía de la ciudad.

Tras la detención de Gilberto en junio de 1995 y la de Miguel en agosto siguiente, 'Reagan' se convirtió en una piedra en el zapato para el cartel porque

era depositario de información sensible sobre el manejo financiero de las empresas de los Rodríguez. Pero no solo eso: él conocía mejor que nadie la contabilidad parcial de los negocios ilícitos de Gilberto, así como el ingreso de ese dinero a las compañías legales del grupo. Solo en ese momento los hermanos cayeron en cuenta de que Pallomari había acumulado tanto poder que una sola llamada suya a los bancos hacía posible cualquier transacción.

Con los capos tras las rejas, Pallomari quedó bajo el mando de William Rodríguez, mucho menos sutil en el trato que Miguel, su padre, y su tío. El sucesor tenía claro que en su corta detención el chileno había demostrado que no era discreto y mucho menos confiable y por ello empezó a relegarlo.

'Reagan' entendió su situación y de un momento a otro se encerró con su señora y sus hijos en su apartamento de la Unidad Residencial Multicentro. Nadie como él sabía que los Rodríguez no tenían peros para mandar a aniquilar a los suyos al primer error.

Muchas cosas debieron pasar por la cabeza de Pallomari, que de repente desapareció y los Rodríguez supieron horas después que había viajado a Bogotá con su familia y al parecer estaba en acercamientos con la DEA.

Pero como la ambición rompe el saco, 'Reagan' hizo devolver a su esposa a Cali a buscar varios títulos valores que habían quedado guardados en la oficina cercana al edificio siglo XXI, a la que no quiso trasladar los documentos el día del allanamiento. Esos CDT eran el ahorro de una década de trabajo con el cartel de Cali.

Pallomari olvidó que los lugares que él frecuentaba eran vigilados y ese error le costó caro porque Patricia y uno de sus empleados de confianza fueron atrapados cerca al Hotel Intercontinental de Cali. Según supe poco después, porque yo estaba detenida en la cárcel el Buen Pastor, permanecieron retenidos varios días para presionar a Pallomari a devolverse. De nada sirvió porque el contador chileno prefirió a los estadounidenses y se fue con sus hijos, al tiempo que dejó a su esposa en manos de hombres sin compasión.

Ahora, cuando recopilaba datos para este escrito, alias 'Checho' y otros escoltas de la época me contaron que el cuerpo de Patricia fue enterrado por la Buitrera, una zona rural a menos de cinco minutos de Cali, por una carretera que parte al frente del centro comercial Unicentro.

CAPITULO 12

Una nueva guerra

Cuando se es la cabeza, cuando se tiene el poder, es muy fácil aglutinar a la gente a su alrededor. Pero cuando se va cuesta abajo, cuando ya no se necesita su protección porque el principal enemigo ha desaparecido, cuando el negocio fluye para los demás porque el centro de atención de las autoridades es usted, cuando eso pasa, es porque usted ya no es importante, usted ya no es el jefe, su opinión ya no cuenta.

Eso les pasó a los hermanos Rodríguez Orejuela, los todopoderosos jefes del cartel de Cali durante dos décadas.

Por cuenta de la guerra con Escobar, que los distrajo de su negocio y por cuenta de la persecución que sobrevino, que los puso a correr, Miguel y Gilberto dejaron prácticamente de traficar y durante un tiempo dependieron de que algún mafioso solidario los invitara a participar en un cargamento. Ya detenidos seguramente volvieron a sus andanzas y por eso los extraditaron, pero debió ser algo marginal porque lo que yo percibía y lo que me contaban era que ellos estaban de capa caída en el complejo mundo delincuencial y del narcotráfico.

Pero claro, Gilberto estaba lejos de la ruina. En muchas ocasiones me dijo que tenía tanto dinero que ya no sabía cuánto era y que si sus hijos, nietos y bisnietos se dedicaban a dilapidar su fortuna era imposible que se les acabara.

Él mismo debió darse cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor porque lo que pensaba en ese momento quedó plasmado en una carta que envió al diario *El Tiempo*. Aunque las autoridades no le creyeron yo sí porque veía el declive. "Pienso, con todo respeto, que a la opinión pública no se le puede seguir engañando con informes falsos de inteligencia o con declaraciones apresuradas; que hay un cartel que todo lo puede, que todo lo hace y que está gobernado por mí. Nada más falso y tendencioso que esta afirmación".

Era cierto, ya no gobernaba nada y hasta su propia familia empezaba a salirse de sus manos. Y en el peor momento, pues con la muerte de Pablo las autoridades se habían enfocado en el cartel de Cali porque en teoría quedaba sin rival en el tráfico de cocaína y al mando único de la mafia colombiana.

Como siempre ocurría en momentos difíciles, Gilberto encontró una luz al final del túnel. Por eso se le ocurrió que podía convencer a Estados Unidos y al gobierno colombiano de que era posible acabar los despachos de droga desde el suroccidente del país y además entregar dinero y algunos bienes a cambio de

legalizar la situación jurídica de los narcos de la zona. Quienes tuvieran cuentas pendientes con la justicia responderían, pero con condenas razonables y en cárceles colombianas, y quienes no, podrían dedicarse a construir empresa en libertad.

Lo vi muy ilusionado con la idea porque ya había abonado el terreno con el fiscal De Greiff y empezaba a moverse con habilidad ante influyentes medios de comunicación, como la revista *Time*.

Gilberto pensó que todos los narcos estarían de acuerdo, que habrían aprendido la lección de no enfrentarse al Estado y por eso citó a una gran cumbre con los principales capos del Valle del Cauca. Todos asistieron: Orlando Henao, Jaime Fernández, Juan Carlos Ramírez Abadía, alias 'Chupeta'; Juan Carlos Ortiz, alias 'Cuchilla'; Efraín Hernández y la crema y nata de la mafia. Cumplieron la cita porque al fin y al cabo eran 'los viejos' y valía la pena escucharlos.

No obstante, a la mayoría les pareció absurdo, risible el planteamiento. Y fueron ofensivos. Dijeron que ellos no eran como los trabajadores de los Rodríguez, bandiditos de a peso que se conformaban con un millón de pesos cuando su gente iba en las vueltas y ganaba de a millón, pero de dólares.

'Don Efra' preguntó por qué razón él estaba en boca de mucha gente si a él no lo conocía nadie y refirió el rumor que estaba circulando en el sentido de que los Rodríguez eran 'sapos camuflados' que aprovechaban los contactos que consiguieron en la guerra contra Pablo y estaban moviendo a su antojo las fichas del ajedrez de la justicia.

Y es que los narcos del norte del Valle, más jóvenes, se habían acostumbrado a derrochar dinero y placeres sin límite, sin ataduras, sin empresas, simplemente con montones de efectivo encaletados; además, vivían de cabalgata en cabalgata, de rumba en rumba, mientras los de Cali eran esclavos del escritorio, del poder, de que la gente les rindiera pleitesía.

Los del norte ya estaban en la cúspide del negocio mientras los Rodríguez, sobre todo, habían quedado a la vera del camino y cuesta abajo. La cumbre terminó tan mal que Gilberto no pudo siquiera terminar de explicar lo que se proponía y llegó a la casa molesto, sorprendido y decepcionado, sin comprender por qué el resultado tan adverso. Se sumió en una depresión tan fuerte que mis cuidados y la amitriptilina no lograron subirle el ánimo.

Por buscar la paz en sus últimos años de vida, con una estrategia que los librara de la extradición, lo que hicieron fue encubar una nueva guerra que muy pronto habría de tocar a sus puertas. Tal vez el que nos capturaran y permanecer en la cárcel fue una tabla de salvación.

José 'Chepe' Santacruz fue el primero en caer en este nuevo juego de poder en el que estaban entrando. Lo habían capturado el 4 de julio de 1995 y seis meses después, el 11 de enero de 1996, traicionó a Gilberto y a Miguel al usar la ruta de escape que ellos tenían planeada en La Picota y que le compartieron solo por la confianza que dan años de enfrentar al mismo enemigo como socios y aliados.

'Chepe' le tenía pánico a la prisión y por eso los Rodríguez no lograron convencerlo de que se entregara. Cuando el Bloque de Búsqueda lo localizó en Bogotá fue llevado a La Picota, donde pasó días agradables con sus amigos y recibía visitas, jugaba, estudiaba, tenía chef privado y comía como un rey.

Pero como los capos temían la extradición, los Rodríguez, previsivos como siempre, urdieron el novedoso plan de escape que 'Chepe', con la ayuda externa de 'Pacho' Herrera, usó para huir solo y dejarlos sin puerta de salida y con nuevas y drásticas medidas de seguridad que hacían ya muy difícil cualquier nueva maniobra. 'Chepe' desmontó el pesado vidrio del cubículo donde la Fiscalía realizaba las diligencias judiciales con los procesados y se fue en un vehículo oficial que tenía los vidrios polarizados. En otras palabras, develó la estrategia de los Rodríguez y ellos no lo perdonarían.

Estar en libertad no resultó tan buena idea porque una cosa era huir de la justicia con el apoyo de sus amigos y otra estar en la calle con una jauría encima. Por eso buscó aliarse con un grupo que le brindara protección a cambio de dinero, sin importar si eran guerrilleros o paramilitares. En ese afán contactó a Carlos Castaño, con quien acordó reunirse en Medellín. Lo demás es historia. 'Chepe' apareció muerto el 6 de marzo de 1996 en confusos hechos que no logré entender.

'Chepe' Santacruz me caía realmente bien. Era dicharachero y divertido, se reía por todo, era afectivo y respetuoso conmigo. Me tenía un gran cariño y me dio tristeza su muerte, a pesar de que traicionó a sus amigos.

Se hizo famoso porque construyó una réplica exacta del Club Colombia y la convirtió en su casa en el barrio Ciudad Jardín, en protesta a las altas esferas sociales de la ciudad que le negaron el acceso a ese exclusivo club porque no

cumplía los requisitos, que no dependían solamente del dinero sino de su currículum familiar y empresarial.

Sus extravagancias lo llevaron a construir centros comerciales, en sociedad con personas del mismo círculo social que lo rechazó, para darse el gusto de que le compraran a él; construyó un edificio en el que montó un almacén para niños tan grande y surtido que nadie resistía la tentación de visitarlo. El negocio se incendió al parecer en forma 'accidental', como muchas propiedades del cartel de Cali, entre ellas las primeras droguerías de los Rodríguez, por las que cobraron seguros.

Era el hombre de las viudas. Decían que no perdonaba una. Apenas moría un narcotraficante, él llegaba con su risa y su galantería a conquistarlas. Su argumento era que ellas caían fácilmente porque estaban acostumbradas al derroche y los lujos y necesitaban quién supliera el hueco financiero que dejaba el marido muerto.

Y funcionaba. Tenía muchas amantes, encerradas en castillos de cristal, de los cuales no podían salir sin su permiso, ni siquiera a visitar a sus parientes porque les daba una golpiza. Con él, firmaban una sentencia de soledad: visitas esporádicas a cambio de un dinero que no alcanzaban a disfrutar.

Era grande y carismático pero no guapo, y padecía una enfermedad en la piel que lo obligaba a usar siempre camisas de manga larga para que no lo vieran.

El primero de los cuatro capos del cartel de Cali había caído y tres meses después, el 24 de mayo de 1996, por primera vez, habrían de sacudirse los cimientos de la familia Rodríguez Orejuela. Nunca antes, ni en los peores momentos de la guerra con Pablo, ninguno de sus integrantes había sido herido o muerto. De ahí el impacto que sintieron ese día cuando se enteraron en La Picota de que William, el hijo mayor de Miguel, había resultado herido de gravedad en un atentado en el restaurante Rodizio Río de Janeiro, donde almorzaba con Óscar Echeverry —hermano de Martha Lucía, ex señorita Colombia y esposa de Miguel — y su jefe de seguridad, alias 'Niko', quienes murieron con otras cuatro personas más en la incursión armada. En realidad William se salvó porque 'Niko' se lanzó a protegerlo con su cuerpo apenas empezó el ataque.

Miguel Rodríguez había conocido a 'Niko' algunos años atrás en una discoteca de Cali, donde cada uno departía en mesas distintas. El escolta estaba con su novia —una de las más lindas modelos de Colombia de la época y cuyo nombre

es mejor no mencionar ahora— y algunos amigos. Miguel les envió una botella de whisky y les preguntó si podía compartir la mesa. Esa noche empezó una larga amistad y relación laboral que habría de terminar trágicamente.

En el momento del atentado yo estaba en la cárcel el Buen Pastor de Cali y recibí el encargo de darle la noticia a Rafaela —una de las hermanas de Gilberto y Miguel—, quien estaba detenida junto a mí y por aquellos días se encontraba muy enferma.

Fue el peor golpe recibido por la familia, que nunca esperó algo semejante. Y puso en evidencia lo vulnerable que estaba ante los nuevos poderes que habían surgido en la mafia tras la detención de los dos hermanos.

Lo que ocurrió ese día fue tan grave que por proteger a los suyos Miguel olvidó los protocolos de seguridad y al día siguiente llamó por teléfono a 'Pacho' Herrera —quien aún seguía en libertad— para pedirle que intercediera ante el que llamó 'hombre del overol' porque temía más ataques contra su familia. En esa conversación, cuyo contenido habría de conocerse poco después, Miguel llegó a decir que los nuevos capos del norte del Valle eran peores que Pablo Escobar.

Tras el atentado, las autoridades presionaron a Miguel Rodríguez para que revelara quiénes eran los autores del atentado contra su hijo William y que les costó la vida a seis personas. Acorralado, a Miguel solo se le ocurrió culpar a Orlando Sánchez Cristancho, conocido como 'el Caballista', a quien de esa manera le cobró una vieja deuda que no había olvidado.

La historia es que un par de años atrás Miguel había sentenciado a muerte a los dos hermanos Sánchez Cristancho porque uno de ellos, Jairo, había asesinado en una discoteca a un viejo amigo que acababa de llegar al país a visitarlo y a pagarle una cuantiosa cantidad de dinero.

Pero los dos hermanos se salvaron porque yo intercedí ante Gilberto a petición de mi amiga Sarah, que se veía desesperada porque había reanudado su relación amorosa con Orlando y temía perderlo, pues ya Miguel había dado la orden de matarlos. Lo logré después de hablar con Gilberto y convencerlo de recibir a Orlando, que quería explicar lo sucedido y además se comprometería a pagar la deuda pendiente del asesinado amigo de Miguel.

El resultado del encuentro fue inesperado porque aunque Miguel no quedó

muy convencido de perdonarles la vida a los Sánchez Cristancho, él y Gilberto hicieron una jugada a tres bandas: Orlando y Jairo trabajarían a partir de ese momento con ellos, Orlando respondería por el dinero pendiente y además dejaría a su patrón, Jesús Amado Sarria —esposo de Elizabeth Montoya, 'La monita retrechera'—, porque los Rodríguez le tenían mucha desconfianza.

Ese día empezó una amistad que nos llevó a ser los padrinos de la bebé que nació del romance de Sarah y Orlando y los invitamos a cada reunión, a los partidos de fútbol y a los paseos. Agradecido, Orlando me regaló a Bautista, un caballo hermosísimo que habría de quedar bajo el cuidado de mi amiga mientras estuve en la cárcel.

A Orlando Sánchez Cristancho fue a quien Miguel —para evitar más conflictos con Orlando Henao Montoya— acusó del ataque en el que casi pierde la vida su hijo y le puso, de manera errada, el título de 'el overol'. Esa equivocación puso a Orlando en la mira de las autoridades y de paso recrudecería la guerra.

Entonces Orlando —uno de los pocos que apoyó a los Rodríguez en sus negocios mientras estaban en la cárcel y los hizo partícipes de sus 'vueltas'—, decidió que la única manera de sobrevivir era acercarse a la DEA y convertirse en testigo protegido. Así fue y de un momento a otro supimos que se había ido a Estados Unidos; tiempo después lo hizo su familia entera.

Más de un año después, el 30 de septiembre de 1997, Orlando Henao Montoya se entregó a la Fiscalía y dejó a cargo de su organización a dos de las personas de mayor confianza y compadres entre sí: Nazario Gómez y Wilber Alirio Varela, 'Jabón'.

Mientras tanto, yo continuaba en la cárcel, pero desde allí y a través de Aldemar, el principal canal de comunicación con Gilberto, me mantenía al tanto de todo.

De esa manera, en la mañana del 22 de noviembre de 1997 supe que varios hombres atacaron a alias 'Jabón' en la vía al aeropuerto de Palmaseca. La noticia no fue registrada por ningún medio de comunicación porque él no era conocido hasta ese momento, aunque en el reducido mundo de la mafia se sabía que se trataba de un expolicía que iba en ascenso y por esos días se desempeñaba como jefe militar del cartel del norte mientras Orlando Henao estaba recluido en la Cárcel Modelo en Bogotá.

Recordé que la primera vez que escuché hablar de él fue por un pedido de auxilio de unos amigos, en 1993. Pese a que debíamos permanecer escondidos buena parte del tiempo, en ocasiones Gilberto se las arreglaba e íbamos a un restaurante típico en las afueras de la ciudad, donde la comida era deliciosa, siempre había músicos y el ambiente era acogedor.

A uno de los dueños del lugar yo lo había conocido desde cuando jugaba *raquetball* y *squash* en el Club Cañasgordas y se había casado con alguien cercano a mi familia. Con el producto de su esfuerzo y su trabajo estaban construyendo su casa en un lugar campestre, muy bonito, pero con tan buen gusto que llamó la atención de un bandido, Wilber Varela, alias 'Jabón', quien los forzó a salir de su propiedad y se adueñó de ella, a las malas.

Como siempre, acudí a Gilberto, quien se indignó porque ya sabía del historial de atropellos cometido por 'Jabón', el lugarteniente de Orlando Henao, que mostraba con claridad su inclinación a pasar por encima de las personas, sin distinción y con el uso de las armas y la fuerza bruta. El asunto fue resuelto con una llamada a Orlando, quien ordenó devolverles la propiedad.

Una vez resuelto el incidente, Gilberto me contó que llegó al extremo de pedirle permiso a Henao para matar a 'Jabón' pero no lo obtuvo. Lo que sí ganó fue un nuevo enemigo, muy peligroso.

Bueno, lo cierto es que Varela sobrevivió al atentado, pero quedó con secuelas en su estómago, donde recibió varios impactos de bala.

Era sábado y 'Jabón' acababa de reunirse con 'Pacho' Herrera en la cárcel de Palmira —donde estaba recluido desde que se sometió a la Justicia en septiembre de 1996— y estuvieron de acuerdo en cesar las hostilidades que se habían iniciado en la reunión de capos organizada por los Rodríguez años atrás y se habían recrudecido con el atentado a William. A pesar de que 'Pacho' intentó mantenerse al margen, la filtración de sus conversaciones con Miguel y la sola probabilidad de que continuara aliado a ellos por lealtad, lo hizo parte de esa nueva guerra.

'Pacho' explicó luego que se olvidó de avisarles a sus hermanos sobre el pacto con 'Jabón' y que Juan Carlos, uno de sus hombres de confianza, coordinó el atentado, que resultó fallido.

Con 'Jabón' en las calles buscando venganza, los Rodríguez recibieron

información confiable —provenía de varios de sus hombres que todavía manejaban equipos de inteligencia de los usados contra Pablo— en el sentido de que había puesto en marcha un plan para asesinar a Herrera en la cárcel.

No obstante los datos tan precisos enviados por Gilberto, 'Pacho' desestimó la advertencia de su socio y amigo y minimizó el poder de 'Jabón': "Pobre, huevón, ese pobre hijueputa que no me da ni en los tobillos... ese es un gamín. Qué me va a venir a hacer eso, conmigo no puede".

Pero pudo. A las ocho de la mañana del 5 de noviembre de 1998, 'Pacho' preparaba el partido de fútbol que tendría lugar una hora después en la cancha de la cárcel. Encargó sopa de cuchuco, la que más le gustaba, cocinada por su madre, y cachamas y tilapias gigantescas de la mejor calidad que traían de su finca.

El asesino se hizo pasar por abogado de uno de los presos y no tuvo inconveniente en encontrar escondida en un baño el arma de carbono de fabricación alemana con la que atacó a 'Pacho' por la espalda.

Lo más triste de este episodio es que la mayoría de quienes rodeaban a 'Pacho', que quedó malherido en el campo de juego, salieron corriendo a saquear su celda, donde guardaba una buena cantidad de diamantes, joyas y dólares que utilizaba para sobornar a los guardianes o para venderles a otros reclusos, como 'Chupeta', que se había vuelto cliente y pagaba de contado.

Solo uno de los empleados de 'Pacho' fue leal y lo llevó hasta la enfermería, de donde lo trasladaron al hospital de Palmira, pero llegó sin vida. Pero más triste aun es el hecho de que 'Pacho' no tenía siquiera un lote comprado en el cementerio, por lo que la velación fue corta y custodiada por las autoridades.

Elmer Herrera Buitrago era un hombre calmado, hasta donde lo pude conocer, que no fue mucho. Solamente le interesaban sus negocios, su familia, sus muchachos y el fútbol, su mayor pasión.

De él decían muchas cosas, pero básicamente y es de dominio popular, que sus afectos no estaban con el género femenino, aunque, lo digo con respeto, era un hombre muy guapo, de sonrisa franca y amable.

A 'don Pacho', pues hasta Gilberto le ponía el 'don' casi siempre que lo mencionaba, lo vi unas pocas veces. Una de ellas fue en una reunión con Gilberto, Miguel, 'Chepe', él y sus hermanos en una finca suya y yo fui la única

'infiltrada', pues al parecer no debían asistir mujeres o intrusos. Recuerdo que llevaron un hombre que comía vidrio y latas, se clavaba agujas que sacaba por otro lado de su cuerpo, así como armas cortopunzantes. Fue divertido, pero impactante.

A pesar de que nunca asistía a fiestas, en otra de sus haciendas organizó la fiesta de cumpleaños de Gilberto. El pasillo que rodeaba la casa principal era muy amplio y en la parte de atrás el espacio era suficiente para poner mesas y tarima. Contrataron las mejores orquestas y varios cuentachistes de la televisión. Yo estaba recién operada del tabique y los cornetes y como la reunión fue al sereno y hasta el día siguiente, con champaña y exquisiteces, el efecto en mi salud fue desastroso. Recuerdo que la otorrinolaringóloga inquiría acerca de si yo consumía drogas, pues mi reacción alérgica estropeó la cirugía. Le costaba creer que era una reacción alérgica extrema, hasta que con el tiempo comprobó cómo reaccionaba mi sinusitis al licor y al aire frío.

La fiesta fue de las mejores y se notaban el afecto y el respeto que 'Pacho' le tenía a Gilberto. De hecho, fue el único que lo apoyó cuando planteó la entrega a la justicia y fue tan seria su decisión que después de nuestra captura fue el único de los otros jefes del cartel que se entregó voluntariamente a la Fiscalía.

Gilberto también me decía que de los cuatro socios 'Pacho' era el que tenía más dinero y el perfil más bajo. Ya he narrado en otra parte de este libro los motivos del inicio de la guerra entre los carteles de Cali y Medellín, pero hasta donde sé el afecto y el respeto entre estos dos hombres era sincero.

Pero como en la mafia todo se resuelve ojo por ojo diente por diente, una semana después del asesinato de 'Pacho', su hermano medio, José Manuel, quien estaba lisiado y en silla de ruedas, mató a tiros en la cárcel Modelo de Bogotá a Orlando Henao Montoya, el verdadero 'hombre del overol', el jefe del cartel del norte del Valle.

Pero esa no fue la única retaliación por la muerte de 'Pacho' Herrera. El homicida, varios funcionarios y guardianes de la cárcel cayeron a manos de sicarios poco después. En menos de un año no quedó uno solo de los que de alguna manera se prestaron para que Varela cobrara venganza.

Con la guerra en su punto más alto y con 'Jabón' como nuevo capo del norte del Valle, la familia de 'Pacho' Herrera salió en desbandada de Cali hacia otros

lugares del país. Gilberto y Miguel, por su parte, fortalecieron los esquemas de seguridad en torno a su numerosa familia.

Dicen que el mundo es un pañuelo. Nada más cierto. Pero también la vida da muchas vueltas y no tardaría en entender muchas cosas que no comprendí cuando la guerra estaba en plena ebullición.

Cuando salí de la cárcel a finales de 1999, conocí a Alejandro, quien sería padre de mis hijos; era economista, hijo de un reconocido empresario de pollos de Cali que nació en cuna de oro y creció en medio de la abundancia, con Mercedes Benz en el patio de su casa y conductor desde muy niño.

Además de practicar con éxito el tiro y la caza, era reservista del Ejército, pero no pudo ascender al grado de mayor porque debimos huir hacia Medellín de algunos bandidos con los que hizo negocios y estuvieron a punto de matarnos por robarle una costosa colección de armas que guardaba en una caja fuerte del tamaño de una nevera familiar.

Tenía la pinta, el dinero y las armas y sabía disparar muy bien. Cuando era apenas un muchacho tuvo un escolta, Nazario, que después trabajó con Orlando Henao y fue jefe de Varela cuando este era apenas un guardaespalda.

Nazario era mucho más sensato que 'Jabón', su freno, su conciencia, pero fue asesinado por él tras la muerte de Orlando Henao. De esta manera 'Jabón' se quitó de encima a Nazario, que siempre estuvo en desacuerdo con sus salvajes procedimientos.

Pocos días después del asesinato de Nazario me contaron que Orlando Henao le ordenó realizar el ataque contra William Rodríguez y para hacerlo contrató a dos de sus hermanos para integrar el grupo de sicarios.

Finalmente, en 2008 Varela fue asesinado en Venezuela por sus propios hombres, los hermanos Comba, quienes lo sacaron del camino para quedar a la cabeza de esa organización delictiva.

CAPÍTULO 13

El poder es para poder

De reinas y farándula

¿Qué puedo decir, si fui reina? Simplemente, la verdad de lo que vi y de lo que viví.

Es un mundo mágico, de cuentos de hadas, sobre todo en los momentos en los cuales vas en una carroza o por una pasarela y el público te ovaciona y percibes su admiración y afecto. Hasta allí hubiera sido una defensora acérrima de los reinados, porque el mío fue hermoso, porque me eligieron sin influencias, sin manipulaciones, sin pedir nada a cambio.

Caminaba por mi segundo hogar, porque eso era el Club Cañasgordas para mí en esa época, mi refugio. Me encantaba ir en las tardes, al salir del colegio; o luego, cuando trabajaba de día y estudiaba en las noches, me salía de las clases aburridas de la universidad o las que consideraba demasiado fáciles, como matemáticas, que gracias a Dios era uno de mis fuertes y me iba a jugar *squash* o *raquetball*, o simplemente a ver jugar, a cambiar de ambiente y a ser feliz, o me sentaba en un kiosko, bajo el pequeño techo de paja, a escribir proyectos de poemas.

Fue allí donde un día me invitaron a la Corporación de Turismo del Valle del Cauca y me propusieron participar en el reinado de Señorita Cali, para luego elegirme por decreto representante de mi departamento al Reinado del Turismo.

Ya tenía mi banda y nombramiento, cuando conocí a Gilberto. De hecho, el senador no me presentó como agente de seguros sino como la reina que vendía seguros.

Pero sí me apoyó, sin duda, de manera clara y sin misterios. Me patrocinó en medio de su plan de conquista, con sus empresas, al punto de que la Corporación de Turismo le envió un par de tarjetas agradeciéndole. Tuve el mejor diseñador de trajes de reinas del país, Alfredo Barraza; la mejor profesora de pasarela y maquillaje, María Mónica Urbina; y la preparadora de reinas, para fogueo periodístico y etiqueta, Betty Arregocés.

Menciono sus nombres porque en ese entonces yo no era la mujer del narco, era una niña incursionando en un mundo que ellos manejaban a la perfección. Aprendí y fui preparada con los trajes más bellos, con los afiches pegados en cada rincón de Girardot y con una comitiva de gente linda que me quería, incluyendo,

claro está, los enviados por Gilberto para acompañarme.

Qué lejos estaba de imaginar que ya había caído en las reglas de su juego. Con su amigo Santiago Medina en el jurado —impuesto por él, por supuesto, pues manejaba los hilos políticos de esa ciudad—, pero no para ayudarme a ganar, sino por el contrario, para evitarlo. Tanto es así que cuando me llamaron a la tarima elegida como Princesa, los padres de la ganadora exclamaron, y así salió publicado en *El Tiempo:* "Esa era a la que yo temía, ya ganamos".

Y no lo digo por soberbia, tenía un cuerpo armonioso, que ya es parte de mis recuerdos, heredado de mi madre, con una cintura que lucía los trajes a la perfección y la gente me clamaba como soberana. Nadie comprendía lo sucedido, pero eso suele pasar en los reinados, solo que en este caso la larga mano de Gilberto había cambiado el rumbo de las cosas. Como muchas veces.

Obtuvo lo suyo, quedó como un príncipe, me apoyó incondicionalmente y luego me consoló, mientras descansaba porque su novia ya no seguiría en ese mundo que él conocía tan bien.

Y es que ese mismo año, un par de meses después y apenas pasado el reinado nacional de la belleza en Cartagena, organizó una fiesta en la 500, la casa campestre, con piscina y arroyo atravesando el jardín.

Las mesas fueron ocupadas por políticos, empresarios y narcos, mientras el ochenta por ciento de las reinas departamentales que acababan de llegar de Cartagena desfilaron pasando por el pequeño puente y entre los comensales y al final se sentaron junto a uno y otro.

Fue toda una sorpresa para mí, pero ese año apenas empezaba a ver el ambiente enrarecido que nos rodeaba.

Era diciembre, feria de Cali. En el hotel intercontinental los Rodríguez ejercían como dueños y señores y organizaron fiesta en una de las *suites.* Estaba con Gilberto, pero fui a cambiarme a la casa, pues empezaron a llegar los invitados muy bien vestidos. De regreso, cuando pretendía subir al ascensor, me detuvo 'Maduro', el botones, una institución en el hotel desde que Cali tiene memoria, y me invitó a esperar junto al ascensor donde, justo en ese momento, subían unas ocho jovencitas en minifalda y con escotes pronunciados. Esperé el siguiente ascensor porque este se llenó, luego de que el botones tomó el teléfono del pasillo y

marcó a la *suite*, donde le dieron la autorización para dejarme seguir.

Al llegar al piso, vi delante de mí, como en fila, cuando las muchachitas ingresaban por la puerta hacia la que yo me dirigía. Fue fatal. Ingenua, no comprendí lo que pasaba cuando entré detrás de ellas, casi al final de la fila. Eran las prostitutas contratadas por Gilberto para complacer a sus amigos y yo aparecía cerrando el grupo. Siempre le reproché ese episodio, pero él solamente reía. Pasaron más cosas esa noche, para recordar por siempre y vale la pena contarlas.

No fue agradable ver entrar las prostitutas, aún sin tener conciencia de que lo eran, pero eran mujeres jóvenes llegando a la fiesta privada que organizaba mi marido.

Cuando entré a la amplia *suite* él estaba sentado en la mesa con su hermano y varios amigos, que les dieron la bienvenida a las mujeres contratadas para ellos. Pero junto a Gilberto, muy pegadita, coqueteándole de manera directa y sin tapujos, con una minifalda diminuta, estaba una de las actrices y modelos más codiciadas del país, por su cuerpo, por su carisma y hoy todavía por su eterna juventud.

Era imposible que no se me revolcara el corazón en el pecho. Pero de manera respetuosa y directa, Gilberto le dijo que lo disculpara, pero que había llegado su señora y la invitó a hacerse en otra silla, al lado de uno de los directivos del América de Cali, un hombre guapo e interesante. Cuando la veo en televisión no puedo evitar recordar ese momento.

* * *

Damas de compañía

Un peluquero, hermano de una conocida modelo de la ciudad, llamó a mi casa una mañana para ofrecerme un contrato en México. Yo podía ser reina y había participado en varios desfiles, pero se me hizo extraña la oferta porque yo era relativamente nueva en ese medio y no tenía mucha experiencia; además, era desconfiada y temerosa, y sobre todo no me consideraba capacitada para un contrato de tan alto nivel. Respondí que nunca había salido del país y que tal vez no me darían permiso mis padres.

No recuerdo si fue esa misma tarde o al día siguiente, pero Gilberto llamó y tras un corto saludo me preguntó si yo conocía al estilista. Le conté que apenas si me lo habían presentado y que me buscó para proponerme trabajo modelando en México.

Se puso furioso. Me contó que algunos amigos mexicanos estaban de visita y que justamente un peluquero les estaba ofreciendo un grupo de reinas como 'acompañantes' y entre ellas estaba yo. No sé cómo se enteró pero lo cierto es que me quitó un gran problema de encima. Él se las arreglaba para estar enterado de todo. Fue otra persona que no duró mucho tiempo con vida, pero nunca pude averiguar qué le pasó.

* * *

La reina mentirosa

La conocí en la Corporación de Turismo del Valle del Cauca, Cortuvalle, entidad que me nombró reina. Ella había recibido otro título, para uno de tantos concursos de belleza que se realizan en Colombia.

Se llamaba Olga y no era muy linda, pero hablaba lo suficiente, como para que nadie se fijara en otros detalles. Se ufanaba de ser la novia de Gilberto y yo solo la escuchaba, sin mencionar mi relación, todavía insegura de cómo manejar el asunto.

Lo primero que hice fue preguntarle a él, pero respondió que ni siquiera la conocía. No me convenció, así que acordamos una manera de demostrarlo.

Ese sábado en la mañana la llamé para visitarla y dijo que me esperaría aunque estaba recién operada porque su 'maridito' —Gilberto— le había mandado a hacer todo lo necesario para estar linda en el reinado. La rabia me carcomía por dentro al escucharla porque uno de los dos era un perfecto mentiroso.

Llegué y la encontré en cama y con la visita de su mejor amiga y dos muchachos, uno de los cuales intentaba venderle un dije en oro con forma de grano de café y con un grano de mostaza incrustado, supuestamente para la buena suerte.

Estaban idiotizados escuchando cómo hablaba de Gilberto, que la había venido a cuidar un rato, que fueron el fin de semana a pasear en yate antes de su cirugía, que su hijito André la quería mucho también. Lo peor es que era muy, pero muy convincente de su relación con él.

Mientras tanto, yo esperaba, con la certeza de que Gilberto no aparecería. Estaba que estallaba y salía corriendo, cuando, por fin, sonó el timbre de la puerta. El corazón golpeaba fuertemente y me ofrecí para abrir la puerta. Era él. Me dio un beso y un abrazo, que sentí como un bálsamo para mis celos y mi molestia.

Entramos al cuarto abrazados y los dos hombres que estaban allí brincaron de sus sillas a saludarlo con miles de reverencias. Suponían que estaba allá por su mujer, y así era, pero no por Olga, sino por mí. Se acercó a ella, con la mano estirada, y dijo: "Hola, mucho gusto, Gilberto Rodríguez; mi señora me ha hablado mucho de usted", luego me miró y me besó, delante de todos.

Ella se puso blanca, pálida como la sábana sobre la que reposaba. No sentí un dejo de lástima, debo confesarlo, sino una inmensa satisfacción. Éramos muy jóvenes, pero los celos no tienen edad y esa niña me amargó muchos días y noches.

Salimos del lugar tomados de la mano, con los dijes que finalmente compramos en nuestra corta visita, pues teníamos un almuerzo, o al menos eso dijimos para salir de allí.

Unos meses después supimos que la mataron al salir de una discoteca y encontraron su cuerpo en un monte o en un río, no recuerdo muy bien.

* * *

En jet, yate y helicóptero

El lujo no deja de ser sorprendente. Y para mí, tan joven, mucho más.

A mi abuelita Aura, por ejemplo, una mujer mayor, a la que siempre le gustó mucho viaj ar y recorrió varios países de América y Europa, la llevé a conocer Girardot antes del reinado. ¡En helicóptero! Iba feliz mi viejita, viendo los espectaculares paisajes, en un paseo irrepetible por valles, ríos y montañas.

Recorrer media Colombia en este tipo de aeronave es indescriptible. Con Gilberto fui a Chocó y a la isla Gorgona, en un paseo que resultó muy divertido porque algunos amigos viajaron el viernes por carretera hasta Buenaventura, donde abordaron el yate que él acababa de comprar y partieron hacía Gorgona, en una travesía con un mar tan agitado que el tiempo de navegación se duplicó.

El sábado, cuando llegamos después de hacer escala en Ladrilleros y en las playas del Chocó avistamos el yate apenas acercándose. Todos bajaron enfermos, pálidos, sin dormir, y contaron que cuando se acostaron, por el oleaje saltaban tanto de los camarotes que alcanzaban a tocar el techo.

Con todo, ese viaje fue mágico, como también lo fueron los paseos desde San Andrés a visitar los cayos Bolívar, Roncador, Quitasueño y Albuquerque, o las ocasiones en que fuimos a Providencia, siempre en yate, aunque ya sin Gilberto pues era demasiado arriesgado para su seguridad.

En esa época organicé muchos paseos con invitados, algunas veces en j et privado o en avioneta y otras en vuelos comerciales, con privilegios, como cuando existía Intercontinental de Aviación, propiedad de Orlando Henao Montoya y el vínculo de amistad con él era más fuerte.

Yo viajaba como dueña y señora; mi equipaje —montones de maletas y electrodomésticos— era tratado con prioridad y obviamente escogía la silla que quisiera.

* * *

"Uno se siente en Dinastía"

La primera casa que me dio Gilberto en Ciudad Jardín la decoré con buen gusto, pero con todos los lujos de lo que en Colombia llaman 'nuevo rico'. Tenía todos los medios a mi alcance y quedó hermosa. Había un desnudo entre dos alcobas que escogió mi marido, pero mi madre se disgustaba cada vez que lo veía porque le parecía que era yo; le parecía inconcebible que yo posara ante un artista. Eso era imposible, no solo por los principios que me habían inculcado, sino también porque Gilberto nunca me lo hubiera permitido. Siempre creí que el parecido conmigo llevó a Gilberto a invertir en la obra.

A la casa la llamábamos 'Capri' porque en Cali había un barrio con ese nombre y era una forma de despistar a las autoridades si interceptaban las comunicaciones. Allí hice mis primeras fiestas repletas de personajes y atendimos al desconfiado e inquisidor periodista Tom Quinn, que la describió brevemente en la entrevista de la revista *Time*.

El lugar estaba rodeado de jardines y había una leve pendiente con un camino bordeado con flores que llevaba al *jacuzzi,* al baño turco y a la piscina, que un par de veces cubrimos con tablones para ampliar el espacio en los festejos; otras veces la decoré con arreglos flotantes de flores y globos y hasta velas.

Pero la pusimos en venta y una señora que trabajaba en el negocio surtiendo líquidos y químicos para los laboratorios, fue a verla, interesada en adquirirla. Recuerdo que ingresó al cuarto principal, que tenía ventanales con vista a los jardines, cuadros, espejos, muebles italianos y la mejor lencería; luego fue al fondo de la habitación desde donde se apreciaba la piscina, varios metros abajo y dijo con emoción y asombro: "Uyyyy... ¿Qué es esto? Uno se siente en Dinastía", la famosa serie de televisión estadounidense en la que el derroche de dinero y el poder eran su principal atractivo.

La señora compró la casa por muchos millones más de lo que había pedido Gilberto; en esa época como ahora, el dinero movía al mundo y esta es una muestra del lujo que rodeaba el nuestro, nuestro mundo.

* * *

El número 9

Llegamos a cenar a un pequeño restaurante que le habían recomendado a Gilberto cerca al parque del perro, en el tradicional barrio San Fernando. La mesera nos atendió con esmero y era claro que concurrían personajes como nosotros pues se acercó antes de traer la cuenta y le ofreció la rifa de un carro. Solo eran diez boletas, a millón de pesos de esa época y jugaba con la Lotería del Valle la noche siguiente. Le compró y me la obsequió: el número 9.

Apenas empezaba nuestra relación y yo vivía con mis padres en la casa de mi abuelita, por la avenida Roosevelt, y mi cuarto tenía una ventana interna que

daba justo al comedor, por la que yo sacaba la mano y podía responder el teléfono. Era casi medianoche cuando sonó y contesté rápidamente para que mis padres no despertaran. Era él, feliz, y me dijo que me había ganado el carro, que la lotería había caído en 9. No dormí. Estaba dichosa.

En la mañana llamamos a la mesera para coordinar los pasos a seguir, pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando dijo que había aplazado la rifa porque no había vendido todas las boletas. Ese sería mi primer carro. Después me 'vendió' un Renault 4 a cuotas, aunque nunca me recibió un peso y dos o tres meses después fuimos a un concesionario de Mazda a comprar mi primer vehículo cero kilómetros.

* * *

El beso de Juan Gabriel

En medio de la canción, los mariachis subieron el tono. Con su lujoso traje y danzando con elegancia, el cantante Juan Gabriel dio uno de sus famosos giros, se acercó a Miguel y de repente le dio un beso.

La música continuó ante la sorpresa y el silencio de amigos y familiares y la risa de 'Chepe' Santacruz y Gilberto retumbó en el lugar, pese a los violines. La ira de Miguel fue mayúscula. Ni siquiera le importó saber que se trató de una broma urdida por su hermano y por su amigo; quería matar al ídolo mejicano y tuvieron que sacarlo del lugar en forma apresurada.

Santacruz lo contrató para la fiesta de quince años de su hija, pero el cantante le tenía pánico a los aviones. Entonces vino en barco hasta Venezuela y un empleado, el 'Pastuso', lo recogió en Cúcuta, en un Mercedes Benz último modelo y lo trajo hasta Cali.

Cuando recordaba el episodio, Gilberto reía a carcajadas. Fue una broma bastante pesada para con un macho conquistador como Miguel. La guerra no había empezado y todavía podían hacer lo que querían.

* * *

El grupo color

Gilberto cumplió años y esta vez Martha Lucía Echeverry organizó la fiesta en una finca de José Estrada en el kilómetro doce de la carretera al mar.

Apenas se había conformado mi orquesta, el Grupo Color, y queríamos que los muchachos cantaran frente a sus amigos, así que me puso a correr; hice diseñar los trajes para seis cantantes, tres mujeres muy lindas y tres hombres, que, además de buena voz, bailaban muy bien porque contratamos a Atanasio, un destacado coreógrafo cubano.

Habían contratado más músicos, orquestas, algunos cuenta chistes y entre el grupo resaltaba Darío Gómez, quien estaba de moda con su primer gran hit, 'Nadie es eterno en el mundo'. Pero Gilberto quería que los muchachos tocaran primero para que todos centraran su atención en ellos y Gómez se puso furioso porque él era el famoso y quería abrir el *show* y marcharse.

Gilberto me pidió que hablara con el cantante, que llamó la atención de los asistentes porque fue a quejarse con la anfitriona en forma altanera. Él no sabía que yo era la señora del patrón y empezó casi a gritos la discusión conmigo, pero mi respuesta fue simple: tenía que esperar, pues era nuestro grupo y harían su debut. Insistió en que no le importaba de quién fuera la orquesta, que el famoso era él, que todos querían escuchar sus canciones, que unos novatos no lo harían esperar. Al final no tuvo otra opción que sentarse a apreciar uno de los mejores *shows* del Grupo Color.

Era tan bueno nuestro grupo que grabamos un disco con arreglos modernos para viejas canciones tropicales, de merengue y salsa. Ese diciembre participó en el festival de orquestas y firmó varios contratos.

Luego grabamos un disco con recursos propios y viajé a Bogotá a presentarlo en la compañía disquera Sonolux, a cuyo director le gustó nuestro trabajo y llegamos a un acuerdo para lanzar el álbum con su sello.

Luego hicimos las fotografías para la carátula y a Gilberto se le ocurrió la "grandiosa idea" de que la disquera pusiera en las carátulas la publicidad de drogas La Rebaja y supertiendas La Rebaja. Grave error. El director de Sonolux viajó inmediatamente a Cali y me dijo en el hotel intercontinental que la empresa prefería perder el dinero invertido aunque ya estaban todos los discos impresos.

Buena decisión porque un año después se produciría nuestra captura.

* * *

¡Se estrelló el 'señor'!

Ya no era fácil encontrar algo que incentivara a Gilberto, así que constantemente buscaba cosas nuevas, un escape a su encierro, sentirse libre. Y encontró lo que buscaba: los ultralivianos.

Compró uno y empezó a tomar clases con un profesor en la vía que de Cali conduce al municipio de Jamundí. Íbamos los fines de semana y aprendió rápido, hasta que una caída le cortó las alas.

Volaban sobre Candelaria, cerca a los ingenios azucareros y los escoltas lo seguían, hasta donde les era posible, en moto y en un vehículo por la carretera, cuando vieron cómo, girando, hizo una maniobra y empezó a desplomarse sobre unos matorrales.

Yo me libré del susto de verlo caer porque me quedé esperando en el hangar; los muchachos se internaron en una propiedad privada y lo encontraron con algunos rasguños, el orgullo apaleado, pero sano y salvo. El ultraliviano quedó muy averiado.

Arregló el aparato, claro está, y tomó una o dos clases más, pero paró allí. Miguel lo convenció de abandonar esa locura porque según él "no estaban para arriesgar la vida por caprichos".

* * *

Mate al ajedrecista

Le dicen el 'ajedrecista', pero no se ganó el título por ser el más virtuoso en esa disciplina, como pude comprobarlo un domingo cualquiera en que estábamos aburridos, sin nada que hacer. Lo convencí de jugar conmigo, aunque yo solo lo hacía de niña, con mi padre y mi hermano y no era muy buena en ello.

Teníamos una mesita de ajedrez en nogal, con cajones para las piezas talladas y pintadas a mano con gran esmero, no por un carpintero sino por un verdadero

artista.

La explicación que siempre le he dado a lo que pasó ese día fue que Gilberto me tenía en un alto concepto y siempre estaba prevenido para que yo no saliera con alguna sorpresa. Creo que se proyectó demasiado pensando en estrategias para vencerme, tal vez creyó que yo mentía en cuanto a mi dominio del juego y no vio lo más sencillo y evidente.

El jaque mate más famoso, más simple y rápido, es el mate pastor, en que se sale con un peón para dejarle espacio a la reina y a un alfil, que avanzan a posiciones estratégicas; luego, la reina se come al peón que protege al rey del adversario y queda a su lado bloqueando cualquier posible movimiento; el rey no se puede comer a la reina porque el alfil está en posición para protegerla. ¡Jaque mate en cuatro jugadas!

Eso fue justo lo que le hice al 'ajedrecista'. No podía creer que él no descubriera la estrategia mientras avanzábamos. Qué minutos tan largos, pero la satisfacción valió la pena. Cuando le dije: "¡Jaque mate!", él no podía creer, revisaba y revisaba y se fue poniendo furioso y yo, maldadosa, me reía a carcajadas, feliz.

Él se contuvo y empezó a organizar las fichas nuevamente sobre el tablero y yo le dije: "Noooooo... le gané una partida de ajedrez al 'ajedrecista', en eso no hay revancha, no voy a perder este récord". Odiaba perder y era algo que le pasaba conmigo, con más frecuencia de la que él podía aceptar. Que yo perdiera no era grave, pero ya le había ganado en pruebas numéricas y hasta en tiro al blanco, como el día en que me quiso enseñar delante de sus escoltas en Chocó, navegando por el río Atrato. Paramos en un monte y alistaron unas latas de cerveza. Él, todo un caballero, me dio las instrucciones y el ejemplo, luego se paró detrás de mí y tomó mis brazos para indicarme, dejándome luego libre para disparar. Pues bien, hice un solo tiro que dio justo en el blanco. Suerte de principiante o lo que sea, disparé mejor que él delante de sus hombres y las bromas no se hicieron esperar. No hice más tiros.

* * *

GILBERTO, EL TEGUA

Gilberto era lo que conocemos como 'un tegua', alguien que no estudió medicina pero que receta porque aprendió por la experiencia o por herencia. Tenía muy buena mano para aplicar inyecciones sin dolor y solo se dejaba inyectar de su amigo 'Pitocín', un farmaceuta tradicional en Cali que no solo se ganó el apodo por usar Pitocín, un producto para interrumpir el embarazo, sino que además le puso a Gilberto el famoso remoquete de 'ajedrecista'.

Dados los enormes inconvenientes que teníamos para desplazarnos, Gilberto me enseñó a inyectarlo, pues sufría de migrañas constantes, al igual que yo, producto del estrés. Así aprendí lo que considero un arte, pues he conocido las personas más valientes, que ante una jeringa salen huyendo despavoridas. Pero una noche, después de una fuerte discusión, me atacó un dolor de cabeza tan, pero tan fuerte, que no tuve más opción que pensar en aplicarme una inyección para calmar mi mal y el orgullo no me dejó despertarlo para pedirle ayuda. Seguí sus indicaciones y escondí la evidencia en el tarro de basura del baño. A la mañana lo encontré revolcado. No se le pasaba un detalle.

Cuando estuve detenida en la cárcel, mis amigas iban a visitarme solamente para que les aplicara los medicamentos que les recetaban, y hasta las otras reclusas acudían a mí, en vez de a las enfermeras. Me gané una bien merecida fama de tener una mano muy suave, supongo que casi tanto como la de Gilberto y la de 'Pitocín'.

* * *

El taxista que me identificó

A finales de 2004 recién había llegado a vivir en Medellín con el que entonces era mi esposo y padre de mis hijos. Tomé un taxi camino a casa y le di la dirección al conductor, pero me causó extrañeza que este me mirara y me mirara por el espejo retrovisor.

Hasta que no aguantó más la duda y me preguntó si yo había sido reina. Se me hizo tan extraño que no supe qué decir. No era normal que en esa ciudad alguien conociera mi pasado porque además iba realmente fea y mal presentada.

El taxista fue más preciso y eso me aterró: "¿Usted se llama Aura Rocío

Restrepo, cierto?". Y continuó sin que yo hubiera alcanzado a responder. "Yo le hice inteligencia a usted en Cali, por orden del patrón, cuando la guerra".

Narrar aquí lo que sentí en ese momento es imposible. Se me vino el mundo encima. Pensé en mil cosas, en el error de haberle dicho a dónde iba, con el riesgo que implicaba para mi familia.

El conductor debió ver mi expresión y simplemente dijo que no me preocupara, que las cosas habían cambiado y recordó lo que yo hacía mientras me seguía: que yo tenía un almacén en tal lugar, que el apartamento, que la peluquería, que a veces yo salía vestida de una forma u otra, que me les perdía, en fin. Y concluyó diciendo que cómo no iba a reconocerme si durante mucho tiempo me siguieron y me veían con y sin maquillaje, elegante o con pinta de 'gamina'.

Finalmente, el taxista me dejó en casa y me dijo que estuviera tranquila, que contaba con un amigo. No lo volví a ver, pero estuve nerviosa por varios días.

Ahora, en el momento en que este libro estaba listo para impresión, uno de los hombres que acompañó a Gilberto durante algún tiempo me contó una anécdota que demuestra que Pablo nos pisaba los talones. Sucedió cuando Escobar logró escapar a una operación para cazarlo y en el apartamento donde estaba le encontraron fotos mías, con mi nombre y mis datos, con datos sobre mis desplazamientos, es decir, todo acerca de mí. No comprendo por qué Gilberto no me puso seguridad después de eso, pero recuerdo que a él no le interesaba que yo llamara la atención pues era su punto débil, la persona que vivía día y noche junto a él, en la clandestinidad.

* * *

El 'regalo' que no acepté

En la tercera semana de noviembre de 1994 había salido de la casa donde vivía escondida, para hacer algunas diligencias personales, cuando sonó el teléfono celular. Era el 'Flaco' y me dijo que el 'señor', es decir, Gilberto, me tenía un regalo y que me recogerían de inmediato.

Hacía mucho tiempo que no me ponían las gafas negras; eran de plástico, anchas al frente y en las patas laterales, y pintadas con *spray* negro en su cara

interior. Algo raro debía estar pasando para que me pidieran usarlas.

Minutos más tarde estaba en un sitio que no conocía, un viejo taller, medio abandonado. La sorpresa era que los hombres de Gilberto habían capturado a uno de los asesinos de mi hermano Luis Carlos y de su novia Viviana.

Me llevaron al fondo, una vieja puerta con orificios entre las tablas. En el piso, amarrados de pies y manos, ojos vendados, un hombre joven, mal vestido y con cicatrices, que ni siquiera había cumplido los dieciocho años, y al lado una mujer en embarazo.

A él lo sacaron y lo ataron a una silla frente a mí, sin destapar sus ojos y me preguntaron si quería interrogarlo. Le dijeron que allí estaba su superior, un oficial, y que las ventajas que podría obtener para salvarse dependían de lo claro que le hablara y de su cooperación.

El delincuente entendió que no tenía escapatoria y jamás olvidaré lo que confesó: integraba una banda de cuatro jóvenes, milicianos, entrenados en el monte y en la calle y habitaban en el barrio Terrón Colorado, en una de las lomas que rodea la ciudad. Ya tenían a su haber muchos muertos y eran temidos y respetados pandilleros.

Este criminal fue el primero que cayó porque cometió el error de llevarse la camioneta, el botín del robo, y esconderla en su propia casa, donde fue encontrada desarmada y desvalijada.

Y continuó el relato: el 28 de octubre estaban 'desparchados', es decir, sin nada qué hacer, era viernes en la noche, se habían drogado con bazuco y marihuana y bajaban a pie por la loma de San Antonio cuando apareció una camioneta Chevrolet de estacas, con llantas nuevecitas, anchas, bien lavada, con una pareja de 'riquitos'. Les cayeron por lado y lado, los encañonaron, dos subieron en la parte delantera y dejaron a los enamorados en el centro. Los otros dos viajaron en el platón.

Partieron rumbo a la carretera al mar y se desviaron en el kilómetro doce hacia una zona de dominio guerrillero. Pero no avanzaron mucho pues iban muy incómodos y no soportaron el llanto de la chica. El líder quería un festín a costa de la juventud y belleza de la niña con cuerpo de mujer, que dos semanas después hubiera cumplido sus diecisiete. Mi hermano no pudo contenerse al ver lo que

querían hacerle a su novia y en un intento desesperado por protegerla les dijo que tenían que soltarlos, que no sabían con quién se estaban metiendo, que él era el cuñado de Gilberto Rodríguez Orejuela. Como si con un bandido drogado se pudiera hablar. "¿Vos me estás amenazando?". Y de inmediato, un disparo en el mentón le quitó la vida en forma instantánea. Viviana gritaba desesperada, intentó taparse la cara con las manos y sonó otro disparo que atravesó el antebrazo derecho, la palma de su mano izquierda y la cien, de un lado al otro.

Los asesinos subieron a su nuevo carro, dispuestos a celebrar el giro repentino en su suerte. No sabían qué tanto les cambiaría la vida, no imaginaron que estaban firmando su sentencia de muerte. Huyeron dejando a sus dos víctimas en medio de la carretera, donde al día siguiente los encontraría una señora, de paso al mercado.

Luego de terminar la terrible historia, los escoltas de Gilberto le preguntaron al detenido por sus cómplices y sin titubear dijo que les señalaría dónde localizarlos.

Luego me llevaron aparte y me consultaron qué quería que hicieran con la mujer embarazada porque el 'señor' había dicho que yo tomara las decisiones. Era una locura. Todos me miraron pendientes de mi reacción, pero solo atiné a decirles que la liberaran, que ella no tenía nada que ver con lo que hizo su esposo.

Así ocurrió pero esa decisión habría de ocasionarle problemas a Gilberto porque la mujer denunció la desaparición de su esposo. Entonces él tuvo que desembolsar una fuerte suma de dinero para desaparecer el expediente en la Fiscalía. Ningún investigador iba a abrir un proceso contra el jefe del cartel de Cali por unos bandidos de poca monta y mucho menos por un caso en el que asesinaron al cuñado de 'Don Gilberto'.

Todavía faltaban por atrapar tres de los implicados, pero a mí ya no me interesaba saber nada. No así a Gilberto, que adoraba a mi hermano y se le notaba el afán de venganza.

La búsqueda de los homicidas se extendió hasta casi un año después de nuestra captura, cuando encontraron a otros dos, pero el cuarto, el líder, el que había disparado, se había escondido en el mejor lugar posible: el Ejército, donde se presentó como soldado voluntario.

Allí fue localizado por la inteligencia de los grandes cabecillas del narcotráfico

de la zona, por aquellos que fueron capaces de ganarle la guerra a Pablo Escobar y querían congraciarse con el patrón.

Lo hallaron en una zona de influencia guerrillera, después de Tocotá, por la carretera a Buenaventura, en un bar de mala muerte. Hasta allá fueron por él, con oficiales del Ejército, o al menos, con uniformados. Era un hombre tan frío que asombró a sus captores, acostumbrados a torturar desde la época de la guerra. No voy a relatar aquí lo que hicieron con él, pero sé que tuvo una muerte horrible.

* * *

Gilberto, me disparó un loco

Con el auge del narcotráfico en Cali y con los hijos de unos y otros abusando y pisoteando a las personas del común, ser 'niño malo' se había convertido casi en una epidemia. Iban a las discotecas y querían acceder a las mujeres de las demás mesas, independientemente de que estuvieran con sus parejas, llegaban a los sitios públicos con sus escoltas y sus armas y los hacían cerrar o hasta los desocupaban, no respetaban turnos, ni edades. En este marco me sucedió lo siguiente:

El matrimonio de mi tía Aurita era en Puerto Tejada, Cauca, el 21 de marzo de 1992 y mi amiga Fari me esperaba en una nueva peluquería, muy lujosa, que había montado alias 'Chupeta' cerca a la Clínica de Los Remedios.

Mi tía, todo un personaje, había sido monja en su juventud y se retiró porque según ella "estando encerrada rezando no se hace nada, y a la gente hay que salir a ayudarla", y se fue a cuidar a los leprosos al pueblo. Actualmente sigue cuidando enfermos, ayudando desvalidos y ahora, con más de sesenta años, estudia enfermería y sigue siendo la misma de siempre. Que Aurita se fuera a casar era todo un suceso entre la familia y amigos, y quienes la amábamos no podíamos perdernos el acontecimiento.

Juan Manuel, quien ya llevaba un tiempo trabajando conmigo, conducía por la carrera primera a una cuadra del comando de la Policía Valle y debía dar una vuelta casi completa a la manzana y atravesar una calle intermedia, cuando de

repente salió un carro e intentó pasar a las malas; mi conductor pitó y empezó a discutir con el otro chofer, pero como teníamos tanta prisa le dije que no peleara y seguimos de largo.

Sin embargo, cuando llegamos a un semáforo en rojo, otra vez estaban los del otro carro, conducido por un jovencito obeso acompañado por un mecánico. El muchacho empezó a hacer señas y se inclinó como para sacar algo debajo de su asiento, pero no le presté atención. No sé cómo o cuándo sucedió, pero instantes después, cuando giramos, apareció el muchacho y me apuntó a la cabeza con un revólver; siempre reacciono bien en situaciones de estrés y me agaché y le dije a Juan Manuel que acelerara, pero él intentó buscar el arma que llevaba en un maletín; insistí en escapar y me hizo caso, justo en el instante en que sacaron el arma por la ventana del otro vehículo e hicieron dos tiros y desaparecieron.

Llegué temblando al salón de belleza, pedí el teléfono para llamar a Gilberto y le conté entre gritos y lágrimas lo que había sucedido. Luego salí para la ceremonia y él inició la búsqueda de quienes nos atacaron con los datos que le di, incluida la placa del carro.

Decenas de policías y escoltas de mi marido no dejaron un rincón sin explorar y ofrecieron recompensa para el que lo capturara, hasta que finalmente y luego de buscar por cielo y tierra lo localizaron, muy cerca, en la calle detrás de mi almacén; pero debieron dejarlo libre porque ese día no llevaba arma y además tenía dieciséis años.

En el aire quedaron los planes de darle una paliza, pero el asunto no iba a quedarse así porque días después alias '03', el jefe de seguridad de Gilberto y otros escoltas, llegaron pasada la medianoche a la calle donde vivía el malandro, rociaron con gasolina su vehículo y le prendieron fuego, no sin antes retener por un momento al vigilante para que no hiciera nada.

Solo quedaron el esqueleto negro del que fue un carro y las risas de los escoltas, que habían vengado a la señora del patrón porque un culicagado le había disparado porque sí. Al día siguiente, Gilberto me sentó frente a él en su oficina y me dijo que iba a llamar al muchacho y quería que yo escuchara.

Marcó por altavoz y contestó el abuelo. El pobre hombre se escuchó asustado cuando Gilberto le preguntó por el parentesco con el chico y le dijo que era él quien había incendiado el auto esa madrugada. Agregó que si no lo controlaba, la

próxima vez sería el joven y no el carro. Para nuestra sorpresa, el abuelo le dio las gracias y le pidió ayuda, porque su nieto estaba incontrolable y no respetaba la autoridad, ni los años, ni los consejos sensatos. Al finalizar la conversación le pidió a Gilberto que llamara nuevamente porque su nieto no estaba en ese momento.

Así ocurrió y no recuerdo otra anécdota que nos llevara del asombro a la rabia, del desconcierto a la risa, todo en unos pocos segundos. Cualquiera, después de ver el despliegue de poder, después de ver cómo lo ubican, que lo detiene la policía, que le incendian el carro, hubiera huido espantado. Pero no ocurrió así con este insensato, irresponsable, irreverente y loco.

Todavía lo recuerdo y me cuesta creerlo. Tenía más ínfulas que el mismo Gilberto, se sentía un bandido con la balanza a su favor. Empezó a gritarlo, a insultarlo, le dijo que la pusiera como quisiera, que se las iba a pagar, que si quería le dijera dónde se encontraban y lo arreglaban a golpes.

La ira de Gilberto se tornó en risa y desprecio ante tamaña estupidez. Le dijo quién era, que iba a matar a sus abuelos... en fin, le dijo claramente que si lo llegaba a ver o le contaban que andaba correteando en las calles, y que si le encontraba un arma encima, con esa misma lo iba a matar.

No volvimos a saber de él y tampoco si aprendió la lección; lo vi una última vez un sábado en la noche cuando salí a comer un perro caliente y observé cómo el muchacho arrancaba a millón, gritando, con el equipo a todo volumen.

* * *

El consentido de Gilberto

'Lucho' fue un buen hijo y siempre veló por su angustiada madre, a quien le dio tantos y tantos dolores de cabeza. Gilberto lo conoció cuando estuvo recluido por primera vez en la cárcel de Cali y tuvo la habilidad de ganarse su confianza a pesar de que aunque le teníamos cariño por su forma de ser abierta y jocosa, teníamos claro que no desaprovechaba oportunidad alguna para hacer embarradas. Además del 'Capi', él fue el único que conoció todos los sitios donde vivíamos en clandestinidad.

Gilberto le escrituró el primer apartamento que me regaló, en el edificio Mikonos, pero yo sabía que era lo mismo que no tener nada. Por eso insistí muchas veces en venderlo, porque Gilberto no aceptaba comentarios sobre su consentido aunque le hiciera uno y otro daño y lo sacara de casillas una vez a la semana.

Tal como pensábamos, poco después de que nos capturaron vendió varias propiedades escrituradas a su nombre y se marchó a Estados Unidos, donde habría de morir años después por un infarto fulminante. Fue de los pocos que salió bien librado en la locura de vida en que nos enredamos.

* * *

'Tacones' o 'el pinchadito'

En el mundo del narcotráfico, no importa cuánto les hayan servido en el pasado, los errores se pagan caro y ninguna factura se queda sin cobrar.

Le decían 'Tacones' o 'el Pinchadito', por su estilo al vestir desde su juventud y era quien hacía las interceptaciones desde la empresa de teléfonos; además, fue quien hizo que ningún seguimiento telefónico llevara a las autoridades a dar con el paradero de Gilberto; su trabajo implicaba saber mucho de los Rodríguez y el poder de delatarlos, pero nunca lo hizo.

Aunque sí cometió un error: hablar de más. Estaba en la cárcel, por supuesto, detenido por su trabajo para el cartel y se la pasaba repitiendo que "los patrones son unos chimbos", que él les había ayudado en tal o cual asunto y al final lo dejaron solo y sin un peso, en clara referencia al escaso apoyo jurídico y económico que recibía de ellos, una queja común entre los que pasaron por esa situación, pero que pocos se atrevían a expresar tan abiertamente.

Entonces fue acusado de volverse 'sapo', de irresponsable porque sus imprudencias podrían poner en riesgo a la familia. Un día después de recuperar la libertad, le dispararon en su casa cuando estaba sentado junto a la mujer que lo esperó mientras pagaba su condena.

* * *

"Paga un millón o violamos su nieta"

—Mija, que llames a tu abuelita al puerto, urgente, que la están amenazando con el 'señor' —dijo mi madre esa mañana de octubre.

Hay bandidos tan pendejos, no se me ocurre otra palabra, que piensan que, porque la gente vive en un pueblo, es tonta. Pero en esta ocasión cometieron un error imperdonable: le mandaron una carta a mi abuelita Aura, mal escrita, en papel viejo y sucio y le decían que eran trabajadores de los Rodríguez y que si no les entregaban un millón de pesos el viernes a medianoche, en un árbol que asomaba a la carretera entre Cali y Puerto Tejada, en el kilómetro 13, se olvidara de su nieta, la niña como de quince años que salía al colegio cada día.

Obviamente, mi familia se asustó ante la amenaza pero tenía claro que era mentira que trabajaran para el cartel de Cali porque la nieta de doña Aura era la esposa de Gilberto, o sea yo. Inmediatamente le conté, Gilberto se puso como una fiera y mandó a recoger el papel porque le parecía inconcebible que usaran su nombre para algo tan bajo.

Coordinó con Veloza, alias '03', para que revisaran el área ese día y esperaran escondidos a los maleantes y se los llevaran para comprobar quiénes estaban involucrados y a qué otras personas habían extorsionado. Pero los delincuentes no aparecieron esa noche o tal vez los muchachos no tomaron muy en serio el tema y llegaron tarde o fueron demasiado evidentes. O tal vez Gilberto nunca me contó el verdadero desenlace para mantenerme al margen.

* * *

La amiga de las armas

Siempre me sorprendió ver que quienes les proveían las armas a los Rodríguez y a los demás integrantes del cartel de Cali eran por lo general muj eres. Al menos conocí a dos de ellas, por diferentes medios. Una era la 'Flaca', de quien no sé mucho; la otra llegó a mi vida de manera totalmente casual.

Se llamaba Adriana y me la presentó la gorda Eliza, una de mis amigas que leía las cartas y yo —como para muchos en esa época— era su refugio frecuente en los momentos de angustia. Era una mujer hermosa, con dos hijos y

embarazada, casualmente, de un amigo de Gilberto.

Su madre era quien tenía el negocio de traer armas del Ecuador y utilizaba a su hija y a sus pequeños nietos para cruzar el contrabando por la frontera. Me impactó cuando, una vez, me contaron que escondían las granadas en la silla del carro del bebé, sin pensar en el peligro.

* * *

Mayordomo abusador

La primera finca que me regaló Gilberto quedaba en el kilómetro 28 de la carretera al mar, donde organizábamos paseos familiares, típicos de las familias de origen paisa, con tíos, primos y abuelos.

Allí había un caballo muy manso y los niños disfrutaban que el mayordomo los paseara en una zona plana, junto a la casa principal, llevando la bestia de las riendas y dándoles pequeñas vueltas alrededor del parqueadero.

Todos estábamos presentes y los pequeños nunca iban solos, hasta que un día una de las niñas le contó a su madre en Cali que el trabajador la manoseaba en sus partes íntimas y al parecer les hacía lo mismo a varias de ellas y a sus propias hijas.

Inmediatamente tomamos carretera con Gilberto y mis padres, pero no lo encontramos en la finca porque estaba visitando a su hermana en Felidia, varios kilómetros atrás. Fuimos hasta allá y el mismo Gilberto subió a enfrentarlo, muy indignado y con la intención de que se lo llevaran sus escoltas, pero mi padre se opuso y la esposa del pedófilo suplicaba que no le hicieran nada, aunque reconocía el abuso a sus hijas. Se marcharon de la finca ese mismo día, aunque estoy segura de que Gilberto hubiera preferido acabar con la vida del abusador.

* * *

Atrapados por error

Él era de Medellín y les vendía las antenas parabólicas para casas y fincas a tantos nuevos millonarios que en la época de los ochenta pululaban en el Valle del

Cauca. En ese entonces no había televisión satelital, ni cable y tener parabólica era sinónimo de opulencia, por lo que su negocio floreció rápidamente y se convirtió en un empresario joven y exitoso.

Esa noche de viernes había invitado a rumbear a una hermosa adolescente de diecisiete años y después de salir de la discoteca estacionó en un sitio oscuro a un lado de la carretera y empezaron a besarse y demás. De repente, varios hombres rodearon el vehículo, rompieron con un arma uno de los vidrios polarizados, los sacaron a la fuerza y los metieron al baúl de un automóvil.

Nunca pensó que las placas de Medellín lo iban a meter en semejante aprieto, pues además su novia era hija de un coronel de la Policía. Los llevaron a una bodega y los amarraron de pies y manos, con los ojos vendados y los separaron para interrogarlos. Desde allí alcanzaba a escuchar los gemidos de la chica.

No recuerda cuánto tiempo esperó, pero le pareció una eternidad hasta que lo sacaron atropelladamente, lo tendieron en el piso mientras lo pateaban e insultaban.

Les explicó que era paisa, amigo de mucha gente en Cali, pero a esa hora era difícil comprobar su historia. Tal vez lo salvó decir que el padre de su acompañante era oficial de alto rango, pero igual tampoco lo podían llamar.

Entre llamada y llamada alguien intercedió por ellos, que fueron dejados en libertad con apenas unos golpes. Pudo ser peor. Normalmente, así fuera una equivocación, no los hubieran liberado, para evitar problemas futuros y porque les pagaban por cada resultado positivo.

* * *

¿La matamos? Usted decide

Mi amiga 'Fari' y el 'Flaco' se casarían la semana siguiente y yo era la encargada de todos los preparativos para el evento y la fiesta, que sería el 7 de diciembre en Capri, la casa de Ciudad Jardín que Gilberto me había regalado un año atrás.

Raúl, el estilista, quería un peinado especial para mi amiga y necesitábamos una extensión de cabello que podríamos comprar en el salón de belleza de una

señora en el barrio San Fernando, a media cuadra del parque Panamericano o parque de las banderas. Era una casa antigua, con un salón muy grande, cubierto de espejos.

En medio de los afanes le compramos la extensión de cabello por un precio exagerado, pero salió falsa y debimos regresar a cambiarla. Nos encontramos con una persona inculta y grosera, que empezó a gritar e insultarnos y negó el cambio.

La dueña del salón gritó y gritó sin control y Fari y otra amiga, angustiadas, le pedían que no siguiera, que no sabían con quién se estaban metiendo. Yo intentaba mantener la calma, pero Fari sabía que ya estaba próxima a explotar. No obstante, la señora tomó nuevos bríos y me lanzó a la cara un vaso con agua.

Salí del sitio para evitar que nos golpearan, mientras se carcajeaban las seis o siete personas que secundaban a la mujer. Arranqué en el carro, llorando de rabia y de impotencia y llamé a Gilberto. Casi no podía hablar, le dije que me habían tirado un vasado de agua en la cara, cuando yo ni siquiera había actuado con grosería. Pidió que pasara Fari, quien le confirmó lo sucedido. Nos pidió ir a la Casa del Perro, un lugar a cuatro cuadras, donde los escoltas se reunían cuando iban a salir para alguna misión y al que solían llevar 'prisioneros de guerra' para torturarlos. Segundos después llegaron '03', y varios hombres, que preguntaron si queríamos ir al salón de belleza. Respondí que claro, pues me sentía ofendida y era inevitable en esa época y por mi edad y lo que estaba viviendo, actuar como muchachita malcriada. Ellos se divirtieron cuando escucharon nuestro desgarrador relato.

Ya íbamos a arrancar cuando llamó Gilberto y dio una nueva orden. Los muchachos entraron otra vez a la casa y salieron con metralletas y fusiles. En minutos, dos vehículos repletos de hombres armados estacionaron frente al lugar y '03' me preguntó qué quería que hicieran, que si mataban a la dueña porque la orden del 'patrón' era obedecer. Lo tomé a broma y respondí que solo le iba a exigir respeto, que ella viera que yo tenía respaldo y que no podía ir agrediendo a cualquiera porque le daba la gana, pero que no era para ir tan lejos.

Bajé con los muchachos e ingresamos por el largo pasillo que desembocaba en el salón y sin mediar palabra los hombres empezaron a romper los espejos con sus armas; '03' encontró a la dueña, le dio un puñetazo en el rostro y le dijo que

era de parte del 'patrón', que no la mataba porque yo le había pedido clemencia.

Casi me muero del susto y salí corriendo a esconderme en la parte trasera del carro. No estaba preparada para verlos actuar así y eso que ni siquiera hicieron un disparo; pero el sonido de los espejos quebrándose y cayendo al piso y los gritos fueron mucho más de lo que supuse que podía pasar. Definitivamente era muy ilusa y no conocía los alcances de Gilberto ni de los escoltas.

Finalmente, la dueña de la peluquería mandó a pedir que la perdonáramos, que había aprendido la lección y que no les hicieran nada más.

* * *

"El 'señor' hace lo que diga la monita"

Milena, la hermana de una amiga, tenía un novio al que apodaban 'Maradona' y los invitábamos a los partidos de fútbol y reuniones privadas; empezaron a hacer parte de nuestro grupo, pero él no lograba acercarse a Gilberto para concretar negocios.

Una noche me pidió ayuda porque alguien le había aconsejado hablar conmigo. "El 'señor' hace lo que diga la monita", le dijeron.

Por eso acudió a mí y me ofreció todo tipo de comisiones, de acuerdo con lo que hiciera. No supe exactamente de qué se trataba, pero Gilberto lo atendió y empezaron a negociar entre ellos. Entiendo que el muchacho ganó tanto dinero que compró numerosas propiedades multimillonarias.

La historia va a lo siguiente: fueron muchas las personas en esa época que nos rindieron pleitesía; gente rica, gente humilde, empresarios y bandidos, todos se desvivían por dar la mejor impresión y por atendernos. Apenas nos capturaron hubo romería de visitas, decenas de llamadas y apoyo a mi familia, pero al poco tiempo solo quedaron los amigos sinceros. Ni siquiera los que hicieron tanto dinero y me ofrecieron el cielo y la tierra, como 'Maradona', al que no le recibí un solo peso de comisión. Cuando salí en libertad por segunda vez, tres años y medio después, y necesité vender muchas cosas para volver a empezar, 'Maradona' se aprovechó de mi necesidad y ofreció la insignificante cantidad de un millón y medio de pesos por mis esculturas del maestro Édgar Negret.

CAPÍTULO 14

Drama tras las rejas

El 9 de junio de 1995 se llevaron a Gilberto casi de inmediato para Bogotá y nosotros nos quedamos en interrogatorio en la casa hasta la mañana del día siguiente, cuando nos sacaron en fila india entre una avalancha de periodistas y nos subieron a un furgón que nos llevó a la sede de la Policía en el barrio Fray Damián. Allí había dos celdas grandes y una pequeña para las mujeres, pero éramos Billy, Luis, el 'Flaco', las dos empleadas del servicio y yo, así que hicieron una excepción y nos permitieron estar juntos en una sola.

El lugar era lo más sucio que había visto en mi vida: los baños, las paredes, los olores, ratas, cucarachas y toda clase de bichos, a lo que se sumaba la actitud de los demás presos, algunos solidarios, otros curiosos, pero sobre todo muchos reincidentes molestos porque teníamos privilegios, como que nos entraran comida o unas colchonetas viejas.

Mi familia, los abogados y algunos escoltas debieron esperar en la calle durante una semana completa, aunque siempre tuvimos ropa, jabón y un televisor del tamaño de una cámara fotográfica, que no era común en ese entonces y nos permitía ver los noticieros y distraernos un poco.

Una semana después nos trasladaron a Villahermosa y al Buen Pastor, las cárceles de hombres y mujeres de Cali, respectivamente. Apenas me vio, la directora, Zulma, me advirtió que no le importaba quién era yo o de dónde venía porque ella me demostraría que yo no era nadie allí. El tono despectivo y humillante fue la antesala de la pesadilla que vendría.

El lugar estaba revolucionado. Cuando ingresé por el pasillo principal —que en un costado tenía los cinco patios para los internos y en el otro la cocina, la enfermería y los talleres de trabajo—, las internas asomaban por las rejas, como si hubiera llegado un personaje. Al fin y al cabo fuimos los primeros capturados con el primer pez grande del narcotráfico acompañado de una reina y eso adobaba el chisme.

Yo solamente lloraba. Entrar a una cárcel esposada, escoltada por policías, soldados, motos, furgones, como el peor de los delincuentes y sin tener idea de lo que a uno le espera, es muy duro. Ni el dinero, ni las influencias, ni las mentiras de los abogados, ni la cercanía de mi familia, me habían preparado para lo que vendría.

Parecía el animal extraño al que todas querían ver, pero, de alguna manera se

respira solidaridad porque todas pasaron por el mismo trauma. Eran cuartos pequeños con planchones de cemento incrustados en la pared, que me hacían sentir en una bóveda de cementerio, con pared gris al lado, arriba, a los pies y a la cabeza, y en el lado abierto el indispensable toldillo. Solo había un televisor en el cuarto y no se perdían novelas ni noticieros y en todos salía yo, desafortunadamente. Justo ese domingo, en programa QUAC, el presentador Jaime Garzón cerró su 'desinformativo' con un tablero de ajedrez sobre la mesa y dijo: "Como siempre, el rey se come a la reina".

Según me decían los abogados —del grupo de juristas que asesoraba a Gilberto —, en veinte días saldría en libertad porque la Fiscalía no tenía argumentos para procesarme ni pruebas de ningún delito, pero tampoco fue así. El fiscal de mi caso cambió una y otra vez la calificación del delito e incluso empezó el juicio por un delito y lo terminó por otro, pero como se trataba de un asunto más político que jurídico, amparado en la figura de la justicia sin rostro, no hubo ninguna figura jurídica que me liberara. Me quitaron la acusación por enriquecimiento ilícito y me pusieron testaferrato por un apartamento en Cali, otro en San Andrés, una finca en el kilómetro treinta de la carretera al mar y un carro.

En 1996, un año después, salí en libertad por hábeas corpus, pero inmediatamente me dictaron orden de captura. Aun así, visité a Gilberto en la cárcel La Picota y me contó que un fiscal le había mandado a pedir cien millones de pesos para dejarme en libertad, pero él se había negado a pagarlos. En ese momento entendí por qué razón me aplicaron todo el peso de la ley, porque el funcionario parecía actuar con resentimiento.

En el corto periodo entre mi libertad y mi segunda captura conocí a un famoso médico durante una cita con mi amiga Sarah, a la que trataba para bajar de peso. Pero apenas había empezado a salir con él cuando me detuvieron y de nuevo fui a dar al Buen Pastor en Cali. Entonces llamé a Gilberto a contarle que había alguien que me interesaba y le revelé quién era. Respondió que respetaría mi decisión porque ya habíamos decidido terminar nuestra relación.

En las siguientes semanas recibí sin problema las visitas de mi galán porque era médico, aunque su familia no aceptaba nuestro romance y me atacaban constantemente, con el agravante de que su madre, su padre y sus hermanas trabajaban con él en el consultorio.

Pero Gilberto no iba a quedarse quieto y muy audaz envió un mensaje con Aldemar, su nuevo secretario. "Dice el señor que no se preocupe, que no hay ningún problema, que él no se va meter en su relación, que usted es libre de enamorarse. Pero eso sí, quiere dejar en claro que el médico es un picaflor y que si la hace llorar, si derrama una sola lágrima por su culpa, se va a tener que entender con él".

Gilberto actuó disimuladamente, con tacto, y consiguió su objetivo: de manera repentina mi pretendiente desapareció, dejó de visitarme algunos días y empezó a eludirme. Era fácil deducir y después de hablar con uno y con otro de quienes lo rodeaban confirmé que en efecto él había espantado al médico. Se acabó mi romance, pero conservé al amigo.

En la soledad de mi segundo encierro reflexioné en por qué razón Gilberto no pagó la cifra que le pidieron tiempo atrás si su fortuna era incalculable, pero concluí que él era celoso, egoísta, posesivo y sumamente tacaño con el dinero, así que no tenía mucho afán en que yo recuperara mi libertad; además, yo era el perfecto chivo expiatorio que distraía la atención de la Fiscalía sobre el resto de su familia y sus otras mujeres, que nunca fueron un solo día a la cárcel.

En mi reclusión llegué a tener costosos privilegios porque debía pagarles a numerosas personas en la cárcel. Así, en las visitas podía recibir a mi hija adoptada, hacerle fiestas —con todos los lujos, decoración e invitados, payasos y bufets—, entrar las comidas que quisiera a la hora que quisiera, llevar mi peluquero, salir al médico o hacer que me hospitalizaran para salir de la clínica a ver una película o a un centro comercial. Eran costosas excepciones a la regla.

En esa época en la cárcel había varias guerrilleras del ELN que integraban un Comité para la defensa de los derechos humanos, pero no me dejaban entrar porque yo era una oligarca que no tenía nada que hacer allí. Eran tan hostiles que cuando ingresé mi cama con colchón ortopédico y no de espuma se quejaron y exigieron que se los cambiaran a todas las reclusas, es decir, unas doscientas. También les indignaba que diariamente me llevaran el almuerzo de la casa, algo permitido en las normas del Código Penitenciario. Cada cosa que yo hacía generaba un problema y se dedicaron a hacer mi vida imposible.

Así que le envié un mensaje a Gilberto en el que le conté lo que sucedía y de inmediato contactó a Francisco Galán, el más importante cabecilla del ELN

detenido en el aquel entonces. Días después las integrantes del comité de derechos humanos recibieron una carta de puño y letra de su comandante en la que les dijo que no conseguirían nada atacándome y les ordenó contar con mi apoyo para mejorar las condiciones de las demás reclusas. El mensaje no sirvió de mucho porque yo representaba todo lo que ellas juraban combatir. Pero no dejé de sorprenderme, una vez más, por la manera como Gilberto se movía en todos los círculos del país. Y eso que estaba detenido.

En una de las ocasiones en las que me hice hospitalizar para escapar del encierro y cambiar de ambiente unos días, me visitaron dos agentes de la DEA en la clínica y ofrecieron beneficios para mí y los míos si yo delataba a los Rodríguez; pero mi lealtad era infranqueable y se fueron con cajas destempladas luego de dejar una tarj eta con un teléfono por si cambiaba de opinión. Apenas salieron le hice saber a Gilberto el episodio para evitar chismes, aunque también llegué a pensar si no sería una trampa de él para probarme.

Mi vida en la cárcel continuó con pocos sobresaltos. Mi abuelita materna enfermó de repente y entró en un coma de tres días hasta que falleció. Me permitieron ir a visitarla a la clínica para despedirme, pero no a su entierro, por lo que llevaron la carroza fúnebre hasta el penal donde le di un último adiós. Igual sucedió con mi abuelita paterna.

Pero hubo un momento en el cual me sentí al límite. Primero le abrieron investigación a mi madre por el supuesto delito de enriquecimiento ilícito y luego llegaron repentinamente a la fábrica de mi padre y se lo llevaron detenido. Entonces acudí a Gilberto para que me ayudara a conseguir un cuarto en el patio ocho de la cárcel de Villahermosa para que mi padre llegara a un sitio cómodo, pues allí las celdas tienen dueño. Recuerdo que envió una suma irrisoria pese a que conocía los precios que se movían en ese sitio. Afortunadamente, un detenido le prestó un cuarto en el segundo piso y a los pocos días Jorge Asprilla, más conocido como 'el negro' Asprilla, le tomó cariño a mi viejo y le facilitó una habitación contigua a la suya en el primer piso.

En septiembre de 1998, una semana después de la captura de mi padre, entré en crisis nuevamente y decidí acceder a la solicitud de un noticiero para entrevistarme. Le hice saber a Gilberto para que no se sorprendiera y no solo no le agradó la idea sino que se molestó mucho. La entrevista salió en horario triple

A y fue sensata, pero aclaré, entre otras cosas, que ya no lo amaba, que ya no tenía nada con él. Sé que fue un golpe bajo para su orgullo, pero lo único que quería era enviarle el mensaje de que quería rehacer mi vida.

Cuatro meses después, el 25 de enero de 1999, el mismo día del terremoto que destruyó Armenia, salí en libertad luego de pagar cien millones de pesos de recompensa.

"Auraaaaaa... Te dieron la libertad... Prendé el noticieroooo...", fue el primero de muchos gritos que escuché en mi estrecha celda, ya cerrada con candado a esa hora. Toda la cárcel se alborotó con la noticia que transmitieron los canales de televisión ese viernes en la noche y no se podía hacer nada hasta el lunes. Pero estaba libre y el corazón parecía que se me iba a salir del pecho.

Llamé a la guardia y me permitieron salir a llamar a Gilberto, quien me dijo que contaba con su apoyo y con el dinero; luego de llamar a mi abogado y a mi familia pasé una larga noche en vela, llena de ansiedad y alegría y temores por la nueva vida que por fin emprendería; una larga noche y un eterno fin de semana, hasta que el lunes a primera hora esperé la llegada de la boleta de libertad que expide el Juzgado.

Hay un agüero entre las reclusas y es que uno no debe dejar nada allí cuando se marcha, pues eso le hace regresar; y dicen que una vez se sale no se debe volver ni de visita. La primera vez regalé absolutamente todo y regresé dos meses después. Esta vez saqué todo, porque no quería volver a pisar ese sitio.

La primera vez que salí en libertad organicé una fiesta, pero esta vez solo pedí hacer una misa con mis seres queridos en mi apartamento. Esa noche me llamó Gilberto y fue una conversación fuerte, cargada de reproches de un lado y otro; descargamos todas las emociones contenidas pero de una manera insana, nos ofendimos, nos sacamos en cara los secretos. No caímos en cuenta que él seguía en La Picota y que la línea telefónica debía estar intervenida, pero nos gritamos como nunca antes. Esa fue la última vez que hablamos.

No podía dejar algo tan inconcluso, no era la forma; las heridas deben cerrarse, deben sanar. Así que recién nació mi hijo mayor, a finales del 2000 y cuando Gilberto estaba recluido en la cárcel de Palmira, grabé un video en el que le pedí perdón y le dije que lo perdonaba. Hice la grabación para responder a la invitación que me hizo llegar por intermedio del 'Flaco' para que lo visitara. No

fui capaz de verlo de nuevo.

Desde hace un tiempo he querido escribirle porque está muy enfermo, con cáncer terminal, en el ocaso de sus días, en el peor infierno, una cárcel estadounidense, aislado del mundo, de su familia, con sus hijos detenidos en Colombia y sin la certeza de lo que será de sus vidas.

No creo que ni en sus peores momentos él se imaginara un destino así: morir sintiéndose culpable, con Alexandra, su niña, viviendo en la cárcel lo que él permitió que yo viviera; con su imperio hecho cenizas, a sabiendas de que entre los suyos, entre sus hermanos, hijos y sobrinos, reina el caos y se atacan unos a otros.

CAPÍTULO 15

Carta a Gilberto

Gilberto,

He pensado tanto tiempo en esta carta, que las palabras que antes se me atragantaban en el pecho ahora parecen abandonarme.

Han pasado años que parecen siglos y mis heridas eran tan profundas que mi mente aisló los recuerdos y siempre los vi pasar como en una pantalla, como una historia ajena, como un libro que se lee y se tiene presente, pero que no es tuyo.

Hace trece años te grabé un video; me habías invitado a visitarte a la cárcel de Palmira, pero yo no podía ir por respeto al que era entonces mi esposo, que no comprendía que hay momentos en los cuales necesitamos mirar a los ojos del pasado y perdonar y perdonarnos, que hay capítulos que se quedan en el aire, inconclusos y que para avanzar en la construcción de nuestro destino es necesario cerrarlos con la altura que requieren.

En ese momento te decía que te había amado inmensamente y hoy te reitero que fuiste en mi vida, en mi ayer, en mi pasado, el amor más grande que llegué a conocer, que me entregué a ti sin reservas, en la flor de mi juventud, con mis miedos y toda mi confianza; que desafié a mis padres por ti siendo yo tan joven; que no me importaban el mundo, ni la guerra o Pablo Escobar. No había bombas o justicia que amilanaran mi amor, ni los ataques de los tuyos, ni la diferencia de edades. Te dije que te perdonaba, sobre todo porque era más fácil hacerlo en ese momento, cuando por fin había podido ser madre y te conté de lo difícil de mi gestación, que mi niño nació casi sin vida, pero que Dios me había bendecido y lo tenía conmigo.

Entonces me casé por la Iglesia, como era mi sueño y tuve otro niño; ya eran tres hijos, cumplí con la misión de mi existencia. Valentina, la hija que nos envió el cielo y que consideraste tu hija, ya me hizo abuela y mis otros dos hijos me llenan de orgullo.

Pero tal vez me faltaban lecciones por aprender y la vida me golpeó de nuevo, fuerte y bajo, más bajo que los golpes recibidos contigo o por ti, pero que me habían servido para aprender a luchar y a persistir, y que en medio de lo malo me fortalecieron para lo que me esperaba, debo admitirlo.

Ahora estoy aquí, amando nuevamente, pero de una manera madura y anhelando un nuevo hijo a pesar de mi edad, porque no sería yo si amando

profundamente a un hombre tan bueno como el que Dios puso hoy en mi camino, no quisiera otro milagro. Empezó a amarme sin conocerme y ha sido maravilloso con mis pequeños cuando más lo necesitaban y tiene la ternura que antes solo nacía de mí.

Ya no te amo, es cierto, pero mirar atrás y saber que lo di todo me da tranquilidad y deseo lo mismo para ti y para tantos que afectaste; deseo que sus heridas y las tuyas no se queden en el aire, que cierren y cicatricen, porque fui testigo de tus tormentos y no hay duda de que luego la miseria de tus viejos actos te pasó factura por cada uno de tus errores. Pisoteaste la vida misma, que te tomó ventaja —eso lo hablamos muchas veces— y cumpliste tus metas a un costo muy alto para los demás.

Yo te perdoné. Y para el perdón de Dios, para tener un motivo que justifique lo vivido, dedicaré mis días a exponer como un ejemplo tu historia y la mía, para los niños, para los adolescentes, para aquellos que nacen en la pobreza, como fue tu caso, y para los que nacen en la opulencia, como el caso de algunos que fueron muy cercanos a ti.

Te agradezco igual, porque nunca me he arrepentido del camino recorrido junto a ti, no porque lo considere bueno o malo; yo no soy quién para juzgar, simplemente porque crecí contigo.

Después de ti me casé con un ser que siempre buscaba cobrarme el pasado, que se avergonzaba de mí porque él era empresario y oficial profesional de la reserva del Ejército y yo la ex de un narco; terminó agrediéndome una y otra vez delante de mis niños, que se lanzaban encima de mí con sus cuerpecitos para evitar que me pateara; me encañonaba con su pistola mientras mis pequeños me abrazaban; me gritaba prostituta y delincuente delante de mis hijos y en la calle; les decía a la fiscal y al juez que el problema era yo porque había sido la mujer de Gilberto Rodríguez.

Te cuento que a pesar de que lo condenaron por sus abusos, por violencia intrafamiliar física y psicológica contra mis hijos y contra mí, en segunda instancia y en un fallo absurdo, una magistrada de Medellín lo absolvió, aclarando que se habían demostrado diversos hechos de violencia, pero que la calificación del proceso había sido equivocada y por ello era menester librarlo de toda culpa e iniciar un nuevo caso. En el fallo no dejó de mencionar que fui tu

compañera, como si por eso dejara de ser mujer.

Él me dejó a cargo de muchas deudas, se llevó los ahorros con los que compraría una casa para mis hijos, el Estado me quitó todas las propiedades y te devolví el carro y las joyas.

Arranqué de cero, desde el fondo del abismo, ni siquiera donde tú me dejaste, sino mucho más profundo, estigmatizada por ser tu ex, tratada con injusta violencia, y con la tarea de sanar los corazones de mis niños y de demostrarles que el amor y la familia no son una utopía, a pesar del maltrato de su propio padre. Gracias al cielo y al hombre que ahora camina junto a nosotros, hoy puedo decir que lo he logrado.

Hasta que me decidí a dar el paso de escribir este libro luego de escarbar en mi memoria recuerdos sepultados y conversando con uno y otro para develar tantos secretos que se asomaban de manera subrepticia, para esconderse de nuevo. Lo he hecho fiel a la historia, tratando de no pisotear a otros, de no destruir vidas ni reputaciones, sin inventar ni cambiar nada.

Gilberto, intenta tener paz, porque nunca te conocí feliz. Cada uno escribe su historia a su manera, y tú no me obligaste a que la mía fuera esta; yo tomé la decisión y te repito, no me arrepiento. Y aunque tampoco he de ocultar mi decepción, te digo de corazón que me perdones, porque yo ya te perdoné.

AURA ROCÍO

[1] Semanas después de que nos capturaron supe que pese a la vigilancia y a las cintas de seguridad que la Fiscalía puso en la casa, Gilberto envió a 'José' y a 'Juan Carlos', y lograron sacar documentos y cheques de varias cuentas en Europa, y por supuesto, papeles que comprometían a varias personalidades de la política y la actualidad nacional de aquel entonces. En otras dos 'visitas' sacaron el dinero, las joyas y los relojes, así como muchas escrituras, entre ellas la de un edificio de tres torres en Medellín. En esas dos ocasiones los muchachos de Gilberto lograron burlar a quienes cuidaban la propiedad. Con los Rodríguez todo era posible.

[2] El exsenador Armando Holguín Sarria fue procesado y hallado culpable el 13 de marzo de 1998 de los delitos de enriquecimiento ilícito de particulares y testaferrato. Un juez regional de Cali lo sentenció a 76 meses de prisión, pero el Tribunal Nacional aumentó el tiempo de cárcel a 89 meses. El político se había entregado a la justicia el 24 de abril de 1996, después de que salieron a la luz pública sus nexos con los hermanos Rodríguez Orejuela.

[3] El uso de ambulancias se hizo común en la guerra con Pablo Escobar. Varias veces fueron utilizadas para llevar a Cali a los hombres capturados en Medellín y otras ciudades. Los traían con falsas ordenes médicas y anestesiados. Para pasar los retenes usaban la sirena durante todo el trayecto.

[4] Tras la fuga de Pablo Escobar y sus secuaces de La Catedral, 'Bruno' descubrió en Caracas, Venezuela, a 'Popeye', 'Otto' y 'Mugre'. Y como hizo en Suiza, vivió cerca de ellos y los veía salir a trotar todos los días. Cuando ya conocía las rutinas de los terroristas de Pablo pidió instrucciones y Gilberto le dio la orden de asesinarlos, pero 'Pacho' Herrera propuso secuestrarlos, llevarlos a Cali en un avión y torturarlos para que delataran el paradero de Pablo. En esa discusión estaban cuando 'Bruno' llamó y dijo que habían desaparecido.

[5] Los denominados 12 del patíbulo fueron en realidad una docena de personas que contribuyeron a la caída de Pablo Escobar en diciembre de 1993 y por ello obtuvieron el perdón y olvido de sus deudas con la Justicia. Los favorecidos con la decisión de la Fiscalía fueron Luis Ramírez, Armando Muñoz Azcárate, Gustavo Tapias Ospina, Eugenio García Jaramillo, Benito Mainieri, Guillermo Blandón Cardona, Frank Cárdenas, Hernán Sepúlveda Rodríguez, Luis Guillermo Ángel Restrepo, Luis Giovanni Caicedo, Gabriel Puerta Parra y Pablo Agredo Moncada.

[6] El ex ministro y excontralor Manuel Francisco Becerra fue condenado en 1997 a 52 meses de prisión tras los señalamientos de Guillermo Pallomari, el contador personal de los hermanos Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela. La sentencia fue aumentada en segunda instancia a 84 meses. El exfuncionario consideró que la justicia colombiana violó el debido proceso y acudió al Comité de Derechos Humanos de la ONU. El organismo falló a su favor el 11 de julio de 2006 y le ordenó al Estado compensarlo y brindarle un recurso efectivo para defenderse.

{[7]} Amplio y lujoso, mi apartamento fue allanado en un par de ocasiones. En octubre de 2001 vi que el futbolista Diego Armando Maradona lo alquiló porque fue a Cali a terminar un tratamiento médico para bajar de peso y lo vi por televisión asomado en el balcón de la que fue mi propiedad.

Planeta

España
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 00
Fax (34) 93 492 85 65
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Paseo Recoletos, 4, 3.ª planta
28001 Madrid (España)
Tel. (34) 91 423 03 00
Fax (34) 91 423 03 25
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina
Av. Independencia, 1668
C1100 Buenos Aires
(Argentina)
Tel. (5411) 4124 91 00
Fax (5411) 4124 91 90
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil
Av. Francisco Matarazzo,
1500, 3.º andar, Conj. 32
Edificio New York
05001-100 São Paulo (Brasil)
Tel. (5511) 3087 88 88
Fax (5511) 3087 88 90
Mail: ventas@editoraplaneta.com.br
www.editoriaplaneta.com.br

Chile
Av. Andrés Bello, 2115, piso 8
Providencia
Santiago (Chile)
Tel. (562) 2652 29 27
Fax (562) 2652 29 12
Mail: info@planeta.cl
www.editorialplaneta.cl

Colombia
Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Bogotá, D.C. (Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador
Whymper, N27-166,
y Francisco de Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec

México
Masaryk 111, piso 2.º
Colonia Chapultepec Morales
Delegación Miguel Hidalgo 11560
México, D.F. (México)
Tel. (52) 55 3000 62 00
Fax (52) 55 5002 91 54
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú
Av. Santa Cruz, 244
San Isidro, Lima (Perú)
Tel. (511) 440 98 98
Fax (511) 422 46 50
Mail: rrosales@eplaneta.com.pe

Portugal
Rua do Loreto, 16-1.º D
1200-242 Lisboa (Portugal)
Tel. (351) 21 340 85 20
Fax (351) 21 340 85 26
Mail: info@planeta.pt
www.planeta.pt
www.facebook.com/planetaportugal

Uruguay
Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela
Final Av. Libertador,
Torre Exa, piso 3.º, of. 301
El Rosal, Caracas 1060 (Venezuela)
Tel. (58212) 952 35 33
Fax (58212) 953 05 29
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve

Grupo Planeta Planeta es un sello editorial del Grupo Planeta www.planeta.es

Índice

PORTADILLA	3
CRÉDITOS	4
PRESENTACIÓN	6
CAPÍTUIO 1	8
CAPITULO 2	24
CAPÍTULO 3	31
CAPITULO 4	43
CAPÍTULO 5	49
CAPÍTULO 6	56
CAPÍTULO 7	72
CAPÍTULO 8	99
CAPÍTULO 9	105
CAPITULO 10	112
CAPITULO 11	124
CAPITULO 12	129
CAPÍTULO 13	140
CAPÍTULO 14	166
CAPÍTULO 15	173